

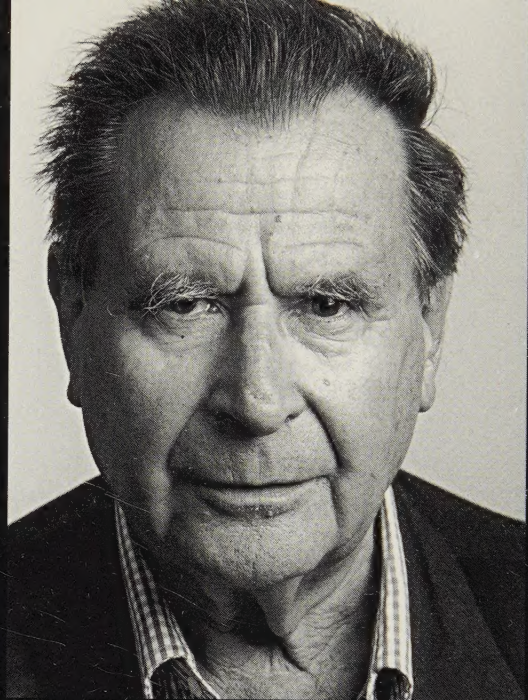
DALMIRO SÁENZ

LA PATRIA EQUIVOCADA

Novela



PLANETA



DALMIRO SÁENZ nació en Buenos Aires en 1926. Se dio a conocer en 1958 con el volumen de cuentos *SETENTA VECES SIETE*, que obtuvo el Premio Emecé y se convirtió en uno de los libros más leídos del año. Ha publicado novelas, cuentos y obras de teatro, entre los que cabe mencionar: *No* (cuentos, 1960, Premio Life en español); *TREINTA TREINTA* (cuentos, 1963, Premio Argentores); *EL PECADO NECESARIO* (novela, 1964, en la cual se basó la película *NADIE OYÓ GRITAR A CECILIO FUENTES*, que obtuvo el Premio Concha de Plata en el Festival de San Sebastián); *HIP HIP UFA* (teatro, 1966, Premio Casa de las Américas); *YO TAMBIÉN FUI UN ESPERMATOZOIDE* (nouvelle, 1968); *¿QUIÉN, YO?* (teatro, 1969); *CARTA ABIERTA A MI FUTURA EX MUJER* (1970); *CRISTO DE PIE* (novela en colaboración con Alberto Cormillot, 1988); *LA PATRIA EQUIVOCADA* (novela, 1991); *EL SÁTIRO DE LA CARCAJADA* (novela, 1995); *MALÓN BLANCO* (novela, 1995); *LA MUJER DEL VIENTRE DE ORO* (novela, 1996); *MUJER GANADORA* (ensayo en colaboración con Doris Sucheki, 1996).

Diseño de cubierta: Mario Blanco
Diseño de interior: Alejandro Ulloa

© 1991 y 1997, Dalmiro Sáenz
Primera edición: septiembre de 1991
Segunda edición: abril de 1992
Tercera edición corregida y aumentada: octubre de 1997

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:
© 1991 y 1997, Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.
Independencia 1668, 1100 Buenos Aires
Grupo Editorial Planeta

ISBN 950-742-874-7

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Para Marta Martínez,
por ser Marta Martínez*

Al arte y a la historia sólo se entra por la puerta de la traición. Si San Martín no hubiese traicionado a España, si Leonardo Da Vinci no hubiese traicionado a sus maestros, ninguno de ellos permanecería hoy en la memoria de los hombres. Existe un deber de traicionar en el ser humano, un mandato de subversión contra la herencia de los pensamientos, contra la rigidez de las costumbres, contra la tiranía de la moral, contra las leyes de la estética, contra la prepotencia de la fuerza, contra la extorsión de la culpa.

Construí este libro en torno a viejos personajes. Algunos habían transitado anteriores situaciones en páginas de mis libros anteriores, otros esperaban en algún lugar de mi pensamiento la ocasión de nacer, pero todos llevan un sello común: la necesidad de traicionar, la imposibilidad de aceptar el mandato de los otros, incluso el de su autor.

Comprobé en carne propia al escribir que aquellos hijos de mi imaginación al servicio de mi idea

personal de la traición, al ser colocados en ciertas circunstancias, ya no me pertenecían. Comprendí que bastaba con separar a un hombre de la tierra que pisaba y colocarlo sobre el lomo de un caballo para convertirlo en otro hombre; pero también comprendí que, si las circunstancias de este mundo obligaban a ese hombre a desmontar, el hombre de a pie nunca sería el mismo de antes.

Tampoco la humanidad fue la misma cuando dejó de segar de rodillas el trigo con una hoz y enderezó su espalda e irguió su cuerpo empuñando una guadaña, aunque muchas veces después fue obligada a arrodillarse.

QUERIDOS PADRE Y MADRE:

Tengo instalada ya en mi tristeza las caras de ustedes cuando terminen de leer esta carta. La suya, mamá, inclinada sobre este papel, como cuando terminaba de tocar el piano y su mirada quedaba un rato extraviada sobre las teclas. Sus ojos tendrán lágrimas, su frente esa arruga vertical que yo de chica trataba de borrar con los dedos; y usted, papá, tal vez no diga nada por un rato o tal vez le diga a mamá ¿qué fue lo que hicimos mal?, o algo por el estilo. Yo quisiera convencerlos de que no hicieron nada mal, de que las personas no somos tan importantes como para hacer tanto mal como pretendemos.

A Clorindo lo conocí durante la segunda invasión de los ingleses. Yo había terminado el turno de la tarde en el hospital de sangre, y ya estaba por volverme a casa cuando lo trajeron en una camilla. Vi que era un Patricio por lo que queda-

ba de su uniforme y, por la trenza, vi que era un soldado raso, pero no le pude ver la cara porque estaba cubierta de sangre y barro. Lo primero que hacíamos, cuando llegaban los heridos, era lavarlos para localizar bien las heridas y ahorrarle tiempo a los médicos. Busqué una palan-gana con agua y empecé a enjuagarle la cara muy despacio con una esponja. Les cuento esto porque creo que fue importante. Era algo muy raro lo que yo sentía en ese momento; era ver el nacimiento de una cara, era descubrir una mirada que, a su vez, descubría mi mirada. El estaba consciente y sufría. Lo desvestí con mucho cuidado y miré ese cuerpo tan joven y tan profanado por el metal caliente de la metralla. Fue como mirar una estatua embellecida por el desgaste o enriquecida por el destrozo de alguno de sus miembros, o como mirar su propia cara, padre, con la cicatriz que le dejó el duelo con Martín Argañaraz.

Como el médico se demoraba empecé a deshacerle la trenza y, como pude, le quité los enchastres de sangre y de barro del pelo. Recién con el pelo suelto y limpio sobre la almohada dejó de ser un soldado. Era un muchacho, casi un ángel, desnudo como una talla. Tuve la sensación de estar escamoteándole a la ciudad uno de sus guerreros. Me desconcertaron mis sentimientos. Tenía delante de mí el cuerpo de un hombre liberado de ese aspecto que las circunstancias le habían adjudicado; era casi un secreto lo que yo poseía, tal vez ni él mismo se hubiera reconocido en la suavidad de su letargo, en las manos empuñando el vacío de las armas, en la boca un poco abierta de su infancia.

No creo que allí me enamorara de él, más bien me enamoré de mis propios sentimientos. En el hervidero de ideas de nuestra casa, en esa sala tres veces más grande que el ranchito en donde ahora vivo, ustedes me hicieron comprender la revolución del ser humano. Una vez cuando usted, padre, me leía a Rousseau, tuve la sensación de que Rousseau no era más que un len-guaraz, un traductor de un idioma que yo poseía desde hacía rato, pero que recién él me permitía descifrar. Algo así me pasó con Clorindo. Yo le había robado a Saavedra uno de sus soldados, o mejor dicho, lo había despojado de su uniforme, de las huellas del combate, de la sangre y el barro y hasta de su trenza de Patricio, y había dejado al descubierto lo que quedaba de él. ¿Y qué quedaba de él? ¿Qué queda de nosotros cuando nos despojamos del ropaje de las circunstancias? ¿Existimos? ¿Somos como huérfanos de nosotros mismos?

Yo, por ejemplo, cuando Dolores corría las cortinas de mi cuarto para despertarme y me decía: “Buenos días tenga usted, niña Clarita, acá está su chocolate”, y yo le contestaba desde la cama: “Buenos días, Dolores, cómo amaneciste”. ¿Quién era la que decía buenos días, Dolores, cómo amaneciste? ¿Era la misma que esta mañana en el rancho se acercó a Clorindo con un mate y quedó pendiente de su silencio, a la espera del sonido de la bombilla para estirar el brazo y continuar con la liturgia de las madrugadas y llenar nuevamente el mate con el agua hirviente de la pava?

Y cuando Clorindo se levanta y se lava en la palangana junto al espejo y se reconstruye la

trenza y se pone su uniforme de Patricio para ir al cuartel, ¿quién es la que lo mira? ¿La niña Clarita que tomaba el chocolate caliente en la cama todas las mañanas o esta mujer que les escribe, después de haber barrido la galería, de haber alimentado a las gallinas y que ahora está vigilando con un ojo el puchero, que se me está por desbordar de adentro de la olla?

No lo sé. Tal vez uno es lo que le exigen las circunstancias y yo ahora hable el lenguaje de ustedes porque los imagino leyendo esta carta. Y, hoy a la noche, cuando Clorindo vuelva del cuartel y nos encerremos en nuestro mundo de silencios y yo le tome esa mano que apenas sabe dibujar las letras de su nombre en un papel, ¿quién es la que va a estar ahí? ¿La hija de ustedes? ¿La mujer de Clorindo? ¿Las dos juntas?

A veces pienso que yo fui un invento de ustedes, que ustedes me hicieron como estamos todos, de una u otra forma, haciendo este país. Otras veces pienso que yo los inventé a ustedes, no sólo en mi imaginación, sino también que ustedes serían muy distintos de lo que son si yo no existiese. A veces no pienso nada y entonces me pongo a escribir cartas como ésta.

¿Se acuerdan cuando nos pasábamos las horas en casa leyendo *El Contrato Social* o cuando discutíamos en las tertulias de los jueves con los Peña o con los Monteagudo, cuando yo repetía párrafos de memoria del libro que estaba leyendo en ese momento? Me parece que ha pasado tanto tiempo. Yo, en esa época, me sentía hija de ustedes. Ahora me siento hija de mí misma.

Al principio, yo le repetía a Clorindo mis pensamientos como quien le habla a un chico o a un

viejo. Le hablaba muy lentamente, para poder introducir en esa cabeza poco preparada las grandes ideas de los libros. El miraba mi boca cuando yo hablaba, miraba mis labios con total atención. Al principio yo creí que estaba devorando mis palabras, pero después, cuando empezó a tocar mi boca con los dedos, me di cuenta de que lo que él tocaba era mi pensamiento en mi persona, tocaba mi necesidad de transmitirle algo, tocaba mi necesidad de hablar, tocaba mi impaciencia por colocar mi sonido en su silencio, tocaba su admiración por la inteligencia ajena y la total ignorancia de su propia sabiduría.

Era tan especial la forma en que yo me callaba después. Nunca nadie me había tratado en esa forma. ¿Se acuerdan cómo yo antes impresionaba a los demás con mi memoria, con mis estudios, con las ideas que había recogido en esa casa tan especial como era nuestra casa, con mi facilidad de palabra, con todo lo que había leído, aprendido y repetido? Ahora todo eso enmudecía ante las manos de Clorindo tocándome la cara, los párpados, el nacimiento del pelo. Yo me sentía como un recipiente, un delicado recipiente que contenía y le daba su verdadera forma a todos mis pensamientos. De ahí en adelante nunca más recité palabras ajenas de memoria. Como él casi no hablaba, yo también hablaba poco. Dejé de hablar por boca de los demás, salvo cuando pasó lo de Huaqui. Una impaciencia de patria se me subió a la cabeza, un borbotón de palabras apareció en la superficie. Empecé a hablar y a hablar, le dije lo que significaba la Revolución Francesa, le hablé de los jacobinos, del despotismo de los reyes, de la libertad de los

pueblos, le hablé del espíritu de Mayo, le reproché su indiferencia.

Estábamos en la mesa, comiendo. El con su uniforme de soldado raso, la chaquetilla desprendida, sin las botas, con los pies descalzos. Tenía en ese momento la cabeza inclinada sobre el plato y, sin dejar de masticar, se levantó y empezó a soltar uno a uno los botones de la camisa. Después se sacó la chaquetilla y la camisa también. Se volvió a sentar y siguió comiendo.

Yo me callé. Sobre su pecho, en uno de los hombros, entre el nacimiento del cuello y el brazo, el duro dibujo de su herida se extendió delante de mí como una página de esa corta historia del país que yo estaba reclamando.

Le sonreí y él también sonrió. Me tomó las manos y me tocó las dos o tres marcas de quemaduras que mi inexperiencia en la cocina me produjo durante los primeros días de fuga. Después se puso en cuclillas y me tomó los pies descalzos (mis pies ya no son los de antes, mamá, dudo que pudiesen entrar en los zapatos que nos mandaba Madame Orfèvre de París), los retuvo un rato, después se incorporó, me tomó la cabeza entre las manos y me besó en los ojos, como secándome las lágrimas que todavía no corrían por mi cara.

Cuando Saavedra fue a Huaqui y Belgrano lo reemplazó en la jefatura del Regimiento, empezó a correr el rumor de que Belgrano iba a ordenar a los Patricios el corte de la trenza. Se lo comenté a Clorindo y, como de costumbre, no dijo nada. Dos días más tarde la orden se confirmó. No sé cuál fue el verdadero motivo: envidia a la popularidad de Saavedra, higiene, motivos polí-

ticos, capricho o lo que fuera. La orden la había dado Belgrano y empezaba a regir al toque de diana del día siguiente.

Clorindo esa noche no vino a dormir, se quedó en el cuartel. En el barrio, las vecinas me contaron que el Regimiento se había sublevado, que los soldados se negaban a cortarse la trenza y que las tropas regulares marchaban a reprimirlos. Fui para allá y no me dejaron pasar, me quedé lo más cerca posible del cuartel, junto a la torre de San Ignacio. Las calles se llenaban de gente. Miré las ventanas y las azoteas con los Patrios parapetados con sus fusiles. Sabía que una de esas cabezas era la de Clorindo. Le tuve rabia, me pareció que ni él ni el resto tenía derecho de hacer lo que estaban haciendo, que el Regimiento de Patrios era un símbolo demasiado importante para aniquilarlo de esa manera, me pareció que estaban actuando como mujeres estúpidamente coquetas, me pareció que una trenza era una bandera demasiado chica como para comprometer toda la gloria ganada a los ingleses, me pareció... Qué importa lo que me pareció, el hecho era que Clorindo estaba ahí, con un fusil en las manos, y las tropas del gobierno avanzaban por todas las calles.

Había una mujer a mi lado. Hacía un rato que estaba, como yo, con los ojos fijos en las azoteas del cuartel. Tenía un pañuelo negro en la cabeza, un perfil muy lindo, los labios separados sobre unos dientes grandes y muy blancos. Le pregunté si tenía algún familiar en el cuartel y me contestó:

—No. No tengo a nadie.

—Mi marido está ahí —le dije.

Giró la cabeza y me miró, después me tocó apenas el brazo y volvió la mirada a las azoteas del cuartel en donde se veía cierto movimiento.

En el portón de la entrada se estaba emplazando un cañón. El cañón apuntaba hacia la calle. Entre la llanta de hierro y la madera de una de las ruedas alguien había colocado una flor. Las bolsas de pólvora las iban apilando en un costado, junto con la munición. El artillero tenía apoyada una mano sobre la cureña y los sirvientes de pieza estaban parados por ahí cerca. Son como chicos, chicos caprichosos que no tienen idea de lo que están haciendo. La mujer del pañuelo negro me volvió a tocar el brazo y dijo:

—Mi marido también está ahí.

Le sonreí y me sonrió.

—¿Qué va a pasar? —le pregunté.

—Si vuelve Saavedra se arregla todo —dijo.

—Saavedra no va a venir, está en Huaqui, tuvo que ir después de la derrota.

—¿Huaqui es lejos?

—Sí, lejísimos.

La calle se llenaba de mujeres, todas tenían los ojos fijos en el cuartel. Una de ellas pareció reconocer a uno de los soldados en las ventanas, porque levantó la mano para saludarlo, pero la mano se detuvo en la mitad del trayecto, dudó un poco y después desapareció bajo la pañoleta que le cubría los hombros y los brazos.

Un poco más allá vi a una chica muy joven que se abría paso entre la gente. Cuando llegó a la primera fila desplegó una bandera inglesa chamuscada y hecha jirones. Un trofeo, seguramente robado por su padre, hermano o novio. La tenía ella, en lugar de estar en el Cabildo con

los demás trofeos capturados, la tenía ella y ahora la desplegaba a la vista de todos.

No sé qué fue lo que pasó, de golpe me vi aplaudiendo y gritando junto con todos, viviendo a la patria, a los Patricios, incluso a esas trenzas negras, sucias y magníficas, algunas engrasadas con grasa de potro, otras empapadas en Agua Florida y atadas con una cinta azul.

No sabía qué me pasaba, pero descubrí que yo formaba parte de esa multitud y que ellos eran los verdaderos conocedores de esas ideas que nosotros desmenuzábamos sobre los libros. Lloré tanto en ese momento, lloré por mi propia emoción, por ese larguísimo camino que nos faltaba recorrer, lloré por mis llantos futuros, lloré por usted, padre, y por usted, madre, mis adorados enemigos.

Ya he llegado, pensé, ahora realmente soy la mujer de Clorindo, nada me importaban mis pensamientos anteriores, mi lógica, mi sentido del orden, mi respeto al gobierno. Ahí estaba yo, ahí estaban esas trescientas cincuenta trenzas dispuestas a permanecer en esas cabezas.

Se oyó un cañonazo y, en el acto, desde la torre de la Iglesia y desde las azoteas de los otros cuarteles, una multitud de fusiles empezó a disparar. Les gritamos: ¡asesinos!, intentamos tirarles piedras, pero un piquete de Dragones nos dispersó.

Las balas pegaban en las paredes levantando chicotazos de polvo que caían sobre la calle, a veces junto con las astillas de los marcos de las ventanas. Los Patricios contestaban el fuego desde todas las aberturas y desde las azoteas. Las tropas del gobierno convergían de todas las ca-

lles. Por Alsina, frente a San Francisco, vi desmontar un escuadrón, dejar los fusiles y desenvainar los sables; los mandaba Falcón, Rufino Falcón. Ahora es teniente. Yo bailé con él una vez, en lo de Molina, ¿se acuerda, madre? Estaba agrupando a su gente para atacar a los dos obuses nuestros que cubrían la esquina de San Ignacio. Por todas partes aparecían más tropas. El Regimiento 5 de América se desplegó sobre la Plaza Chica. Una división de Húsares apareció de no sé dónde. El barullo era infernal, un caballo cayó muerto delante de mí. Me di cuenta de que yo estaba abrazada a la mujer del pañuelo negro. A unos veinte metros vi a José Cipriano Pueyrredón sable en mano, gritando órdenes. A su lado, un cadete que no tendría más de diez años. Era Manuel Alejandro, su hijo, que miraba al padre con los ojos abiertos y agachaba la cabeza cada tanto por el estruendo de la artillería. Pensé en Mariquita, seguramente rezando en algún lugar de la casa.

Nos obligaron a irnos, un piquete de soldados terminó de desalojarnos del lugar. Recién a la noche supimos que el regimiento había sido tomado y muchos de los Patricios habían conseguido huir por los techos.

A los pocos días se dictó la sentencia, supe que la orden de los fusilamientos la habían firmado Chiclana, Sarratea, Rivadavia y Herrera. Vi que su firma, padre, no figuraba. Sé que, si hubiese integrado el tribunal, también usted habría firmado.

Clorindo escapó y está conmigo. Ha desertado. Mejor dicho, los dos hemos desertado.

Sé que mi vida de ahora en más va a consis-

tir en marchar detrás de Clorindo. Sé que Clorindo va a seguir peleando en quién sabe cuántos bandos, defendiendo esa trenza que no cortó sino que liberó de la cinta azul que la sujetaba y ahora el pelo le cae sobre los hombros.

Sé que Clorindo va a ser un eterno desertor. Va a enrolarse o lo van a enganchar quién sabe cuántas veces y su vida se va a desangrar detrás de quién sabe cuántas banderas, limpias y sucias. Tal vez nunca se entere de que las banderas pertenecen menos a las ideas que las enarbolan que a los brazos que las defienden.

Los saluda su hija que los quiere bien,

Clarita

QUERIDA MADRE:

Hace un mes murió Clorindo. Lo lancearon en uno de los entreveros con la gente de Arias. Creo que murió en el acto, sobre el caballo, o se fue desangrando hasta caerse del recado. Un pie quedó enganchado en el estribo y el caballo mar-
chó arrastrándolo durante cinco días hasta detenerse junto al palenque de la puerta de casa.

Fue así, mamá. Durante cinco días su cuerpo fue arrastrado a través del Salitral de Funes, sobre los cangrejales y la arena de los bajos de Valdivia, sobre el pedregal y sobre el barro de la costa. La cabeza iba golpeando el suelo, mamá, y la espalda y los brazos pienso que también; en algunos lugares debe haber quedado una huella, una línea sobre la tierra, un dibujo de sangre seca y de pasto aplastado.

El caballo llegó a casa a la medianoche; yo dormía con la ventana abierta por el calor, y el

olor de la carne podrida de Clorindo entró en mi sueño como una aurora nauseabunda, como un lento amanecer de asco, como una pesadilla sin contornos, respirando conmigo sobre la almohada. Me despertó la luz del día; ya la muerte se había instalado en mí. Clorindo había elegido para quedarse el más sórdido lugar de mi memoria. Lo empecé a odiar antes de verlo. ¿Cómo se puede odiar algo que se ha querido tanto, mamá? ¿Qué derecho tienen los hombres de montar a caballo y perderse en la distancia, montados en esos diabólicos animales, con abrojos y crines enloquecidas, que relinchan y galopan y dibujan en las caras de los jinetes esa imbécil expresión de niños crueles? Son monstruosos los caballos, mamá. Hasta que este país no desmonte, nunca vamos a existir. Tantas veces lo miré a Clorindo ensillar a la madrugada, colocar la sudadera, la carona, el lomillo, el cojinillo, el sobrepuesto, como un sumo sacerdote iniciando un rito sobre el altar de ese lomo, y después poner un pie en el estribo y bolear la pierna sobre el anca y convertirse en una sola cosa con el animal. Una estatua a la soberbia, a la belleza de la locura, una energía tan insolente como esos gestos de los jinetes cuando constatan las riendas y levantan la cabeza hacia los vientos y tocan con las espuelas esos ijares impacientes y miran, como dioses desde la altura, las caras levantadas de sus mujeres.

Cuando lo vi, mamá, cuando miré esa carne podrida colgando del estribo, todavía unida a ese caballo maldito, parado frente a mi casa, ese caballo con ojos sin mirada, esas orejas alarmadas, ese sudor empapando la cincha, me hiqué en el suelo sin llorar, dejé que el olor me envolviese,

que entrara en mí, que se instalase junto a ese hijo que llevo en mi cuerpo desde hace meses.

Estoy embarazada, mamá, la comadrona me ha dicho que será un varón, le voy a poner Clorindo, como su padre, lo voy a tener en una colonia de inmigrantes agricultores, de chacareros pacíficos, de hombres que viven entre bueyes y mulas y que no galopan el país sino que lo construyen con arados y semillas. ¿Qué es lo que odio, mamá? ¿Por qué tengo tanto amor por este odio? Creo que mi odio empezó cuando supe que estaba esperando un hijo. No odiaba a Clorindo pero quería odiarlo, quería que mi hijo odiara esos espacios inmensos que Clorindo abarcó desde lo alto de su caballo, quería que odiara ese país vacío de proyectos, ese país de campos desiertos, ese país de hombres inasibles montados en el atraso, persiguiendo la nada.

¿Te acuerdas, mamá, cuando te hablaba en otras cartas de los silencios de Clorindo, te acuerdas de mi amor por esos espacios sin palabras en donde yo me internaba? Esos espacios eran de nosotros, eran nuestros, mamá, había proyectos en esos espacios, había pensamientos y sentimientos para colocar y combinar, como coloco y combino las palabras en este papel. Había hijos en esos espacios, había ideales, había un país por construir, había tantas cosas, pero todo eso desaparecía no bien Clorindo se ajustaba las espuelas y ensillaba. ¿Qué es lo que sienten los hombres cuando montan esos caballos y se afirman sobre los estribos y enarbolan sus lanzas como las astas sin bandera de un ejército fantasma?

Hoy mismo parto para esa colonia de inmi-

grantes agricultores, quiero tener ahí a mi hijo,
quiero un hijo con los ojos mansos de Clorindo
desmontado, no quiero un hijo jinete de la locu-
ra, quiero un hijo de a pie.

La quiere y la recuerda, su hija

Clarita

CLORINDO MIRA LA PAMPA desde la ventana de su cuarto. Acaba de cumplir diecisiete años; está todavía descalzo porque se acaba de levantar y ve la pampa ahí, como siempre, mansa y seca, su aire caliente echado sobre el pasto como un animal cansado en el verano. El apellido de Clorindo es Aroca, por el anterior dueño de esas tierras que ahora pertenecen a una colonia fundada por colonos extranjeros. Tampoco tiene madre, Clorindo; sólo sabe de ella que apareció un día y pidió quedarse entre aquellos agricultores y que murió en el parto después de darle nombre.

Clorindo evita mirar el galpón de la chacra, las hectáreas trabajadas hasta el río y los árboles, y especialmente evita el arado de mancera, tumbado con el hierro casi hundido en el punto exacto del surco en donde Clorindo dejó el trabajo el día anterior, cuando desenganchó las rien-

das y soltó los mosquetones y liberó a la mula de su yugo. Pero no consiguió liberarla de su costumbre: la eterna y repetida costumbre de arar el mismo surco y pisar la misma huella, con la cabeza gacha, como si realmente intentase superponer surco sobre surco y huella sobre huella hasta el infinito, sólo interrumpida por la caída del sol y la cita con su sed junto al bebedero.

Clorindo mira ahora la mula, la vieja pero invencible mula zaina con las marcas del arnés en su pelaje opaco, el cuero ajeno del arnés sobre su propio cuero que también parece ajeno cuando se estremece al espantar los insectos. Como un estertor, como una pequeña muerte independiente del animal; así es el temblor, el diminuto terremoto en la corteza de su piel, detectado sólo por las moscas.

Clorindo se aleja de la ventana y se viste. Un rato después entra en la cocina: hay un tazón de mate con leche en la mesa de madera limpia, descolorida ya por el paso durante años del trapo húmedo por su superficie, que absorbe las manchas de grasa del asado, de la sopa volcada, del mate, del café o el agua caliente, que han caído tantas veces sobre las vetas de la madera, inventando así una nueva textura, de suavidad y aspereza bastante parecidas a la piel de los antebrazos de esa mujer que casi ha sonreído a Clorindo, y que ahora le dice:

—Buenas.

La mujer tiene una edad propia, indiscernible, pómulos duros, que parecen remontarse a un tiempo anterior al de su mirada celeste, bondadosa y tonta, como si hubiese pactado con la vida un secreto trueque de insignificancias. Tie-

ne algo de repetido y repetido. Tal vez los días vividos sean tantos como los que le faltan vivir; sería muy insólito que estuviese en el intermedio justo de esa distancia, y la piel de su cara fuese la frontera entre su pasado y su futuro, la fina superficie sin caricias que divide la nada en dos mitades.

—Va a hacer calor —acaba de decirle a Clorindo, que no escucha la frase porque está concentrado en mojar el pan en el mate con leche, y más ocupado aún en levantar el pan con mucho cuidado, de manera que la parte seca y la parte humedecida no se separen hasta alcanzar su boca. El maxilar inferior sube y baja, el maxilar superior parece uno más de los tantos objetos en el aire inmóvil de la cocina. La mirada de Clorindo es una tabla rasa donde apenas se leen las palabras que delatan sus pensamientos:

—Hoy me voy a ir de acá —dice Clorindo a esa mujer a la que jamás ha dedicado un pensamiento—. Me voy a ir de esta chacra, y no voy a volver más —continúa diciendo a esa mujer a quien casi no ha mirado en todos estos años y tampoco mira ahora, cuando dice:

—Y me voy a ir por usted.

—¿Por mí?

—Sí, como lo oye.

La mujer sonríe un poco, y las cejas suben enturbiando la superficie de la frente, los ojos se achican como si el amplio cielo de su olvido estuviese vislumbrando alguna nube de memoria.

—¿Por mí? ¿Estás loco, hoy?

—Ya terminé de arar el cuadro del fondo, todo el campo de la costa y la loma junto a las casas.

—El patrón está contento con vos.

—Aré también el potrero del sauce y voy por la mitad de la chacra nueva, y usté mientras tanto me ha dado de comer dos veces por día todos los días.

—¿Y de ahí? Para eso me pagan.

—...todos los días menos los domingos. Y usté me ha dicho que hace como veinte años que está acá haciendo lo mismo. Y no hay nada más asqueroso que hacer lo mismo todo el tiempo. Y yo no quiero terminar como usté.

—La vida es así.

—Eso no es vida —acaba de decir Clorindo sin sospechar que muchos años más tarde esa frase rondaría en su cabeza, y que incluso llegaría a pronunciarla. No como una afirmación, sino como un anhelo o una plegaria, como dibujando las palabras con los labios.

Pero eso sería después, y no el día aquel en que Clorindo abandonó la chacra y llegó al pueblo caminando, porque Clorindo no era de a caballo, y tampoco tenía un caballo. Aunque, para él, un caballo era símbolo de muchas cosas. Por lo pronto era lo contrario de una mula, de esa mansa mula zaina que había compartido con él los surcos de la tierra y los terrones duros y los soles y cielos repetidos, y la distancia corta del potrero, los tirones, las sacudidas de las riendas, el marrón intenso del suelo recién arado y el gris opaco del suelo sin arar.

Convendría ahora mirar un poco la cara de Clorindo, las facciones esas, agrupadas alrededor de la mirada o de su pensamiento, las facciones esas, adelantadas a los acontecimientos. Como las de un peleador principiante con la cara

cincelada por los golpes que todavía no recibió. O las de una mujer embarazada que mira los pañales apilados sobre un estante del ropero. O las de un hombre de mar escrutando la neblina. Imaginemos que algo pasara a esas facciones, imaginemos por ejemplo un golpe en esa cara. O, mejor todavía, no lo imaginemos sino recordemos ese golpe que una mujer llamada Lucía le descargó una vez en plena cara. No fue un golpe muy fuerte, ni tuvo mucha convicción, y resonó inmediatamente después de las palabras de Clorindo:

—Yegua bruta.

Ella había quedado inmóvil y después lo golpeó. El también había quedado inmóvil y perplejo, ante la disyuntiva del enojo o del asombro, hasta que volvió a repetir:

—Yegua bruta —como queriendo recibir nuevamente el golpe antes de decidirse por el asombro o el enojo.

Convendría mirar también el lugar hacia donde camina Clorindo, porque Clorindo camina hacia una de las casas del pueblo, la de Lucía precisamente, que es una casa de madera con techo de chapas coloradas, inglesas, si es que queremos entrar en detalles. Y la puerta, una puerta que más de cien años después será cotizada, en el negocio de algún anticuario de Buenos Aires, en una suma equivalente al valor de toda la tierra de la zona en los tiempos de esta historia, pero que en ese pueblo y en ese tiempo no valía más que cualquiera de las puertas de las otras casas alineadas a lo largo de esa calle de nombre difícil de pronunciar. Como eran los nombres de casi todas las calles de ese pueblo, fundado por

colonos que, además de erigir un pueblo en esa llanura, erigieron una forma de vida que les permitía mirar esa llanura no desde lo alto de un caballo, sino desde detrás de un arado, afirmando los pies en esa tierra que roturaban y cercaban y escrituraban y dejaban que llenase sus ojos todas las tardes después de la jornada de trabajo.

Lucía era dueña de esa casa, y también de los muebles y de los cuadros concienzudamente acomodados en aquellas habitaciones, especialmente de uno de esos cuadros, enmarcado en madera oscura, con un papel donde se decía que Lucía Owen podía ejercer la profesión de maestra en todo el territorio nacional, cosa que Lucía venía haciendo desde hacía cuatro años. No en todo el territorio, sino en esa minúscula parte del territorio que ni siquiera figuraba en los mapas.

Qué forma de conocerse la de Clorindo y Lucía. Lucía, la maestra del único grado de la escuela, y Clorindo, uno de los alumnos. Fue el primer día de clase de Clorindo. De tanto preguntarse qué estaba haciendo ahí, empezó a raspar distraídamente el hierro del pupitre con su cuchillito. Lucía escribía en el pizarrón. Sin darse vuelta dijo:

—¿Quién está haciendo ese ruido?

—Yo.

El ruido seguía. Lucía dejó la tiza y fue acercándose entre los bancos.

—¿Cómo te llamás?

—Clorindo —dijo él, y casi enseguida—: ¿Y usté?

—Probablemente ya debés saber cómo me llamo pero te lo voy a decir igual: acá, en clase,

para vos y para todos los demás, soy la señorita Lucía. No te había visto antes. ¿Cuántos años tenés?

—Dieciséis. ¿Y usté?

Treinta y dos, pensó ella sintiéndose terriblemente vieja, y los ojos de los demás chicos fueron de ella a Clorindo y volvieron a ella.

—Guardá ese cuchillo. Y que sea la última vez que me hacés preguntas personales.

Fue entonces que él dijo:

—Yegua bruta.

Y fue entonces que ella le pegó y él volvió a decir yegua bruta, antes de levantarse y abandonar el colegio para siempre.

Ahora Clorindo está frente a la casa de Lucía; ella ha abierto la puerta y está de pie delante de él, y él la mira como se mira a través de un vidrio, con su arisca quietud y la misma expresión en los ojos y los labios que ella recuerda, como si no hubiese pronunciado una sola palabra desde la última vez que le dijo yegua bruta. Ella tiene su gran mata de pelo atado con una cinta, la cara nítida, los hombros y los brazos dentro de las mangas largas del vestido, las manos sin tiza, la cintura fina y marcada.

—¿Qué querés?

—Entrar.

—Pasá.

Ahora están dentro de la casa. El mira el techo y las paredes y aspira hondo, como si en el mundo exterior faltase el aire y recién ahí tuviese ocasión de respirar.

—¿Te gusta? —dice ella.

—Sí.

—¿Vos trabajás dónde?

—Usté ya lo sabe.

—¿Por qué me decís eso?

—Porque usté ya lo sabe. Sabe dónde trabajo, porque me ha visto más de una vez a mí y a la mula zaina de don Dávison. A esa mula todos la conocen, y esa mula y yo siempre andamos juntos.

—Sí —admite ella—, te he visto, a vos y a esa mula arando la chacra de Davidson.

—Yo a usté la vi en la señalada de don Lesca. Bailar, la vi.

—¿Vos sabés bailar?

—Yo no sé bailar, nunca he bailao, nunca he tomao por la cintura a ninguna mujer y nunca bailarí con una vieja.

—No soy vieja.

—Tiene muchos años ya.

—Tengo treinta y dos.

—Treinta y dos es mucho.

—No, no es mucho.

—Yo tengo diecisiete.

—Diecisiete es poco.

—No; no es poco.

Los dos sonrieron por primera vez, tan distintas las caras, tan distintos los cuerpos, él erguido y quieto y ajeno como un árbol, con su pene colgando en reposo dentro del pantalón, ella enfrente de él, en cierto modo pendiente de la parte de su cuerpo en donde ese pene cabría exactamente y de la boca en donde también podría caer ese pene pero que por ahora estaba ocupada por una sonrisa y las palabras:

—¿Por qué viniste? ¿Sabés por qué viniste?

—Sí sé.

Ella no le preguntó por qué; tenía miedo de

las palabras. El se quedó serio, mirándola a los ojos, con esos ojos marrones o dorados o amarillos, mientras ella pensaba: “¿Qué diablos importa? ¿Por qué no hacerlo finalmente con este chico que no le va a contar nada a nadie y, si lo cuenta, nadie le va a creer?”.

Finalmente dijo:

—Está bien, está bien. Vamos a hablar claro. Yo sé por qué viniste a verme. Yo sé que vos pensás cosas de mí, un poco porque vivo sola y otro poco porque se me debe notar en la cara algo de lo que pienso y de lo que siento. Yo sé todo esto, y si vos creés que soy una estúpida puritana estás equivocado. Yo no soy como las mujeres de este pueblo; por lo menos me atrevo a ser distinta. Ya sé que a vos te parece que es tarde para pensar así, pero no es tarde; treinta y dos años pueden parecerse muchos, pero mi cintura es la misma que cuando tenía veinte y mis ganas de muchas cosas se mantienen igual.

—¿Qué cosas?

—Vos sabés muy bien qué cosas. Hace tiempo que te veo mirarme. Soy la única mujer suelta, la única mujer sola de este pueblo.

Después se dio vuelta. Mejor dicho: no se dio vuelta del todo sino que extendió el brazo hacia atrás, hacia el vaso medio lleno de ginebra sobre la mesa. Fue un movimiento amplio y ciego y perfecto: el vaso en su mano al extremo de ese gesto surgido como de una magia, atravesando el espacio a través de su borrachera, hasta su boca.

Estaba bastante borracha, por eso se quedó callada un rato largo. Algo empezaba a acelerarse dentro de ella. En el equilibrio químico de su

cuerpo, el alcohol precipitó una incierta armonía que abarcaba las vastas posibilidades de lo desconocido.

Se rió fuerte y sus dientes blancos y parejos surgieron entre los labios húmedos, y las máscaras acumuladas durante años sobre su cara empezaron a caer dejando al descubierto antiguas bellezas y fealdades.

—Nadie se ha animado a venir a esta casa como hiciste vos —murmuró—. Nadie nunca golpeó mi puerta y dijo quiero entrar. Vos sos el primero. Nunca nadie hizo lo que vos hiciste.

Cuando se soltó el primer botón del vestido tuvo que levantar la mata de pelo que le caía sobre la espalda, los codos altos como las alas de una mariposa y las mangas floreadas que cayeron vacías a los costados del cuerpo. Los repetidos movimientos de todas las noches, ahora sin fantasías, sin soledades, porque la soledad la había abandonado. Tomó otro trago de ginebra antes de continuar desabrochando la parte alta del vestido. Después se quedó inmóvil, en ropa interior, parada sobre las flores del género vencido como una estatua recién concluida: mirando sin ver esos ojos que la miraban.

Cuando la última prenda de ropa interior cayó al suelo, su cuerpo pareció titubear. Sintió que el alcohol la abandonaba. Su mano inició un movimiento hacia el vaso de ginebra, pero se retrajo enseguida, aterrada de aumentar su desnudez. Pensó en cubrirse de alguna manera, pero la sola idea de agacharse la mantuvo paralizada; era como si la quietud fuese su último refugio contra esa especie de llanto en la garganta.

—Dios mío —alcanzó a susurrar—. Esta no soy yo.

Pero él no la escuchaba. Ya había empezado a decir:

—Yo no vine para eso; yo vine para comprarle el caballo que usted no usa. El malacara que era de su tío, el que tiene pastando en el campo de los Esmit.

Fue algo así como un aullido inexistente, un sonido único e inaudible que vibró en los oídos de ella, uniforme y prolongado, sin principio ni fin, como si hubiera existido desde siempre en ese cuarto, como un olor o una sensación hasta entonces imperceptible de tan familiar. Se permitió llorar mientras él la miraba y cada tanto ella miraba su mirada.

—No te gusto, ¿no? —le dijo por fin.

—No, no mucho.

—¿Es la primera vez que ves a una mujer desnuda?

—Sí.

—¿Te parezco muy vieja?

—Desnuda no tanto.

—Quién sabe cómo te imaginarías vos una mujer desnuda... Es la primera vez que alguien me ve así. Muchas veces pensé cómo sería. Es distinto de lo que me imaginaba. —Sonrió con tristeza.— Completamente distinto. Pensé que me iba a costar mucho desvestirme, que lo iba a hacer de a poco y que el hombre no podría más, y me terminaría de desvestir a los manotazos. También pensé que iba a tener mucha vergüenza. No tengo vergüenza; no tengo nada de vergüenza.

Entonces se movió, desnuda como un animal; dio unos pasos hasta el sillón y se sentó.

—En verano siempre ando desnuda por la casa. Ahora es igual, no me das vergüenza, ya pasó todo.

—Sí —dijo él inesperadamente, y sonrió—. Yo vine por el caballo; yo sólo pensaba en el caballo.

—Te lo regalo al caballo. Para qué lo quiero.

—Gracias —dijo él y se apoyó en una silla.

—Ahora que tenés el caballo podés irte.

—No.

—¿Por qué?

—Me gusta estar acá.

Ella se levantó del sillón y caminó unos pasos hacia la cocina. Sus piernas largas, la espalda, las caderas, la mata de pelo sobre sus hombros, los pasos concebidos para dar movimiento a las flores del vestido que ahora yacía en el piso, los contornos nítidos de su desnudez entre los muebles y las cortinas, la piel, la cintura quebrándose apenas para uno y otro lado, toda esa maravilla: una mujer desnuda en un mundo vestido.

Desde la cocina ella dijo:

—Si me vuelve la vergüenza, me visto.

—No —dijo él.

—¿No querés que me vista?

—No.

—¿Te gusta verme así?

—Sí.

Ella volvió de la cocina, lo hizo sentar y empezó a desabrocharle los botones del pantalón. Cuando el último botón estuvo desprendido se detuvo sin tocar nada y dijo:

—Estás pensando en el caballo.

—No —dijo él y estiró la mano y le tocó el pelo. Mejor dicho: le empujó el pelo hacia un cos-

tado, despejando la frente y la mirada. Recién entonces ella introdujo su mano dentro del pantalón y sostuvo la erección como quien sostiene un pájaro, algo sin peso, o por lo menos más liviano que lo esperado por esas manos cóncavas, atentas, casi devotas.

Entonces él le levantó la cara y miró los ojos que se alzaban hacia ese primer beso. Tan ancho ese beso, los labios abiertos, la insinuación de las lenguas, la firme presión, la suavidad, la separación posterior, la contemplación de las miradas, los ojos nuevos y las bocas que volvían a buscarse.

Las manos de Lucía están ahora sobre los brazos de Clorindo, a mitad de camino entre el hombro y el codo; se sorprenden de la palpitación de los músculos, apenas presionan las mangas arremangadas de la camisa. Están ahí, colocadas en una forma en que sólo las mujeres pueden colocarlas, como si nada estuviera pasando, como si no existiese ese miembro endurecido asomando del pantalón.

¿Y ahora? ¿Qué va a pasar? ¿Qué es lo que dicta esos movimientos? ¿Qué hacen esos dos cuerpos desnudos en esa cama, con las piernas y los brazos mezclados, las bocas a veces sobre las bocas y otras veces recorriendo con besos el territorio inacabable de la piel? ¿A quién copian? ¿Quién les enseñó a hacer lo que están haciendo? ¿De dónde viene esa destreza capaz de estimular otras destrezas? ¿En dónde yacen los conocimientos? ¿Existe una memoria, una sabiduría común a todos los hombres y a todas las mujeres? Y, especialmente, ¿qué sentido tiene preguntar todas estas cosas?

EMPEZO A LEVANTARSE un poco de viento del Oeste. Entre los duraznillos un perro gruñó a otro que merodeaba el recado de su dueño, y el molino, que había quedado mirando hacia el último viento de la noche, arrastró un sonido de metal cansado mientras la varilla golpeteaba en el cilindro. Detrás de los corrales se veía el cerro, apretado de mala espina y uno que otro molle retorcido; en alguna parte había zorros, zorrinos, avestruces y guanacos. En las aguadas el hielo había desaparecido, y el agua corría libremente hacia los bebederos. En lo alto del cielo unas avutardas recorrían la madrugada y abajo, sobre la tierra, estaba Clorindo.

Los duros cascos del caballo están hundidos en la blandura de la tierra. Clorindo, de pie a su lado, le ha colocado el bozal y también la cabezada y dentro de unos instantes intentará poner la sudadera sobre ese lomo quisquilloso.

Quién sabe dónde consiguió esa sudadera y el mandil, el lomillo, el cojinillo y hasta el sobrepuesto de carpincho y el pegual. Quién puede saber nada de un chico de diecisiete años, instalado en ese inmenso y verde mapa argentino, pasando la cincha bajo la panza del malacara y emitiendo unos sonidos que son casi palabras, destinados a calmar los nervios del animal. Quién puede saber si entre la sabiduría y la ignorancia de los hombres no existe un territorio tan difuso e inasible que nuestra mente jamás podrá aprisionar, pero que tal vez quepa en ese puño que se cierra sobre la crin del caballo, el puño del muchacho con un pie en el estribo y el otro ya separado de la tierra, cada vez más distante de este mundo, cada vez más cerca de los cielos.

¿Qué podemos saber de ese muchacho ahora enhorquetado sobre sus sueños, galopando suave hacia el desierto, dejando atrás su pasado de a pie para internarse tal vez sin darse cuenta en la cruenta aristocracia del caballo?

El mundo era distinto desde arriba de un caballo; Clorindo era distinto arriba de un caballo, porque su espalda se había enderezado y su pensamiento abandonaba la torva obsecuencia de los suelos para alzarse a los aires azules y los vientos. El mundo era de él, el desierto era suyo, cada metro que avanzaba avanzaban sus posesiones. Cada minuto de galope incorporaba inmensos pastizales, cada golpeteo del recado sobre sus nalgas era parte de un redoble de tambores repiqueteando a vida.

Fue toda una semana de gloria, fueron días de marcha y noches acampando bajo las estrellas, amaneceres de luz pálida sobre los pastos

helados, el sol creciendo poco a poco y dibujando apenas los contornos del malacara y después la luz instalada como una segunda aurora sobre el anca montada.

Clorindo no supo dónde había comenzado el desierto. Detrás de la última casa del pueblo que quedó a sus espaldas, aquella mañana después de ensillar, al pararse sobre los estribos, se supo en el centro de ese mundo aún no abandonado por el rocío. Para ser más exactos, hablamos de cierto día: el seis de febrero de mil ochocientos treinta y cuatro.

Sobre el repecho de una loma, a menos de cincuenta metros, apareció de pronto un grupo como de veinte indios. Eran indios alzados desde hacía tiempo, bien montados, sucios de camino, enarbolando la muerte en la moharra de sus lanzas y en la máscara terrible de sus facciones cinceladas por la intemperie, en esas caras inmóviles y en el alarido de las crines y de los pelos.

Al frente de ellos iba un capitanejo montado en un tobiano escarceador, con una irreconocible chaquetilla militar, el poncho en bandolera y el cabo de hueso de un facón caronero asomando al costado del cuerpo, como un gancho, como una reseca forma retorcida, como un signo de interrogación emergiendo del polvo y del espanto. No enarbolaba su lanza como los otros, la llevaba atada en un extremo de su muñeca desdeñosa, arrastrando el otro extremo en la tierra, donde seguramente había dibujado, en el transcurso de su vida, una larguísima línea, interrumpida cada tanto, como ahora, cuando con ese velocísimo gesto ha liberado la lanza de su correa y la empuña con ferocidad mientras aprieta las

piernas al tobiano y se precipita aullando hacia Clorindo.

Los demás lo siguen gritando como demonios. Un enjambre de lanzas se precipita sobre Clorindo, que apenas tiene tiempo de clavar las espuelas a su caballo.

El malacara corre a una velocidad asombrosa. Sobre el pasto, cerca de sus patas, un par de boleadoras rebotan sin destino. La distancia inicial se va agrandando. A los pocos minutos Clorindo da vuelta la cabeza y comprueba que ha conseguido separarse más de cien metros de sus perseguidores, pero su caballo jadea peligrosamente. Sabe que muy pronto lo van a alcanzar. Vuelve otra vez la cabeza y ve galopar a los indios, firmes y seguros. Nada podrá detenerlos; nada podrá quitarles la presa que súbitamente detiene su caballo y los enfrenta por unos segundos y lanza un grito, un extraño grito, un desafío tan extraño como inútil.

La persecución continúa, los cien metros se mantienen un buen rato y por la mente de Clorindo pasan todas las formas posibles de muerte: lanceado por la espalda, destrozada su cabeza a golpes de bola, estaqueado en el suelo consumido por el sol y las hormigas. Ha vivido diecisiete años y tres meses y unas pocas horas. Su memoria sólo posee conocimientos inútiles para esas circunstancias.

Y, sin embargo, ¿estará tan desamparado como piensa? ¿No habrá algo dentro de él tan sabio y misterioso como aquellos movimientos que realizó una semana antes sobre el cuerpo de esa maestra desnuda que gimió entre sus brazos? Detrás tiene a los más hábiles jinetes del mundo.

¿Lo sabrá Clorindo? ¿Sabrá que nadie en el universo entiende tanto de caballos como esos salvajes, que no puede existir jinete alguno capaz de sacarle mayor provecho a un caballo que cualquiera de esos indios que ahora nuevamente han disminuido su marcha y continúan la persecución al trote lento?

Clorindo los imita: también él está trotando ahora; cada tanto da vuelta la cabeza para estar seguro de mantener la distancia, y es una suerte que lo haga, porque ahora los indios han vuelto a arremeter a todo galope y Clorindo apenas tiene tiempo de azuzar al malacara y lanzarlo a la carrera. Cuando los indios retomen el trote, Clorindo también, y dentro de una hora, cuando los indios desmonten y lleven los caballos del cabestro, él hará lo mismo. Y así es como irá aprendiendo algunas de las cosas que no sabe.

Cuando cae la noche, amparado en la oscuridad, Clorindo afloja la cincha del malacara y dormita unas horas sobre el pasto. Al primer atisbo de luz del día siguiente ya están perseguidores y perseguido ocupando sus lugares correspondientes en los extremos de esa distancia que se mantendrá invariable durante ese día y el siguiente y el otro y el otro. Serán cinco días así. Cuando aparezcan detrás de un monte las primeras paredes de un caserío, Clorindo llorará abrazado al pescuezo de su malacara y será ya un hombre de a caballo.

SEÑORA:

El chasqui que llevará esta carta desde el estero paraguayo, en donde hemos acampado, hasta tu casa en Buenos Aires, será probablemente Clorindo, el "padentrano" Clorindo, como le dicen los demás soldados. Ensillará de madrugada para que no lo agarren los calores hasta Tuyutí por lo menos, donde hará la primera posta. En este momento, mientras yo te escribo, él está por algún lugar del campamento, en cuclillas junto a alguno de los fogones, con el poncho sobre los hombros y los ojos clavados en las brasas, y va a seguir así quién sabe cuánto tiempo, mientras la noche va creciendo entre las estrellas, más arriba de los árboles y de los pájaros.

Cuando lo llame para entregarle esta carta se cuadrará en la entrada de mi tienda con los ojos bajos, como suelen hacer los gauchos y las mon-

jas y esas dos tías tuyas que ya sospechan de nuestros amores. Y, si le llego a gritar: “¡Vista al horizonte, soldado!”, levantará la mirada como quien recoge un reproche y va a clavarla en mí y en el papel de esta carta, en estas palabras y pensamientos que ahora vos sostienes entre tus manos. Tus manos, señora, hechas de esa piel increíble, de esa suavidad que nace de todas las cosas que no has conocido.

Una vez maté a un hombre, en la batalla de Pavón. Nos habíamos enfrentado en el desorden de una carga y la moharra de su lanza me golpeó sobre el costado de la cabeza. Caí aturdido entre las patas de mi propio caballo. En un instante, aquel hombre, estuvo encima mío con la punta de su facón caronero sobre mi cuello, atiné a tirarle un puñado de arena a los ojos y de inmediato mis manos se concentraron en su garganta. Tenía el cuello fino, tal vez era muy joven, vi como sus ojos parecían estallar en su cara y no abrí mis manos hasta sentirlo muerto. ¿Dónde estaban tus manos cuando las mías se cerraban sobre los ruidos de esa garganta desconocida? ¿Sobre qué tapiz, sobre qué taza de porcelana, sobre qué libro, sobre qué teclas del piano? ¿No habrán estado junto con las mías? ¿No habremos sido cómplices allí, como somos cómplices de las caricias y de estas palabras que mi pluma va volcando sobre el papel?

Escribo la palabra papel y me veo cumpliendo con ese pedido tuyo de registrar de algún modo esta parte de mi vida tan alejada de la tuya. No sé bien qué pasará con estos papeles cuando lleguen a tus pensamientos. No sé si te acercarán o te alejarán de mí, sólo sé que tu cara se trans-

forma ante algunas cosas; amanecen miradas nuevas en tus ojos y a veces inauguras con ellas distintas formas de silencio.

¿Y conmigo? ¿Qué pasa conmigo cuando te escribo? ¿Qué pasa cuando me levanto de este escritorio y, por la abertura entreabierta de la tienda de campaña, miro la espalda del centinela y los fogones con la carne asándose y el rondín que vuelve de su recorrido y los perfiles de los montes contra la luna y los caballos un poco inquietos por los aullidos del aguará-guazú y los perros merodeando y un desertor en el cepo que mira la misma noche que yo estoy mirando?

Cuando termine esta carta y la ponga en un sobre y se la entregue a Clorindo para que la lleve hasta tus manos, sé que voy a mirar el sobre en manos de él y voy a ver cómo lo coloca en uno de los bolsillos de su tirador y sentiré que me voy quedando un poco más vacío. El tirador es de cuero de carpincho, con bordes de charol, y tiene dos grandes hebillas con letras doradas que no coinciden en absoluto con sus iniciales: él se llama Clorindo Aroca y las iniciales del tirador son WH. Lo habrá ganado en una cuadrera o robado de algún lado, tal vez sea el único botín de una sórdida historia de puñaladas y el verdadero dueño de ese tirador sea hoy una de las tantas osamentas perdidas de este país, algún gaucho menos hábil o con menos suerte que Clorindo en el manejo del cuchillo.

Clorindo saldrá con esta carta recién dentro de unos días. Estoy por presentar batalla frente a las defensas de Curupaytí. Necesito tomar esa fortaleza paraguaya y no me puedo dar el lujo de

prescindir de un solo hombre. Cuando la fortaleza sea tomada le daré dos días de licencia y le encomendaré esta carta.

Me gusta esta carta, me gusta enhebrar estas palabras, pensadas, escogidas y colocadas casi como las notas de una partitura sobre un pentagrama; me gusta pensar en esta carta atravesando esteros infernales, repechando lomas, vadeando aguadas, bajo estos soles imposibles, haciendo crujir la escarcha en las mañanas heladas, dejando una huella blanca por los salitrales, escuchando la lluvia sobre el poncho encerado y el anca del caballo.

Si Clorindo fuera uno de esos personajes de Shakespeare que tanto te fascinan, si fuera uno de esos mensajeros agasajados cuando las noticias que traían eran buenas o condenados a muerte cuando eran malas, ¿qué trato recibiría de vos con esta carta? Una vez te lo pregunté, te pregunté qué impresión te había causado ese gaucho cubierto de polvo, con el rebenque colgado del cabo de su cuchillo fácil, con su mirada intraducible y con ese silencio taimado que viene de los siglos, alcanzándote un sobre con mis palabras. Me contestaste que no te habías fijado especialmente en Clorindo hasta que notaste que había pisoteado uno de los canteros de tu jardín. “Quien aplasta una flor perturba a una estrella”, me dijiste.

Eso sos vos, señora, esto soy yo y eso es Clorindo.

Esta mañana apareció un extranjero en el campamento. Vestía una levita gris, un sombrero recién cepillado, chaleco de fantasía, zapatos tan limpios como si no estuviese pisando el Pa-

raguay sino alguna de esas geografías limpias de los gringos. Era un alemán vendedor de armas, hablaba español bastante bien y traía en sus manos un estuche de cuero con una mira telescópica, obsequio para mí de la empresa que él representa.

Cuando entró en la carpa se desconcertó; miró el escritorio de campaña que vos no me regalaste, con la lámpara de bronce que sí me regalaste; miró el arcón de cuero y la alfombra. Después me miró a mí con cierta desilusión. Los europeos adoran a los bárbaros. Le hubiera gustado, seguramente, que el jefe de ese ejército que él había visto acampado al llegar a mi tienda fuera un gaucho descalzo, con una vincha sucia aprisionándole las crenchas y con restos de charqui y galleta en la barba. En cambio, me vio tomando una taza de té sobre tu mantel de hilo, vio tu mantequera de Limoges y los cubiertos de plata de siempre; lástima que no me agarrara leyendo el Dante o Plutarco.

—¿Esta es la Argentina? —preguntó sonriendo.

—Una de las Argentinas —le contesté.

—Me voy a presentar: soy el barón Von Tungher —dijo, juntando apenas los talones.

Fue un día extraño el de ayer. Por lo menos fue extraño conversar con ese hombre, tan distinto, tan extranjero de mí mismo, tan intruso en esta isleta que es mi tienda de campaña. Y sin embargo, pienso ahora, cuánto más cerca estoy de ese hombre que del centinela ahí afuera o del desertor atado al cepo desde anoche.

—¿Será que confundimos la palabra patria con la palabra clase? Imagino tu cabeza pensativa diciendo que tal vez sí o tal vez no.

Salí con el barón y con Quesada a probar la mira telescópica. Ibamos bien montados y casi sin escolta. Chapoteamos por el borde del estero, repechamos unas lomas y nos detuvimos en el filo. Desmontamos y nos metimos de a pie por un sendero buscando, con el prismático, algún animal para probar la eficacia de la mira. Un mono fue el blanco elegido. Era un carayá solitario en una rama, a casi trescientos metros de distancia. Sin el prismático jamás lo hubiera visto. El barón ajustó la mira a un fusil y apuntó. El mono ocupaba el centro de mi prismático, supongo que también el de Quesada y el de la mira telescópica. De pronto, el mono inclinó la cabeza sobre el pecho, como si quisiera mirar las coordenadas que la mira había dibujado en su pecho. Sólo entonces oí el estampido y el mono desapareció.

El barón, satisfecho, volvió a cargar el fusil y me tendió el arma.

—Pruebe usted, general. Allá hay un pájaro.

Le di mi prismático y tomé el fusil. Barrí con la mira las copas de unos lapachos, descendí hasta unas matas apretadas, me demoré en un tala, bordeé el perfil de unos helechos y me detuve en el centro de un abra.

—Capitán —le dije a Quesada—, mire usted ahí.

—Estoy mirando, mi general.

—¿Quiénes son?

—Son nuestros. El teniente López y creo que... sí, el otro es el teniente Requejo.

—Me parece que tenemos dos traidores.

—No, mi general. Eso seguro que no.

—¿Y qué hacen ahí, hablando con esos paraguayos?

—No sé, mi general. Parece un duelo, señor, o un desafío.

—Si salen vivos, metalés quince días.

Seguí observando por la mira. Eran dos típicos tenientitos argentinos. Buenos mozos, insoportablemente seguros de sí mismos, alegres, despreocupados. Cada uno de ellos montaba un alazán. Me dediqué primero a López: subí desde las patas de su caballo hasta la cincha, la bota que asomaba del estribo cruzada por un tiento de cuero crudo que sostenía la espuela, la chaquetilla oscura con los botones dorados, el pescuezo sudado del caballo, la espuma de la boca empapando el freno, la crin bien tusada, las riendas sujetas por la mano enguantada. Después miré la cara, una linda cara; los hombres se embellecen con el peligro como las mujeres con la duda. La cara del otro teniente, Requejo, estaba sonriendo ante algo que él mismo había dicho, al parecer. Frente a ellos estaban los dos oficiales paraguayos con sus duros pómulos enmarcados por el barbijo, uno de ellos llevaba un poncho colocado en bandolera. Los cuatro dejaron de conversar y separaron los caballos. Observé cómo se iban transformando las caras y el simultáneo desenvainar de los cuatro sables.

La distancia me impidió oír, pero pude ver el ruido que produjo el entrechocar de las hojas, pude ver los gritos y el jadeo, y el continuo girar de los caballos en el polvo. Vi a Requejo amagar un mandoble a la cabeza para sablear después a su adversario en el brazo. El oficial paraguayo no cayó. No vi su cara porque el caballo caracoleaba. Debía estar muy pálido. Los heridos palidecen. El brazo del paraguayo colgaba blando y

casi separado de su cuerpo, mientras el caballo trotaba como perdido. El sable cayó al suelo. El caballo se detuvo, como esperando que también cayera su jinete. Cuando esto sucedió, yo pensé para mí: otra mata de territorio paraguayo bajo un cuerpo muerto, otra porción del país debajo de la muerte. El mapa de una tierra es el mapa de sus muertos.

Requejo envainó y quedó esperando el desenlace del combate de López, que peleaba como enloquecido ante la superior habilidad del oficial paraguayo. López parecía comprender que sólo la fuerza podía doblegar esa inesperada maestría del otro con el sable; por eso clavó las espuelas en los costados de su caballo y se le echó encima gritando y tirando planazos al adversario que, uno a uno, iba neutralizando todos los golpes.

Pero el peso del acero sobre el acero es duro de llevar. El paraguayo no pudo aguantar el ataque y sintió de golpe una durísima herida sobre su cara. Otro sablazo le desfiguró la frente y el hombre pareció desplomarse.

La cabeza casi tocaba el suelo, pero las piernas permanecían apretadas a la montura, los pies firmes en los estribos y el sable todavía sujeto con fuerza.

Lo que hizo entonces fue algo increíble. Desde su difícilísima posición tiró un sablazo a las patas del caballo de López. El animal se derrumbó y López, desde el suelo, con la pierna prisionera bajo el caballo, vio cómo el oficial paraguayo desmontaba lentamente e iba hacia él. El barón me dijo:

—Lo va a matar, general.

Enfoqué a Requejo, su sable seguía envainado, no iba a intervenir. Su código de honor mantenía el sable dentro de la vaina mientras su amigo iba a ser degollado delante de sus ojos.

Señora, cuando nosotros rompimos los códigos de esa moral que condenaba un amor como el nuestro, tal vez sin darnos cuenta nos ceñimos a un nuevo código, el de aquellos que cuestionan los códigos. Antes de conocerte, yo jamás hubiese apuntado esa mira telescópica a la cabeza del oficial paraguayo ni, mucho menos, curvado mi dedo sobre el disparador. Hubiese actuado igual que Requejo, acatando el reglamento de los dueños; hubiese permanecido impassible viendo morir al tenientito López.

Pero no lo hice, o no lo hicimos; esta vez tu mano estaba con la mía. El paraguayo había perdido demasiada sangre, sus piernas ya no podían sostenerlo, cayó boca abajo contra el barro. El barón me preguntó:

—¿Estuvo por disparar, general? —Desde luego no le contesté.— ¿Se da usted cuenta, general, lo que podría ser su ejército equipado con estas miras telescópicas? —agregó.

Miré la mira y lo miré a él, y después dije:

—¿Somos acaso dioses para decidir desde las alturas quién debe morir y quién no?

—Yo creo que sí —me contestó—. Creo que en ciertos momentos lo somos. Estirar una mano y tomar una vida por un fin superior, ¿le parece mal? Ustedes son raros. Esos dos hombres que peleaban allá abajo tienen más cosas en común con quienes acaban de matar que con usted.

Esa noche mandé llamar a los dos tenientes.

López rengueaba un poco. Después de cuadrarse les dije:

—Así que son ustedes.

—Sí, mi general —dijo López. Requejo, en cambio, aventuró una imprudencia:

—En eso estamos.

Hice poner dos cubiertos más en mi mesa. Los miraba comer y recordaba mis tiempos de teniente, las dos o tres veces en que me senté a la mesa de un general. Qué distinto es todo ahora. ¿Por qué parecen tan cómodos en sus sillas? ¿Qué fue lo que cambió? ¿Los tenientes o los generales? ¿Se estarán acortando todas las distancias? ¿Estará terminando la solemnidad? Esos tenientitos, que en un rato recibirían quince días de arresto por el duelo, estaban tan cómodos como en sus propias casas, y este general que le escribe a una mujer a quien no debiera escribir se sentía viejo y cansado. ¿Hacia dónde vamos, señora? ¿Cómo es este mundo que se avecina? Estoy comandando uno de los ejércitos más grandes de América, estoy combatiendo contra el enemigo más feroz y estoy peleando dentro de mí contra todas mis contradicciones. Los seres humanos me parecen cada vez más fascinantes y estúpidos. Incluso yo. Especialmente yo.

Mi asistente trae la fuente de loco. El maíz emerge en la exquisita salsa colorada. Se ven trozos de panceta, chorizos, charqui y carne de chanco ahumada. El pan está recién hecho; en tu lindísimo botellón brilla, oscuro, el vino.

—De chico odiaba el loco —dije cuando me servía. Requejo se rió y le dijo a López:

—¿Y vos?

López bajó los ojos y empezó a contar:

—El otro día, cuando entramos en Boquerón

pasamos por un rancho donde vimos a la vieja más sucia del mundo.

—No podía ser más vieja y no podía ser más sucia. No tiene idea de lo sucia que era —dijo Requejo.

—Estaba comiendo un plato de locro, que es el plato que más me gusta. Así que le digo: “Buenos días, abuela, ¿qué tal ese locro?”, le saco la cuchara y no se imagina el esfuerzo que me costó tragar ese locro. Creo que en mi vida sentí tanto asco.

—¿Y no pensó en el asco de ella cuando usted le usó la cuchara? —dije yo. Eran tan tuyas esas palabras que sonreí más por vos que por la risa de ellos.

Charlamos largo esa noche. Dios, cómo te extraño cuando estoy con gente joven. Yo nunca fui joven, o empecé a ser joven cuando te conocí. Siempre pienso que los hombres tienen la edad de la mujer que aman. Cuando me puse de pie, nuestra actitud cambió completamente. Las espaldas se enderezaron, las manos, que hacía unos instantes habían sostenido y acompañado la tibia forma del cognac dentro del vaso, ahora estaban listas a pegarse a los costados del pantalón no bien los talones se juntasen.

—¿Ustedes saben por qué los mandé llamar?

—Sí, mi general.

—Quince días de arresto a los dos.

—Sí, mi general.

—Los acompañé hasta la salida de mi tienda. Al pasar por el escritorio, vi la mira telescópica. No sé por qué se la regalé a López. La victoria no se consigue matando al enemigo, ni destruyendo su ejército, ni invadiendo sus fronteras, ni to-

mando su capital y su bandera. Vencer es con-
vencer al enemigo de que ha perdido. Hasta ma-
ñana, señora, te dice

Bartolomé

LA OTRA NOCHE me masturbé por primera vez con la mano izquierda, Marcela. Querría decírtelo, querría escribirte, pero mi mano izquierda no escribe todavía. Fue una sensación extraña. Imagíname de espalda, solo sobre la cama de este hospital de campaña, concentrando mis pensamientos en la estúpida mujer de Barboza, mientras mi mano izquierda sacudía con torpeza mi miembro desconcertado. Había en mis dedos algo extraño, como una actitud de rebeldía contra la inercia de mi pensamiento, o una falta de acatamiento a una parte de mí mismo que todavía no conozco.

Decidí entonces dejar de pensar en la mujer de Barboza y pensé en vos. Pensé en la suave insistencia de tus muslos y en esa cara tuya inclinada sobre mis caricias como mirando algo que alguien hubiese depositado sobre tu piel. Pensé en tu cuerpo boca abajo sobre la cama. El perfil

de tu desnudez mucho menos impúdica que vos vestida, el dibujo de tus pies perdidos entre las sábanas. Pensé también en vos con Guillermo. Tu pasado me ha excitado siempre. Las caricias ajenas sobre vos se me hacen propias, o tal vez sea esa parte misteriosa que aflora en nosotros cuando nos embarga la excitación y necesitamos incorporar toda esa vida sensual que latía en cada uno de nosotros cuando estaba sin el otro.

Los Guillemos tuyos y las Alicias mías han sido en cierta manera pilares sobre los que se asienta nuestro amor. Sólo mirando con ojos ajenos podemos descubrir el caudal de la mirada de los ojos propios. Y mi mano izquierda, querida, es una mano ajena.

Pienso en vos, instalada en Buenos Aires tan lejos de este extraño y salvaje Paraguay. Cuando me masturbaba con mi mano izquierda le exigía a tu imagen en mis pensamientos que siguiera mi mano. No era como antes. Ahora tenía que adaptarse a esos movimientos que no eran nuestros, que no eran tuyos, ni míos. O tal vez sí. Mi mano izquierda manejaba mi tiempo, y por eso manejaba toda mi persona. Todo tenía otro ritmo; la piel de mi miembro se estiraba distinto, su tensión era más arisca, todos los matices de mi acto tenían que adaptarse a esa rara inoperancia. Hasta la futura mancha de mi semen sobre la sábana corría riesgo de serme escamoteada.

En fin. Es eso; que la otra noche, me masturbé con la mano izquierda, por el mismo motivo que hoy querría escribirte con esta mano izquierda: porque perdí mi mano derecha en plena batalla, bastante cerca de las murallas de Curupaytí.

Así fue: veníamos avanzando desde antes del amanecer; suponíamos que la artillería brasileña habría anulado la mayoría de los cañones paraguayos, cosa que no ocurrió, y cuando la infantería argentina atacó nos encontramos entre dos fuegos. Yo acababa de ordenar que calaran las bayonetas. Me acuerdo del barro, que lo cubría todo: los fusiles, las manos, los uniformes, las caras. Cuando se secaba, la piel parecía un mapa manoseado de geografía devastada. Un subteniente muy joven se me acercó corriendo y dijo:

—Clorindo se quedó atrás.

—Tráigalo —le dije.

Recién ahora, imaginando que escribo con esta mano izquierda el nombre de Clorindo, impregnando de lentitud y de extrañeza cada una de las letras de su nombre, convirtiendo esa superficie abstracta de papel en un espacio donde una mano casi ajena obliga a mi pensamiento a seguir el laberinto de sus trazos. Recién ahora se me aparece el perfil empecinado de Clorindo emergiendo del estero, su cara de hombre de a caballo enganchado en la infantería, sus manos grandes abarcando el calor del mate en una madrugada de fogones, su cuerpo poderoso agobiado de vida, su mirada perpleja después de una formación, donde un general de legendaria valentía y estupidez había dicho a la tropa formada:

—Soldados, si en el combate siempre avanzáis, nunca os será poca la munición asignada ni corta vuestra arma blanca.

—¿Qué es asignada? —me había preguntado Clorindo después de la formación. No sé qué le contesté, pero sé que si pudiera escribir ahora con esta mano izquierda le diría: No interesa lo

que significa la palabra asignada, no interesa aprender las palabras de ellos, no alcanza con ser analfabeto. También hay que ser sordo. Si fueses sordo nadie te hubiera podido mandar a estos infiernos.

El subteniente apareció con Clorindo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—No me hallo, señor.

—Cómo que no te hallás; estuviste en todas y ahora no te hallás.

—No me hallo de a pie, señor.

—Mirá, gaucho bruto, a la patria no le importa si te hallás o no. —Y le apoyé el fusil en la garganta, y seguí—: Te voy a volar la cabeza si no avanzás.

Vi en sus ojos que había dicho basta, vi que ya era tarde para cualquier cosa. Ni él ni yo podíamos cambiar nada, en nosotros o en lo demás. Presioné lentamente el disparador y oí el sonido del percutor. La bala no salió, el fusil mojado había fallado y Clorindo continuaba vivo mirándome a los ojos. La artillería paraguaya descargó entonces toda su furia sobre la zona en donde estábamos. Nos tiramos en el barro y, cuando en un respiro levanté la cabeza, Clorindo ya no estaba.

Las defensas de Curupaytí, vistas desde nuestro lado, eran algo grandioso. Los enormes troncos de quebracho y lapacho que durante más de un centenar de años se habían erguido verticales en el monte yacían ahora horizontales formando terraplenes sobre un lecho de piedra y barro, y su ausencia en el aire se elevaba a una altura mayor y más insoportable de la que había tenido su presencia. Los causantes de la masacre nunca entenderían nada de todo

esto. Entre los troncos y la piedra y el barro emergían las bocas redondas de los cañones, como asombros de metal caliente, dejando escapar el humo de sus últimos disparos. Los artilleros aparecían y desaparecían entre las troneras. Los sirvientes de pieza se movían como criaturas jugando a la guerra.

Cuando nuestros cañones los alcanzaron, vi volar por los aires muchos de esos cuerpos morenos y livianos. Tal vez ya estaban muertos cuando se recortaron contra el cielo. Tal vez algunos estaban vivos todavía, y alcanzaron a vislumbrar algo detrás de nuestras líneas y del monte alto, del estero y de las lomas que corrían más allá del salitral, del palmar incendiado y del campanario destruido, de esa mujer tras la yunta de sus bueyes trazando con el arado una firme línea sobre la tierra.

En algún momento de la carga grité: "¡Viva la patria!", y levanté mi sable. No tenía por qué levantar el sable, no había ningún enemigo cerca y no necesitaba arengar más a la tropa. Pero lo levanté, simplemente; lo levanté como si la cita de mi mano con esa metralla de cañón hubiese sido estipulada mucho tiempo antes. Creo que mi gesto fue tan rápido porque temía no llegar puntual a la cita, como si tuviera conciencia de que una mínima demora de mi parte habría frustrado un encuentro trascendental.

Al principio fue como si sólo mi sable saliera despedido por los aires. Lo miré, incluso. El acero de mi hoja giró enloquecido contra el cielo. Yo aún no sabía que mi mano derecha iba sujeta a él. El puño, los dedos, el anillo de mi padre, las uñas, aferrados a ese objeto que en unos instantes iba a caer en suelo paraguayo.

El rojo oscuro que manaba del muñón de mi brazo se abría en afluentes sobre el barro; los riachos se nutrían unos de otros hasta formar un extraño delta en miniatura. Tantas veces durante esta campaña pinté arroyos, ríos, pantanos y lagunas. Necesitaba la medida del agua para compensar en mis cuadros los excesivos colores de esta guerra: las banderas, los uniformes, los campos quemados, los fogonazos, los árboles, los pájaros. Hasta el incendio de los cielos al final del día me pedía esos espacios sosegados del agua. Ahora, el rojo de mi sangre desbordaba mi paleta, dibujaba fuera de mi cuerpo mis propias venas, mis propias arterias, invadía la tela de mi mente como el ejército de la Triple Alianza invadía el Paraguay.

Mi mano izquierda se comportó entonces como se está comportando ahora: impuso su tiempo. Se quedó adherida en forma casi ausente al muslo, sobre el género azul del uniforme. No se aferró al muñón del otro brazo, no se crispó sobre mi pierna izquierda, no hizo el menor ademán de taponar la sangre que corría con fuerza y empapaba una de mis botas.

Un soldado me dijo:

—Mi teniente —y algo más que no pude entender, en ese idioma guaraní que hablan muchos de nuestros soldados y todos los soldados enemigos, y que no habla ninguno de nuestros oficiales.

Esto último lo hubiera escrito con mi mano derecha, con esa obediente mano derecha tan respetuosa de mis ideas. Pero una cosa es escribir una idea y otra cosa es dibujarla en la nada. Mi mano izquierda está ahora dibujando en mi

mente esos sonidos que son las letras. Su lentitud me conmueve. Si le dicto tu nombre, por ejemplo. Si le dicto la palabra Marcela, el tiempo que tarda en dibujar la eme me obligaría a detener tu imagen un instante, un instante ajeno a los relojes y a los latidos, ajeno a esa piedad que los seres humanos dedicamos a aquello que queremos, para protegerlo del inapelable veredicto del tiempo.

Pienso en los árabes. Esa casta de analfabetos inventores del alfabeto. Pienso en esas inteligentes manos morenas dejando la estela de sus pensamientos sobre los trazos con que concibieron cada una de las letras. ¿Cómo enfrentaron por primera vez el dibujo de un sonido? ¿Cuánto tiempo habrá durado el asombro de esa nueva torpeza?

Y yo, Marcela. ¿Qué va a pasar conmigo? La metralla me liberó de una destreza; ahora escribo o pienso que escribo como el pintor que fui, mirando los trazos que cada uno de los pelos de su pincel dejó sobre la tela. Mi nueva torpeza deja al descubierto todo lo que se ocultaba detrás de muchas destrezas ínfimas, esa clase de estúpidas destrezas que nos imponemos como vendas sobre los ojos para negarnos a contemplar quién sabe qué.

El otro día, el general Mitre se presentó inesperadamente en el hospital de campaña donde estoy internado. Lo acompañaban Quesada y otros oficiales. Llevaba botas altas, negras, con espuelas de plata, un sombrero extraño, con barbijó, y esa expresión bonachona de los señores de la guerra cuando la crueldad ha arriado momentáneamente sus banderas. Se detuvo frente a mi cama y dijo:

—Teniente. —Pensó un poco y agregó:— Teniente López.

Lo miré sin decir nada y él continuó:

—No les crea. No les crea una palabra. Le van a dar una medalla por su mano perdida. Tal vez lo llamen el manco de Curupaytí o algo por el estilo. Pero no les crea, teniente. Este es el peor negocio de su vida. Perder la mano derecha es perder la posibilidad de defender cualquier idea, y la idea más brillante no existe sin brazo que la defienda. Por lo menos en este continente. En las Europas será otra cosa, pero acá es así. Usted era un buen pintor. Me han gustado algunos de sus cuadros... Pero también eso se acabó. Para educar la mano que ahora ha perdido, tardó usted casi treinta años. Su mano izquierda no va a tener esa oportunidad. Y queda poco de un hombre que no tiene acceso al arte ni al heroísmo.

Hablaba como un buen actor, en voz baja, pero consciente de ser escuchado hasta en el último rincón. El gran seductor había encontrado un buen lugar para ejercer su seducción. Con esa seducción había mandado millares de hombres a la muerte, había sacudido a multitudes, había convertido al país en el pedestal de su monumento. A su lado, un curtido oficial de mirada torva y agresiva mascaba tabaco o mordisqueaba alguna cosa. Con insolencia me levantó la sábana y miró mi muñón vendado. Después dijo:

—*C'est la guerre.*

Mitre le contestó en un perfecto francés: "*Qu'est-ce qu'on attend pour être heureux*". Me dio vergüenza haberlo entendido. Mitre pareció darse cuenta, porque jugó una carta maestra,

cuando repitió lo que acababa de decir, pero esta vez en guaraní: "*Mbaeico reicoteve Rebyhá jhagua*".

—Para los que no entienden el francés —dijo sonriente, mientras se retiraba, seguido por su corte.

LA POBREZA TIENE UN COLOR: un gris amarronado, que cubre las viviendas, los objetos, la ropa, las manos, el pelo y las cejas de los hombres, y que sólo respeta los ojos, como cristalinan superficies de agua en ese mapa de privaciones que son las caras.

En los países en donde abunda la piedra, las marcas de la pobreza son como monumentos: las iglesias y las casas abandonadas, con los muros desgastados por el viento, permanecen incólumes, durante años, en la comarca remota del olvido. En los países como éste, en cambio, en los países estaqueados al sol del desierto, la pobreza se desvanece en las cosas. La pampa respeta muy poco tiempo una tapera: la paja de los techos se vuela, los palos se pudren, los panes de adobe retornan a la tierra y se integran a su superficie, liberando el espacio que resguardaran entre sus paredes.

Una larguísima cicatriz de pobreza atraviesa

esa nada que es la provincia de Buenos Aires, como un tajo en la cara de la historia. Es una línea de fortines, reductos del ejército más pobre que jamás haya existido.

Un jinete manco se encamina a uno de esos fortines. Monta un bayo encerado y lleva una mula de pilchero. El hombre sostiene en su única mano las riendas y el cabestro de la mula. La mula cabestrea bien; por eso, en la distraída mano del hombre, el cabestro no tironea en absoluto. La cangalla que lleva sobre su lomo está sujeta por una doble cincha. Medio raro que alguien ande por esa zona con una mula de pilchero. Por pobreza no es; al caballo se lo nota alimentado a grano. No hay más que ver la briosa energía de su paso y cómo resaltan los lustrosos músculos en el anca partida y en las patas; no hay más que ver cómo escarcea cada tanto aunque lleve marchando cerca de diez horas. Además está el poncho del hombre, una carísima manta Castilla azul marino, con cuello alto, y esas espuelas de plata, y la forma de montar y de mirar para adelante, como si fuese el dueño de aquellos parajes. No, no es por pobreza que lleva esa mula de pilchero; la lleva porque se le da la gana. Ahora se detiene, baja del caballo y se levanta el poncho. La mano desabotona la bragueta del pantalón y dirige el chorro de orina lo más lejos posible de sus pies, en un ancho semicírculo que anega la tierra reseca.

El hombre está por montar ahora nuevamente. O no. Pone su pie en el estribo, apoya la otra rodilla en el recado, se incorpora con cuidado y, manteniendo el equilibrio sobre el lomo quieto, otea con atención el horizonte. Después monta

normalmente, pero cambia apenas su rumbo porque ha divisado a lo lejos una patrulla militar.

Van a tardar cerca de dos horas en encontrarse; ni la patrulla ni el hombre apresuran la marcha. Y, cuando se encuentren, ni los hombres de la patrulla ni él van a demostrar la menor sorpresa, porque en las grandes llanuras y en los mares el código que rige los encuentros dicta, para esos casos, una total carencia de asombro.

—Buenas —dice él.

—Buenas —dice el oficial que comanda la patrulla, mientras masca un inmundo pedazo de tabaco que a veces asoma entre sus dientes. Es muy joven, lleva el uniforme cubierto de polvo, la mirada astuta y huidiza, la visera del quepis quebrada y ligeramente echada hacia adelante, protegiendo del sol las torvas facciones desconfiadas. Tiene algo de un animal apto para sobrevivir en ese desierto. Los labios resecos son cada tanto recorridos por la lengua, y el contraste de ese tejido húmedo sobre la boca endurecida parece la irrupción de un desagradable molusco entre las grietas de un paredón abandonado. En una de sus botas falta un pedazo de cuero, que ha sido reemplazado por un cuadrado de loneta. El pantalón, a la altura de la rodilla, está roto, y la piel que asoma, pálida, lechosa, parece un remiendo humano sobre el sucio género del uniforme.

Los soldados no se diferencian en casi nada de una banda de mendigos. Todos llevan sables de caballería y, seguramente, sus propios cuchillos en la cintura. Uno de ellos tiene una carabina Remington bajo la carona. Otro lleva las

muñecas maniatadas y los tobillos sujetos con un tiento, bajo la panza del caballo: un desertor, seguramente. Sí. Un desertor. Y el hombre manco sabe quién es, aunque simule no haberlo reconocido.

El oficial deja de mascar y escupe en el suelo. El montoncito de tabaco, saliva y polvo retiene por unos instantes la mirada del hombre manco, que después pregunta:

—¿Cuánto falta para el Tres de Línea?

—¿A caballo o en mula? —dice con insolencia el oficial.

—A caballo —contesta el hombre, y suelta el extremo del cabestro de la mula.

—Unas tres horas. ¿Y la mula qué?

—Usted me la va a llevar.

El oficial volvió a escupir. Después golpeó una o dos veces con su mano la manga del otro brazo. Debajo de la nubecita de polvo surgieron unas jinetas de teniente. El hombre manco pareció no impresionarse.

—Mis cosas me las deja en la comandancia

—No creo que lo haga —dijo el oficial; después agregó—: Y no necesita levantarse el poncho para mostrarme su grado. Usté ha de ser un capitán.

—Soy un capitán.

—Yo apenas un teniente, pero del Tres de Fierro, y no creo que al Viejo le haga gracia que sus oficiales anden llevando mulas por ahí.

—Cuando me levante el poncho y usted vea mis jinetas de capitán, ¿se va a animar a repetir esas palabras delante de la tropa formada?

—Creo que no. Por eso le pediría que no las muestre.

El hombre se levantó el poncho, no para mostrar sus jinetas, sino para sacar una petaca de vidrio con forro de cuero. Los dos oficiales tomaron varios tragos de ginebra y después continuaron juntos la marcha hacia el fortín.

A media mañana, el centinela en el mangrullo del regimiento vio venir a la pequeña tropa. Estaba de guardia desde la madrugada y había visto casi en la oscuridad cómo ensillaban los hombres a los caballos nocheros y cómo salían en busca de las tropillas. También los había visto volver arreando las tropillas por delante, gritando y agitando los ponchos o los rebenques, antes del toque de diana. Había visto el despertar de la tropa, las corridas y también la formación frente a la bandera desteñida en lo alto del mástil.

Le llamó más la atención la mula que su dueño, ese manco desconocido con el poncho azul de cuello alto. Sí miró, en cambio, al desertor. Cuando el grupo entró en el fortín se inclinó sobre la baranda del mangrullo para seguir mirándolo, pero después volvió a colocarse en posición normal porque había aparecido el coronel.

Villegas; Villegas Toro, como le decían los indios. Ahí está, el coronel Villegas, saliendo de la comandancia: su barba; su corpulencia; su quepis cubriendo el pelo largo; su mirada dura, alerta; su airosa locura inaugurada quién sabe dónde y desde cuándo; la suma de heridas y cicatrices bajo el uniforme, fruto de aquel famoso duelo a lanza con un cacique y de innumerables batallas y enfrentamientos con diversos enemigos.

El soldado en el mangrullo volvió a enfrentar la extensión absurda del desierto. Escrutó con los ojos entornados la interminable planicie, se distrajo un momento en una osamenta que ya había visto cien veces esa mañana: la jaula de las costillas, como una diminuta cárcel blanca, encerró por un instante su mirada. Más allá unos avestruces, un salitral lejano y, más acá, la polvareda que había levantado el grupo de soldados, quieta en el aire quieto y en las pupilas marrones del soldado.

El capitán manco, el teniente y los soldados andrajosos estaban desmontando. Sólo el desertor permanecía a caballo. Sus manos están hinchadas, tal vez el tiento que las sujeta apriete demasiado. Es distinto de los demás; por lo menos se lo ve distinto allí, arriba del caballo. Está ausente y presente al mismo tiempo, su cabeza inclinada parece pensar intensamente en algo inútil.

Villegas se ha acercado al grupo y le pregunta al oficial:

—¿Dónde lo encontró?

—Escondido entre los juncales de la laguna, mi coronel.

El desertor escucha ese diálogo como si estuviesen hablando de otra persona. Después mira a lo lejos. Unos hombres están apisonando a yegua el adobe. Otros están cavando en un corral. Los domadores tironean de la boca de un potro. A medida que el desertor los mira, los movimientos de esos hombres van aquietándose. Un círculo de inmovilidad rodea ahora al prisionero. No va a durar mucho pero, mientras tanto, el desertor será el centro de ese indigente homenaje, tal

vez el único que ha recibido en el transcurso de su vida.

Villegas se le acerca y lo mira profundamente a los ojos, mientras le afloja el tiento que aprieta sus muñecas. Después le dice:

—Mirá, Clorindo, no me olvido cómo te portaste en Aguas Blancas, ni que me salvaste la vida en las Salinas y no me fallaste en Yegua Muerta. No quiero que me fallés mañana. Te vas a afeitar, te vas a limpiar el uniforme, te vas a lustrar las botas. No te voy a vendar los ojos ni te voy a atar las manos. Vas a morir como muere un soldado del Tres de Fierro.

—¿Entendido, Clorindo?

—Entendido, mi coronel.

El hombre del poncho azul con el cuello alto está sentado en la comandancia hablando con Villegas. Ambos están separados por una improvisada mesa hecha de tablones. Villegas está diciendo:

—Capitán López, usted viene de una guerra de señoritos, con un Estado Mayor, con artillería, con apoyo logístico. Esto no es el Paraguay. Acá se entra en la historia por la puerta de atrás.

Se estiró en la silla. Los músculos de los brazos abultaban las mangas de la chaquetilla.

—Ya lo sé —dijo López.

—No, no lo sabe. Cree saberlo. Hace casi un año que no nos pagan sueldo. Munición casi no queda. Sólo tenemos carne; no hay casi harina ni yerba. Los hombres se mantienen unidos por los indios. Si los indios dejan de atacar... No sé qué pasaría.

—¿Qué puede pasar?

—Que se subleve la tropa.

—A usted no se le subleva nadie.

—No, a mí no; pero en los demás fortines no sé. Por cada desertor que yo fusilo, ellos fusilan a cinco. A mí no se me sublevan tanto por esas cosas mías.

López sonrió y dijo:

—¿Qué cosas tuyas?

—Y, usted sabe cómo es el gaucho. Basta con guapear un poco para que lo sigan hasta la muerte.

—No creo que sea sólo cuestión de guapear. En el Paraguay vi guapear a más de un jefe, y los soldados los odiaban igual.

—Sí, es cierto. Los soldados son como las mujeres, lo siguen a uno quién sabe por qué.

En la puerta se cuadró un soldado. Sin demasiada energía dijo:

—Sargento Taboada de guardia, mi coronel. Con el parte. Se carnearon dos yeguas y cuatro reses. Las patrullas regresaron sin novedad. Al soldado Araujo se le tuvo que entablillar la pierna.

—¿Algo más?

—Nada más, mi coronel.

Cuando se fue, su cuerpo dejó al descubierto una inesperada figura en el hueco de la puerta. Una chica de trece o catorce años, con el pelo cortado a cuchillo, un vestido desteñido, la piel cobriza en los hombros y los brazos, las facciones bruscas y atractivas, la mirada ya de mujer, las piernas y las caderas perfectas, los pies descalzos y los dientes blanquísimos en su sonrisa.

—¿Quiere unos mates, mi coronel?

—Sí, m'hija —contestó Villegas sin quitar los ojos de López. Y prosiguió—: ¿Sabe cómo empezamos a sospechar? Por el asunto de los libros.

—¿Qué libros?

—Los indios, en los malones, empezaron a llevarse libros. Al principio pensamos que era casualidad, pero cuando la cosa empezó a repetirse nos dimos cuenta de que alguien leía en las tolдерías. Después llegaron los rumores. Alguien había visto un cacique rubio de ojos azules a la cabeza de uno de los malones. El mes pasado lo supimos. El cacique resultó ser el teniente Requejo, condecorado junto con usted en el Paraguay. Su íntimo amigo, según tengo entendido.

—Sí —dijo López.

—Por eso lo hice llamar.

—¿Qué es lo que espera que haga?

Villegas miró hacia abajo. Había una mosca sobre una de las tablas, recorriendo sin apuro un círculo de sol. La mirada de Villegas fue de ella a la marca que había dejado un vaso sobre la madera. Después de un rato alzó la cabeza y dijo:

—¿Cómo eran de amigos ustedes dos?

—Íntimos.

—¿Qué tipo de hombre es Requejo?

López habló entonces de sus primeros pasos en la vida militar y contó cómo Requejo y él habían sido atrapados en una noche infernal por el fuego cruzado del enemigo, en un estero paraguayo.

La artillería no se detenía nunca. Sus caras se apretaban contra el barro para protegerse del fuego de la fusilería y la metralla. El ruido constante parecía enloquecerlos. La zona era batida sin misericordia. Requejo y López parecían dos

comadreja desesperada, pero empecinada en subsistir. Una bala de cañón partió en dos un enorme quebracho. Entre el fragor de las balas todo un universo vegetal se desmoronó sobre ellos. Una gran abra de cielo, sin pájaros, apareció ante ellos. Un animalito de monte corrió enloquecido, después se detuvo como simulando estar muerto, y después murió. Más allá se oían los quejidos de algún moribundo. Cuando el moribundo calló, el ruido de la guerra ocupó todos los resquicios disponibles. López oyó un grito, un aullido extrañísimo, como el de un desconocido animal alcanzado por un disparo. Tardó en comprender que el que aullaba era él mismo, porque el fuego de su propio dolor lo había aislado en varios pedazos.

“¿Te dieron?”, le gritó Requejo. El apenas pudo susurrar que sí.

Requejo fue hasta él arrastrándose sobre los codos, dejando una sinuosa y desprolija estela dibujada en el barro. Cuando llegó a su lado observó la herida de López, que apretaba los dientes y comenzaba a temblar de frío. Requejo cavó con sus manos un hueco por debajo del torso de López, metió ahí la cabeza y después los hombros hasta aparecer del otro lado del cuerpo. Desde esa posición empezó a desplazarse muy lentamente, cargando a su amigo sobre la espalda. Avanzaba con los codos y las rodillas. Tardó largos minutos en cubrir los primeros cinco metros. Sus jadeos, los quejidos de López, el barro y la sangre hacían de ellos una sola bestia monstruosa, brotada de algún inmundo pantano. Avanzaron así hasta que se acalló la artillería. Durante un rato oyeron únicamente el repique-

teo de los fusiles y después el silencio más absoluto. Con cuidado, Requejo salió de debajo del cuerpo de López y observó la herida.

“Duele mucho, ¿no? Ahora nos vamos a ocupar de eso. ¿Dónde lo sentís?”. López hizo un gesto vago. “Tratá de localizarlo. Cerrá los ojos y no lo dejés escapar, pensá en él todo el tiempo. Pensálo como un animalito que no tenés que hostigar. Dale espacio, no lo asustés. Tranquilizálo. Por ahora tenés que convivir con él. No peleés contra el dolor. Acompañálo”, así había hablado Requejo.

—¿Y? —preguntó Villegas.

—Me siguió hablando así, un rato largo.

—¿Lo calmaba realmente?

—Sí.

—¿No sentía el dolor?

—Lo sentía, pero en una forma distinta.

—¿Y después qué pasó?

—Aparecieron los camilleros con un médico. El médico se inclinó sobre nosotros dos, señaló a Requejo y dijo: “A éste primero, que está muy grave”.

—¡Carajo! —dijo Villegas.

—Recién entonces lo miré. Tenía una herida espantosa en el estómago. Un pozo enorme de barro y sangre, con los bordes chamuscados.

—¡Carajo! —repitió Villegas y su mirada volvió sobre los tablones en donde seguía retozando la mosca: el círculo de sol había desaparecido. El diminuto escenario era ahora una desolada planicie y la mosca una mancha en la madera.

—Así es Requejo —dijo López.

Villegas suspiró.

—Hace unos días me enteré de que se estaba preparando un malón. Preparé la caballada, los tuve a los blancos a grano durante quince días y preparé a los hombres. Les largué a los indios, como señuelo, una tropa de hacienda gorda. Pensaba darles la sableada de sus vidas. Bueno, no fue así. A la primera carga se abrieron en dos grupos, obligándonos a dividirnos. Después, cada grupo se dividió a su vez para que nos dividiéramos de nuevo. No pisé el palito, pero cuando le ordené al trompa tocar la orden de reagruparse, los grupos más lejanos no la oyeron y los indios los rodearon. Tuvieron que desmontar y formar cuadro. Los indios no cargaron contra ellos: los mantuvieron acosados nada más que para usarlos de señuelo, como había hecho yo con la hacienda gorda. Había un jefe ahí. Alguien que sabía mandar. ¿Dónde se han visto indios peleando en esa forma?

—¿Qué pasó?

—No fue tan grave, porque había unos avestruces que se espantaron y pasaron por el lugar donde los indios pensaban emboscarnos. La polvareda de los avestruces los engañó; creyeron que éramos nosotros y atacaron antes de tiempo.

—¿Perdió gente?

—Perdí gente.

Se hizo un pesado silencio. La chica entró con el mate y López la miró a los ojos, pero ella sólo estaba pendiente de Villegas.

—Requejo era absolutamente normal —dijo López—. Como yo: un típico oficial del montón, ni demasiado genial ni demasiado bruto, ni demasiado indisciplinado ni demasiado loco.

—¿Corajudo?

—Sí.

—¿Cuál sería su punto débil?

—No sé.

—¿Mujeres?

—Puede ser.

—¿Le gusta el juego?

—No.

—¿El alcohol?

—Tampoco.

Villegas se mordió el labio y dijo:

—Usted ha sido designado para eliminarlo.

La chica entró nuevamente con el mate, pero esta vez López ni la miró.

Le dieron un cuarto con paredes de adobe y una cama, un cajón vacío de ginebra con una vela, una ventana tapiada con unas tablas, una palangana y una jarra de agua limpia sobre el piso de tierra apisonada. López se tiró vestido sobre la cama. En el cuadrado del techo, unas vigas de madera y unos palos transversales cuadrícularon sus pensamientos. Sintió un ruido y, cuando la puerta se abrió, la chica que servía el mate a Villegas entró en el cuarto.

Parecía distinta, recién lavada, con dos peinetas despejando el pelo de los costados de la cara. Se acercó y dijo con sencillez:

—Me manda el coronel... pa' lo que guste.

López se sentó en la cama y apoyó los pies en el suelo.

—No necesito nada.

—Bueno, entonces... Buenas noches.

—Esperá. ¿Qué te dijo el coronel?

—Dijo yo le gustaba y que usted tal vez andaba necesitando un poco de cariño.

—¿Cuántos años tenés?

—No sé.

López la miró. Sus pechos casi no existían, pero sintió ganas de tocar la insinuación de los pezones en el vestido desteñido. Le miró las largas piernas y le tomó la mano. La mano permaneció obediente dentro de la suya. El movió los dedos sobre la piel de ella, sintió la tibieza de la palma. Le gustó eso y dejó su mano quieta mientras sentía el nacimiento de una erección dentro del pantalón ajustado. La mano de ella empezó entonces a acariciarle la palma y el nacimiento de los dedos. Cuando él la besó, debajo de los ojos, cerca de la nariz, sobre los pómulos, la mirada de la chica se alojó en la mirada de él, igual que la mano que estaba dentro de su mano. Los labios estaban separados, pero él no los besó; siguió recorriendo la tersa piel cobriza de la cara. Después le apoyó los dedos en la boca, en los labios y en los dientes. Cuando ella sonrió, introdujo su índice y su pulgar y le tocó suavemente la lengua.

Después la besó en la boca. Cuando separó su cara de la de ella, la pasiva mirada oscura de la chica se había transformado, como si la mujer que sería en unos años se manifestara de golpe en sus facciones.

Ella inclina ahora la cabeza y lo besa suavemente en la boca. No mueve la lengua hasta que siente la lengua de él buscando la suya. Entonces abre más la boca y aprieta su cuerpo contra el de él. La única mano de López se demora en los pezones de la chica, las costillas, el chato estómago, y se detiene en la cintura. Después le rodea el

cuerpo y lo aprieta contra la erguida dureza de su miembro.

La chica emite un sonido casi inaudible y se aprieta más contra él. Sus caderas se mueven, apenas al principio, después aumentan su ritmo al sentir la mano de él sobre el final de su espalda. El vestido cae. La mano se posa ahora sobre la piel desnuda y sus dedos se introducen en esa cavidad húmeda que pronto se abrirá para recibir la penetración.

Ella está ahora boca abajo y él mira ese cuerpo delicioso desde la nuca hasta los pies. La suavidad de la piel, la armonía de esas líneas. Todo eso está ahora en su memoria porque su cara se hunde en el pelo de ella y lo besa muy lentamente, mientras su miembro entra en ese cuerpo que su imaginación continúa dibujando. Porque debajo de él está también el recuerdo de esa chica que ha mirado y acariciado hasta hace unos instantes y que ahora ya no mira ni acaricia.

La cara de la chica, hundida en la almohada, se puso de perfil. Su oreja perfecta, su boca un poco abierta, su infancia asomando entre los labios. El la besó en el costado de la cara y preguntó:

—¿En qué pensás?

—En nada —contestó ella, y él aceleró el ritmo de sus movimientos en el empapado sexo de la chica. Después se detuvo porque no quería acabar.

—¿El coronel te hace estas cosas?

—Más o menos.

—¿Qué te hace?

—Y, así, como usted.

—¿Quién más te hace estas cosas?

—El coronel nomás. Y los desertores.

—¿Qué desertores?

—Los desertores. Antes de fusilarlos el coronel les da vino, una buena comida y me manda a mí, por si quieren.

—¿Hoy fuiste?

—Todavía no.

López está ahora de espaldas mirando el techo, con su única mano en la nuca. Dos cicatrices surcan su cuerpo desnudo. En la valija al lado de la cama está su despacho de capitán, una mira telescópica que le regaló el mismísimo general Mitre, y en su memoria tiene ya alojada a esa chica, en los mecanismos generadores de quién sabe cuántas futuras erecciones. Pero López sólo está pensando en que debe matar a su mejor amigo.

Cierra los ojos y le parece ver lo que no le contó a Villegas. Ahí va Requejo al mando de sus hombres. Ahí va ese escuadrón, más allá de Trenque Lauquen, al trote en los pensamientos de López, serpenteando entre las lomas que bordean el arenal grande, junto a la salina. Van bien montados, marchan de a dos, sin hablarse. Las miradas, más cansadas que los cuerpos, llevan acumuladas tantas horas de cielos y distancias que la mayoría de ellos tienen los ojos depositados sobre el anca del caballo que los precede, sin ver ni los riachos de sudor ni las mataduras, cada tanto visitadas por los tábanos y por las moscas. A veces algunas de las miradas se despegan del cansancio; los ojos entornados por la luz del mediodía recorren el

obvio azul del cielo y vuelven a posarse en el cuero de las ancas.

Ahí va Requejo, atildado y elegante en su uniforme. No tiene ningún anca delante de él para depositar su mirada. Si la tuviese, tampoco lo haría. Por lo menos da esa impresión. No parece ser hombre de pensamiento cansado ni de mirada cansada. Más bien da la impresión de ser uno de esos hombres inquietos, adictos a la vida. Uno de esos hombres en los cuales el vigor parece belleza porque va acompañado de alguna debilidad del espíritu.

López no está pensando en lo raros que son los hombres. Requejo, por ejemplo. Habla francés tan bien como castellano. Ha leído quién sabe cuántos libros. Ha tomado champagne en copas de cristal. Conoce el sabor del caviar. Las sábanas de su cama son de hilo, con monograma bordado. Marcha con esos hombres desde hace horas, desde hace días, desde hace años. Con esos hombres que, si tienen apellido, es el de la madre o el del patrón o inventado por el cura o el juez de paz. Dentro de un rato Requejo levantará su brazo derecho mientras da la voz de alto, que de inmediato el cabo Verón repetirá, deteniendo el trote de su propio caballo y el de los soldados.

Pero Requejo no se detendrá con los demás: dará la voz de alto pero él continuará su marcha ante el escuadrón desconcertado e inmóvil que lo contempla. Se irá alejando cada vez más. Su espalda, la cola al garrón de su caballo, el pelo de la nuca asomando bajo el quepis requintado. Cada vez se lo verá más chico, cada vez más lejano. ¿Está realmente más lejos? Tal

vez no. Tal vez nunca estuvo más cerca de esos hombres, que por primera vez no lo miran con los ojos del fatalismo, sino de la curiosidad: con los ojos de la intriga, con los ojos quizá de la comprensión. Porque más de una vez esos soldados han querido levantar un brazo, detener el mundo, como ha hecho o hará el teniente Requejo, y seguir solos hasta no ser más que un punto en la distancia.

Pasan las horas. El escuadrón, formado a pleno sol, con los ojos entornados, sigue mirando ese punto o el recuerdo de ese punto, allá en donde se pierden los más lejanos pastizales de la mente y la comprensión.

López se quedó dormido. La chica se levantó sin hacer ruido y se deslizó fuera del cuarto. Se calentó las manos en uno de los fogones de la guardia y aceptó el mate que le alcanzó un soldado.

El soldado es un hombre joven, tiene frío a pesar de estar junto al fuego. La luz de las llamas hace extraños dibujos sobre su cara. Sus ojos están enrojecidos; cada tanto mira un costillar de yegua colgado de un gancho.

—¿La conseguiste? —dijo, en voz baja.

—Sí —contestó la chica, con las facciones concentradas en la bombilla del mate—. La tenía en un bolsillo de la chaquetilla.

—Manco de mierda, ponerle a un caballo manecas de cadena y candado... Hay que ser hijo de puta para hacer eso.

—Sabe lo que tiene.

—Sí que sabe lo que tiene... Con ese caballo a tu padre no lo alcanza nadie. Dame la llave. Se lo

voy a dejar ensillado debajo del tala. Ya se lo dijiste, ¿no?

—Si ya lo sabe. ¿Le aflojó la reja de la ventana?

—Le preparé también agua, charqui y galleta. Si sale a medianoche, al amanecer está en la rastrellada grande. En tres días de marcha llega a zona de indios. ¿Qué dijo tu padre cuando le dijiste en qué caballo iba a escapar?

—Se rió. Dijo que López le debía una. En Curupaytí casi le vuela la cabeza.

Dos meses después, López consiguió ubicar la tolдерía en donde vivía Requejo. Esa mañana, montado en un caballo oscuro y llevando siempre la mula de pilchero, emponchado con la misma manta Castilla, avanzó lentamente en medio de los indios, en dirección a la tienda de Requejo. Nadie lo miró demasiado. Muy a menudo llegaba algún cristiano a la tolдерía, a comprar cueros o plumas de avestruz.

A los lados de la entrada de la tienda se veían dos lanzas con unos penachos en la moharra, atados con cinta colorada. La tienda era distinta de las otras, más grande, con un espacio despejado adelante, un estupendo caballo atado a una estaca, cubierto con una manta y un morral con algo de grano todavía en el fondo. Rodeando la tienda, no sólo la entrada sino todo su contorno, López pudo ver la más extraordinaria guardia pretoriana: unos diez o doce desertores, desgastados de vida, inmundos, casi monstruosos. Una jauría humana, una caterva de mendigos harapientos, de mirada torva y extraviada. Muy armados, increíblemente feroces, de aspecto mu-

cho más salvaje que los indios que había un poco más allá.

Uno de ellos, con la cabezada en una mano y una pava de agua caliente en la otra, dejaba caer cuidadosos chorritos sobre el freno, probablemente para que el frío no lastimara la boca del caballo. Otro se acercó con un mate en la mano a reclamar la pava. En un instante ya estaban trenzados, los cuchillos habían brotado de entre los trapos. El revuelo de las hojas y de los harapos pareció no importarles nada a los otros miembros de esa corte de los milagros, que permanecieron quietos, en la misma posición, con las miradas indiferentes, sin reparar en la sangre que le corría por la cara a uno de los que peleaban.

Una voz salió del interior de la tienda. Los hombres se separaron como dos perros, el herido taponó con la manga el puntazo que tenía sobre el pómulo y se quedó mirando la entrada de la tienda, por donde apareció Requejo.

Sin desmontar, López contempló la escena. Del atildado teniente no quedaba nada. El pelo muy largo y desgredado, una vincha sucia sobre la frente, botas de potro, espuelas grandes, un tirador de carpincho con borde de charol y dos grandes hebillas de plata sujetando un calzoncillo viejo, cribado a un chiripá. Un enorme facón caronero emergía de la cintura. Tenía puesta la chaquetilla militar, pero sin ningún botón y directamente sobre la piel. Un rebenque le colgaba de la muñeca. Los desertores casi no se movieron, pero sus cuerpos adquirieron cierta tensión mientras seguían atentamente los movimientos de su jefe, que ahora se dirigía al caballo de López.

Su forma de caminar había cambiado, tenía algo de furtivo, parecía un tigre avanzando con cautela hacia su presa. La mirada azul y la sucia aureola rubia quedaron a la altura de la rodilla de López.

No se miraron a los ojos. No hubieran podido. O quizá se miraron a sí mismos en los ojos del otro. Había tanto que mirar. Esas dos caras, testigos mutuos de tantos soles y fríos y miedos y dudas y verdades y mentiras. De Dios sabe cuántas sonrisas simulando valor, cuántos gestos simulando indiferencia, cuántas desilusiones, cuántas sorpresas, cuánta mediocridad, y grandeza, cuánto odio y cuánto amor. Venían mirándose de tan lejos esas dos caras. Una memoria de pasado y una memoria de futuro se instaló sobre las facciones calladas de los dos.

López se inclinó un poco sobre la inmunda chaquetilla de Requejo y, como quien observa un impecable frac, dijo:

—Tenés una mancha.

—Requejo se miró y dijo muy serio:

—Sí, se me manchó una mancha.

López desmontó y Requejo le tomó los dos cabestros mientras le decía:

—Entrá; yo enseguida voy.

López entró en la tienda y se quedó mirando un montón de cueros amontonados en el suelo, que hacían de cama. Alguna mujer oscura y arisca se habría escabullido unos segundos antes. Había un perro, un tacho con agua, pilas de libros, un recado, un cajón lleno de cosas, todo al azar, puesto sin ningún criterio: un mundo sin orden, y por lo tanto

sin desorden en ese gran espacio de tierra apisonada.

Casi enseguida entró Requejo. Se abrazaron a las carcajadas, se separaron, se volvieron a abrazar. López le tocó el pelo a Requejo y le dijo:

—¿No lo usabas más corto?

Requejo le tocó la barriga a López y le dijo:

—Hace como diez kilos que no nos vemos.

Volvieron a reírse y a palmearse.

—¿Y Matilde? —preguntó Requejo.

—No sé. Supongo que desconcertada, como todos los demás. ¿Fue lo que más te costó dejar?

—No.

La cabeza pensativa de Requejo flota en el aire malsano de la tienda. La suciedad de la cara parece una máscara más fiel que los rasgos auténticos. López lo recordó de chico, con la cara igual de sucia, jugando en un jardín muy grande, con palmeras. Eran horas y horas de suciedad y diversiones borradas siempre a la misma hora. Había una tía solterona y mucamas, había agua y jabón, había padres en grandes salones, esperando a los chicos recién bañados, había un mundo limpio que dosificaba la suciedad en montos y horarios tolerables.

—Te quedás a comer —dijo Requejo, mientras le alcanzaba una bota de vino.

—¿Cosecha del veintinueve?

—Malón del mes pasado.

Sobre un cojinillo se veía un sable militar sin vaina, sucio y oxidado. Apenas se podía leer en su hoja: *"No me saques sin motivo; no me guardes sin honor"*. Requejo cortó con él un pedazo de charqui.

—No podés hacer eso —le dijo riendo López—. Estuvo en Curupaytí.

—Yo también.

Después de tragar, López dijo muy suavemente:

—Te vine a matar.

—¿Quién te manda?

—Villegas.

—Villegas Toro, le dice mi gente.

—Mi gente le dice coronel Villegas.

Comieron y tomaron más vino sentados en unos banquitos.

—¿Por qué? —dijo López de pronto.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—¿A mí? Yo no cambié, yo soy el mismo.

—Cómo que no. Antes eras teniente, ahora sos capitán, antes no tenías esas canas, esos kilos; antes tenías dos manos. ¿Por qué tus ideas van a ser las mismas? Mis ideas también tienen canas, unos kilos de más, alguna que otra herida.

—Siempre hablaste más lindo que yo. Pero las cosas son como son. Mi padre decía: “Por más que una gallina ponga huevos en un horno, los hijos no van a ser bizcochos”.

—Tu padre...

—Sí, mi padre, que se llamaba Federico, como mi abuelo y como yo y como se va a llamar mi hijo. Te estuve observando un día entero.

—No digas. ¿Desde dónde?

—Desde el montecito de malaespina. Volteé al caballo y a la mula y los tuve maneados en el suelo.

—Pero de ahí no se ve nada.

—Con la mira sí. ¿Te acordás de la mira que me regaló Mitre? Te estuve apuntando a la cabeza.

—¿Estuve por morir?

—Sí.

Requejo mantuvo frente a sus ojos la galleta que tenía en su mano, después se la llevó a la boca y mordisqueó sin ganas. Unas migas cayeron sobre sus rodillas y sobre las botas de potro. Ninguno de los dos miró las migas. Ninguno de los dos pensó: inolvidables migajas de vida sobre la tierra.

—¿Qué vas a tener cuando vuelvas? ¿Qué va a pasar cuando digas que me tuviste en la mira del fusil y no me mataste? Porque, conociéndote, sé que lo vas a decir.

—No voy a volver.

—¿Vas a hacer como yo?

—No.

—¿Qué vas a hacer?

—No voy a desertar ni a traicionar.

—¿Es muy distinto, lo uno de lo otro?

—Sí.

Requejo alza la bota de vino. El arco de líquido oscuro dibuja un trazo perfecto. Requejo baja la bota y la deja caer en el suelo.

—Vos también sos un traidor —dijo después de un rato.

López siguió masticando charqui. Tenía los codos apoyados en las rodillas y un pedazo de galleta en su única mano.

—Imagínate a cualquiera de nosotros dos, hace unos años —dijo Requejo—. Si alguien nos hubiera llamado traidor, ¿qué hubiera pasado? En cambio, miráenos ahora. Nos acusamos de traidores y seguimos masticando charqui y galleta, seguimos tomando vino. ¿Qué fue lo que cambió? ¿A quién traicionamos? ¿A esos dos tenientitos

dispuestos a batirse con cualquiera que los acusase de traidor? ¿A la palabra traidor?

—A los traidores se los fusila por la espalda, a los desertores de frente —dijo López.

—¿Es muy distinto?

—A los desertores Villegas les da, la última noche, una buena comida con vino y les manda una chica... Ahora que lo pienso, a mí también me dio de comer, abrió una botella de vino bueno y me mandó la chica.

—¿Eso hizo?

—Sí.

Los dos sonrieron y se quedaron callados.

—¿Cuándo empezaste a cambiar? —preguntó López.

—En el Paraguay, poco después que nos separaran. Yo estaba con Rivas cuando acabó la guerra. El día de la rendición, mi escuadrón estaba formado como a cien metros de lo que quedaba del ejército paraguayo. Ordené desmontar y me acerqué a pie hasta el abanderado enemigo. A medida que me acercaba no podía creer lo que veía. Los paraguayos estaban en perfecta formación, los fusiles tirados en el piso; ya se habían sacado el correaaje con las bayonetas... Lo que tenía delante de mis ojos era un montón de chicos. Ninguno tenía más de catorce años. No quedaban más hombres, era un país de chicos y de viejos. Cuando me acerqué al abanderado apenas le pude ver los ojos: el quepis era enorme para su cabeza; le tapaba la mitad de la cara. Parecía un soldado de juguete, la chaquetilla le sobraba por todos lados. Cuando le recibí la bandera pensé que el vencido era yo.

—¿Y después? —preguntó López.

—Después esto. En el mundo hay dos bandos. Yo ya elegí.

A la madrugada, ensillaron casi en la oscuridad.

—No necesitás venir —le había dicho López.

—Me quedo más tranquilo. Si te acompaño yo, no te va a pasar nada.

—¿Hasta dónde me vas a acompañar?

—Uno o dos días.

Montaron, y no habían cubierto los límites de la toltería cuando López se dio vuelta y dijo:

—Vienen.

—Ya lo sé. Nunca me dejan solo; se han convertido en mi escolta.

Eran los desertores. Cada uno de ellos formaba una especie de bulto con el caballo, envuelto en trapos que colgaban a los costados, como jirones de niebla sobre la escarcha.

—¿Por qué te siguen?

—No sé. Tal vez sea yo el que los sigue a ellos. Dentro de unos años tal vez no haya diferencia.

—¿Qué armas llevan?

—Cualquier cosa. Lo único que conservan del ejército es el sable.

—¿Nunca hablan?

—Nunca.

—A uno de ellos lo conozco. Se llama Clorindo. Una vez me robó un caballo.

Marcharon todo ese día y parte del siguiente, hasta un lugar en que Requejo detuvo su caballo.

—Acá te dejo.

—¿Ya?

—De todos modos no queda mucho que decir.

Quién sabe qué estuvo por decir entonces López. Quizá nada importante. A veces los hombres no pueden tolerar el silencio y lo llenan de palabras. O tal vez sí era importante lo que pensaba decir. Pero no tanto como las orejas alertadas de uno de los caballos, por algún sonido que venía del desierto.

—Ahí —dijo Requejo y todos galoparon hasta una loma. Cuando llegaron al repecho los vieron.

Una patrulla del ejército hundida en un guadal. Los hombres se debatían con desesperación. Los caballos, metidos más allá de la cincha en el suelo blando, parecían estatuas de barro y arena mientras los soldados caídos, sumergidos hasta la cintura, levantaban las armas que habían conseguido salvar. Del oficial al mando apenas emergía la mitad del pecho y la enérgica cabeza gritando órdenes, mientras una de sus manos se aferraba a la crin de su caballo. El trompa se había encaramado sobre el costillar de un animal caído de costado, con el clarín, embarrado e inútil, apretado contra el pecho.

Tres soldados se habían salvado y, desde los bordes del guadal, preparaban los lazos para ayudar a sus compañeros. Uno de ellos era un salteño, la armada de su lazo era chica, como la de los hombres acostumbrados a enlazar en el monte. La revoleó, con destreza, pero el cuero trenzado no alcanzó a dar dos vueltas sobre su cabeza cuando sus movimientos se detuvieron: el elegante círculo que había empezado a diseñar en el aire se desdibujó en un viboreo que cayó a sus pies. Una lanza le había atravesado el cuerpo.

Cerca de cincuenta indios, todos guerreros, un enjambre de lanzas y boleadoras, se precipitaron sobre los soldados. Los mandaba un cacique joven, montado en un caballo overo con un pretal negro y adornos de plata.

—Es Yancén —le dice Requejo a López—. No va a dejar ni un soldado vivo; necesita prestigio.

Los indios gritan como demonios, sus caballos caracolean y lancean a los soldados que se encuentran cerca del borde del guadal. A aquellos que no pueden alcanzar con las lanzas, los atacan con las boleadoras. Algunos soldados han conseguido salvar las carabinas y se defienden como pueden. El oficial trata de alcanzar con la punta del sable una caja de munición en el anca de un caballo. Un cabo acciona el cerrojo del Remington, pero cae muerto de un golpe de bola en el costado de la cabeza.

Requejo, López y los desertores han desmontado y observan la masacre desde el repecho de la loma. López mira al trompa. Es un soldado viejo, no tiene arma, lleva el clarín a la altura del pecho y espera la muerte mirando hacia adelante. López dice:

—A ése lo conozco. En una época fue trompa del Once de Línea. Hizo pata ancha en Cepeda y lo cagaron a sablazos en Pavón. —El resto lo pensó para adentro. Que había firmado contrato por un año en el ejército y hacía como cinco que lo tenían en la frontera. Que una vez se insolentó con un oficialito que era menor que el menor de sus hijos y lo tuvieron cuarenta y ocho horas estaqueado. Que otra vez le metió unos tajos a un pulpero y estuvo

medio mes a pan y agua. El ejército lo había molido a palos tantas veces que ya ni se acordaba y tenía más cicatrices que pelos en la cabeza. Le habían dado dos o tres medallas por corajudo y hacía más de diez meses que no le pagaban sueldo. La mujer se le fue muriendo de puro sola, nomás. Tenía unos animales y un parejero medio buenos, que ahora pertenecían a algún juez de paz o a algún comerciante, como pago de alguna deuda. Como era medio rápido con el cuchillo, más de un doctor pudo habérselo llevado para el comité, pero no tuvo suerte y se quedó en el ejército. Nunca nadie se había preocupado por preguntarle qué pensaba de todo eso. Total, para qué se lo iban a preguntar: no habría sabido qué decir.

López dejó de pensar. Se sacó el poncho y, sin mirar atrás, se dirigió a su caballo. Le ajustó la cincha, metió el pie en el estribo, montó y, lentamente, al tranco, se dirigió al combate.

El primero de los desertores que lo siguió era un viejo. Le faltaba un ojo y tenía la boca desdentada. Se acercó a su caballo, un tobiano arisco con la oreja cortada, montó con dificultad, se acomodó un harapiento trapo que usaba alrededor del cuello y aflojó las riendas al caballo, que se largó detrás de López. El segundo era más joven. Se movía como un estúpido animal desorientado, los brazos caían a los costados como dos andrajos más entre los andrajos, estaba descalzo, y el cuero que sujetaba las espuelas en sus pies parecía la parte menos curtida y más limpia de su piel. Caminó hasta su caballo, un malacara flaco con una cabeza de suela, freno de plata y dos grandes argo-

llas de hierro por estribos. Lo siguió un hombre muy alto, de pelo larguísimo y un aro en la oreja. Había sido choiquero en Junín. Tenía mirada asesina y un tajo que le supuraba horizontal sobre la cara. Después fue Clorindo. Después otro y otro y otro más. Pronto, todos los desertores dirigieron sus caballos tras el caballo de López.

Requejo se quedó solo. Con la mano derecha aflojó el tiento de la cangalla de la mula de López y retiró el fusil. La mira estaba colocada. Verificó la bala en la recámara, se llevó el fusil a la cara y gritó:

—¡No sigás!

López no se dio vuelta. Siguió al tranco de su caballo, seguido por los desertores. Requejo volvió a gritar:

—¡No es tu guerra; detenéte!

López continuó, imperturbable. Los desertores se habían formado instintivamente detrás de él y Requejo alcanzó a oír la voz de su amigo ordenando:

—¡Desenvainar! —y vio cómo se materializaban los sables en las manos de sus hombres.

Los indios y los soldados también miraron. La astuta mirada del oficial, con la arena ya casi al cuello, brilló por un momento en la cara embarrada. Su boca se abrió y soltó la orden:

—¡Trompa, toque a cargar! —El clarín se despegó del pecho del soldado y se instaló en su boca. La clarinada estalló en el desierto, el toque de carga invadió el espacio y penetró lentamente en la enmohecida memoria de los desertores. Las espaldas se enderezaron, las piernas se afirmaron en los estribos, las miradas extraviadas se

concentraron en los indios y las espuelas se clavaron en las verijas de los caballos.

Fue una carga impresionante. Las riendas flojas; las hojas de los sables flameando entre harapos, el clarín vibrando entre los alaridos de los indios y los gritos de los soldados.

El cacique indio levantó un brazo para ordenar el contraataque. Cuando lo hizo, no sabía que en su pecho tenía dibujadas dos coordenadas que se cruzaban sobre su corazón enloquecido, dos líneas finas que indicaban el lugar exacto en donde la bala, el estupor y la muerte se iban a encontrar.

Yancén cayó y los indios se desbandaron. Por un instante la alegría de los soldados y el desamparo de los desertores flotó en el aire con la liviana materia de los sueños. Los desertores tironearon entonces las riendas de sus caballos y se fueron alejando despacio del campo de batalla. La distancia aún no los había hecho invisibles cuando se oyó el estampido.

La cara de López no se inmutó. Esperaba, en cierta forma, ese disparo. Sabía que Requejo iba a hacerlo; incluso sabía que iba a hacerlo con ese fusil Springfield cuya mira telescópica permitía dibujar sobre un blanco la cruz de sus coordenadas como un crucifijo sobre un ataúd.

La mira seguía adosada al fusil, y el fusil yacía de lado sobre el cuerpo de Requejo. Ese cuerpo que ni el ejército ni los indios enterrarían, ese cuerpo que había amparado a un príncipe del olvido, ese cuerpo con la mortaja de su poncho pampa, con la aureola de su vincha sucia, con el dedo mayor de un pie asomando de la bota de potro y aún unido al gatillo del Springfield. Ló-

pez recogió el fusil sin desmontar y siguió andando al tranco lento. Sobre la terrible máscara de su rostro no asomaban aún las primeras lágrimas. Nunca lo harían.

CLAVAR UN PERRO VIVO contra una puerta. Clavarlo con esos clavos grandes, que le atraviesen las patas, y dejarlo morir ahí. Con los ojos abiertos, con los dientes a la vista, con el pelo pegoteado por la sangre seca que le ha corrido por la panza y manchado la madera de la puerta. Y dejarle además el collar puesto, el collar de cuero con adornos de metal, como si fuese una prenda de vestir, un elemento que humaniza todavía más la terrible expresión del animal.

Qué cosa, ¿no? Generar en pleno centro del Tandil una conmoción así, castigar a los hombres, a las mujeres, a los chicos, con los aullidos del perro primero, durante gran parte de la noche, y después con el espectáculo del perro ya muerto, su último aullido dibujado en las fauces inertes, en la lengua colgante, en las orejas rígidas de polvo y espanto.

Era un perro chico. ¿Lo habrá levantado

con la mano izquierda y con la misma mano habrá sostenido el primer clavo a la altura de la ingle del animal? Habrá martillado cuántas veces con la otra mano, mientras la punta del clavo atravesaba el cuero, los músculos, los ligamentos, el hueso. ¿Lo habrá soltado después para sacar el segundo clavo de un bolsillo? ¿Y el cuerpo atrozmente dolorido del perro, las horribles convulsiones, los movimientos desesperados, los espeluznantes aullidos que salían de esa garganta no concebida para emitir sonidos semejantes, como si la naturaleza no hubiese previsto jamás una situación así, como si el oído humano tampoco fuese capaz de asimilarlo?

Cuando amaneció, cuando el menor de los Arteaga volvía de hacer el primer mandado de la mañana, con las alpargatas bordadas del mismo color que el pompón de su gorra, con las tortas fritas envueltas en el papel blanco, con sus ocho años dando pasos desparejos por la calle húmeda, esa distracción que traía en la cara no alcanzó a borrarse del todo; quedó ahí: en la boca un poco abierta, entre las cejas, en la mirada, en la expresión del chico al oír el grito de una vecina desde la casa de enfrente.

Después vinieron otros gritos y otros más. A media mañana eran un montón los vecinos indignados frente a la puerta. El cura y un hombre uniformado llegaron casi al mismo tiempo. El uniformado desmontó lentamente de su caballo y preguntó:

—¿Y eso?

—No sabemos nada. Apareció esta mañana.

—¿Quién vive acá?

—No sé cómo se llama, hace dos días que se instaló. Le alquiló a don Javier.

El uniformado golpeó con el cabo del rebenque la madera de la puerta. El impacto de los golpes no sacudió al perro en absoluto, ni siquiera las moscas se alarmaron, pero la puerta se abrió y un hombre imponente, con el pelo hasta los hombros y espesa barba negra, apareció ante los vecinos. Miró como si cada uno de ellos formara parte de un paisaje demasiadas veces visto para ser considerado y cerró de un portazo que casi desprendió al perro de los clavos.

Los vecinos miraron entonces al uniformado. Era un hombre viejo, adscripto al Juzgado de Paz. Llevaba un espadín con vaina de metal, una chaquetilla impecable y botines lustrados. El trató de componer un gesto o emitir un sonido que no hubiera usado en sus cuarenta años de servicio, pero ya los vecinos miraban al cura.

El padre Crespo no era hombre de arriar con la rienda, como decían los feligreses. No había más que verlo: con la sotana un poco arremangada por el cinturón de cuero negro, con sus botas gastadas y la piel curtida de la cara. Las antiguas dudas del seminario habían sido arrasadas por la vida; lo poco que quedaba de ellas quizá se alojara en el fondo de esos ojos alerta. Una de sus manos está golpeando la puerta. Es una mano grande y pesada. Ha golpeado dos veces y, después del segundo golpe, ha quedado posada sobre la madera. Da la impresión de que, al retirarse, dejará allí el dibujo de su contorno.

Como nadie contesta retrocede un paso, levanta un poco la sotana y pateo la puerta. Ahora sí que el perro se sacude. Su rígida forma se

mueve, como si hubiese abandonado un mundo para formar parte de otro. Sólo las moscas y el olor permanecen fieles a ese mundo orgánico de las materias blandas y de los ascos. Un líquido empieza a salir de entre las patas del perro, incorporándose también a la vida de la muerte.

Entonces la puerta volvió a abrirse y el hombre se plantó delante del cura, sin decir nada. Tenían algo en común esos dos hombres, tal vez el silencio que recién inauguraban o cierta forma de respeto a ese silencio; tal vez los personajes que representaban se habían nutrido de fuentes parecidas; tal vez era simplemente que ambos se encontraban de golpe formando parte de una escena ante un público que esperaba palabras como éstas, más o menos:

—¿Usted fue? —dijo el cura.

—Sí —contestó el hombre.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Usted nunca mató un perro?

—Sí. Pero nunca lo exhibí en esa forma.

—Prefiere exhibir a Jesucristo clavado en la cruz.

Y, sin agregar nada más, el hombre entró en la casa y cerró la puerta, esta vez sin golpear.

—No creo en Dios, creo en los curas.

Esas fueron las primeras palabras del sermón de la misa de once. El padre Crespo se inclinó un poco en el púlpito y se quedó callado durante un rato. La mayoría de los que escuchaban sonrieron. Estaban acostumbrados a sus metáforas, a sus silencios tan largos después de algunas frases.

—Desde luego que estas palabras no son mías —continuó—; son de uno que está sentado entre ustedes, hoy, tercer domingo de Adviento. Tal vez pensaba que yo me había olvidado de esas palabras, pronunciadas en la inundación del sesenta y cinco, cuando ya ni me acuerdo qué favor le hice.

Algunos se dieron vuelta para mirar la cara sonriente de Martín Igarzábal: ateo, liberal, polémico adversario del obispo de la diócesis e íntimo amigo del padre Crespo.

—Cada vez que me propongo hablar con este hombre y nos sentamos con una botella de vino entre los dos, no sé si por el vino o por su inteligencia vuelvo a casa con la sensación de haber perdido la discusión, y a veces también el equilibrio. Hoy me toca a mí. Hoy voy a hablarle desde esta altura, desde la omnipotencia de este púlpito, no sólo al hombre al que hoy dedicamos este sermón, sino también a todos los que no saben todavía que creer en el hombre es creer en Dios.

En la sacristía, otro cura, más joven, repite en voz baja:

—No cree en Dios, cree en los curas.

Es un cura pálido, bajito y débil; tendrá unos treinta años; está ordenando una serie de objetos sobre una mesa. Hay una mujer en algún rincón de la sacristía: es muy flaca, solterona, trabaja y vive en la misma iglesia, y en este momento observa el interior de un ropero de madera. Como si le hablara al ropero dice:

—¿Eso lo dijo para que yo lo oiga?

—Sí —contestó el sacerdote.

Por la ventana se ve una calle de tierra con

veredas de ladrillo. Un gato desaparece en la sombra; en una ventana abierta se ve un pájaro refregando el pico contra los barrotes de su jaula; un molino mira hacia el último viento del oeste y en su cola de chapa se puede leer una palabra inglesa —un apellido, seguramente del dueño de la empresa fabricante de molinos—, que los habitantes más cultos del Tandil pronunciarán correctamente y, los otros, más mal que bien.

Las manos de la mujer acomodan una blanquísima puntilla. La voz del padre Crespo resuena en la sacristía.

—Hoy, algunos de nosotros presenciamos un hecho increíble. Un loco, un pobre hombre que, ahora me he enterado, es un curandero al que llaman Tata Dios, clavó contra la puerta de una casa a un perro vivo. No sé por qué lo hizo. Probablemente quiso transmitir algún oscuro mensaje que él mismo ignoraba. Tal vez el mensaje que quería transmitir no era tan importante como el hecho de demostrar que tenía algo que decir. ¿No estará ahí uno de los principales problemas del hombre? ¿No estarán ahí depositadas su angustia, su plenitud, su parte más abyecta, su grandeza? Yo, por ejemplo, en este momento, ¿sé realmente lo que quiero transmitirles a ustedes? ¿No será eso mucho menos importante que mi necesidad de decirles algo?

La mujer en la sacristía escucha de pie. El otro sacerdote se ha sentado en una silla, con el misal cerrado sobre sus piernas y dice:

—Ahí empieza.

Ella gira la cabeza y lo mira. Su pelo atado tiene abundantes reflejos grises, su perfil se di-

buja nítido sobre la pared blanqueada de la sacristía.

—¿Empieza qué?

—Nadie lo entiende.

—Yo sí lo entiendo —miente ella y su cara retoma la posición anterior. Desde el púlpito el padre Crespo continúa:

—...Somos dueños de la necesidad de decir, porque lo que decimos, lo que realmente decimos, lo sabe aquel que nos escucha. Tomemos al curandero ese, al hombre que clavó un perro contra la puerta de su casa. Ese hombre, sin saberlo, me transmitió un pensamiento, me hizo pensar cuánto más nos impresionan los sufrimientos de un perro crucificado que los que debió soportar Jesucristo en la Cruz. ¿Por qué pensamos eso? ¿Por el simple hecho de ver la imagen de la Cruz tan seguido? Me hizo pensar que yo, un sacerdote con quince años de ministerio, necesité que un curandero me dijera que Cristo puede ser crucificado mil veces en la Cruz pero, si no lo es dentro de mí, todo resultará absolutamente inútil. Desde ya que ese hombre no quiso transmitirme estos pensamientos. Lo que quiso decir es: “Acá estoy, éste soy yo. Quiero hablar y quiero ser escuchado. El mundo me obliga a hablar con el lenguaje de los gestos porque es totalmente sordo al lenguaje de las palabras”.

La mujer en la sacristía alzó un poco la cara. Estaba levantada desde temprano, había limpiado toda la casa, preparado el almuerzo como todos los días desde hacía años y años. Cuatro horas más tarde estaría arrodillada en el confesionario, frente al padre Crespo, y le diría:

—Tengo un pecado grave que confesar, padre.

Todas las noches a la misma hora, cuando todos están acostados, pecho con mi propio cuerpo. Me destapo completamente, me levanto el camisón y me toco el sexo con la mano hasta gozar. Dejo a propósito la puerta abierta de mi cuarto. Todas las noches sé que viene alguien y me espía desde la oscuridad. No sé cuál de ustedes dos es el que me espía.

Una hora más tarde, en el otro confesionario, le repetirá al otro sacerdote las mismas palabras.

Ahora es mediodía. El padre Crespo y el padre Fernández están almorzando. Los dos miran hacia abajo, la superficie opaca de la sopa, el movimiento de los fideos que poco a poco se va apaciguando bajo la capa espesa de queso rallado. La mujer se llama Ernestina y aparece por una puerta con un botellón de vino tinto, su vestido gris y su cinta también gris en el pelo gris.

—¿Quieren más queso? —pregunta.

—No, para mí está bien. Lo que quiero es más pan.

Ella deja el vino sobre la mesa y vuelve a la cocina. Ninguno de los dos hombres la mira, los dos siguen con los ojos clavados en la sopa. Uno de ellos la sopla y acerca la boca cautelosa al borde de la cuchara. Cuando Ernestina vuelve con el pan, las dos caras se alzan al mismo tiempo hacia ella, que sonríe con una expresión un poco tonta. Esa mañana, primero con el plumero y después con el trapo, ha repasado los lomos de los libros de la biblioteca. No abrió ninguno, nunca lo ha hecho y, si hubiese abierto alguno, los pensamientos de ese libro hubiesen sido más

incomprensibles para ella que los sermones del padre Crespo.

—¿Cómo está la sopa?

—Buena.

—Tengo caracú en el caldo. ¿Quieren que les traiga?

—No.

—Yo sí.

Ella vuelve a la cocina. El padre Crespo le dice al padre Fernández:

—Me han venido con un montón de cuentos de Tata Dios.

—¿Quién? ¿Graciani?

—Graciani y el menor de los Chávez.

—Dicen que curó el tembleque a las ovejas de la viuda de Saso.

—¿Quién dice?

—La viuda.

Ernestina llegó con un plato de caracúes y un salero. Los dos curas empezaron a extender el caracú sobre el pan con la punta de los cuchillos.

—Usted dijo que no quería —dijo Ernestina.

—Me tenté —contesta el padre Fernández.

—Se tentó —dijo ella, y los dos sacerdotes se concentraron en el caracú.

Después de un rato, el padre Fernández dijo:

—La viuda dice que no lo conoce a Tata Dios, que le curó las ovejas porque la cuñada le fue a pedir.

—Macanas. Lo que me dijo Chávez es que habla muy bien, que no le cobra a los pobres y que le echa la culpa de todos los males del país a los extranjeros.

—En eso coincide con Monseñor.

Los dos sonrieron. Eran totalmente distintas

las sonrisas, los pliegues de la cara de uno, los dientes del otro. El padre Crespo se refregó un ojo con el puño cerrado, en un gesto que pareció venir de muy lejos.

—A mí los extranjeros mucha gracia tampoco me hacen —dijo el padre Fernández—. Según ese hombre, a los extranjeros los manda el demonio y va a llegar el día en que Dios los destruirá.

—A él probablemente antes —dijo el padre Crespo.

—La gente dice que no va a morir nunca.

Fue Ernestina la que pronunció estas últimas palabras: las dijo desde la cocina, más atenta a lo que tenía entre sus manos que a lo que estaba diciendo.

El padre Crespo le preguntó con dureza:

—¿Quién le dijo eso?

—Lo dicen todos.

—Ya andan hablando de él.

—No hablan de otra cosa —dijo ella—. Desde el milagro.

—¿Qué milagro?

—El perro, padre. Resucitó. Doña Laura lo vio muy cerca de la escuela y parece que los Arteaga lo vieron por el saladero.

El rancho en donde se ha instalado Tata Dios es de adobe, con una galería mirando al noroeste y un gran espacio vacío de tierra apisonada. Hay un sauce, hay pozo muy bien calzado, con roldana y balde y un jarrito colgando de un clavo. Hay gallinas por ahí y un gallo de riña en una jaula y dos perros dormitando junto a un recado.

En un corral de ramas hay un caballo con el bozal puesto y una fea matadura sobre la cruz; sostiene su peso sobre tres de sus patas, la cuarta está levemente encogida, apenas toca el suelo con el borde del vaso. Hay un alarde de teros en algún lado.

Alguien ha barrido la galería. La paja de las escobas que han arañado el planeta es como el viento: si no existiese, las huellas más triviales de cada cultura permanecerían por los siglos depositadas en el suelo y en el aire.

En un cuarto grande está sentado Tata Dios, mirando hacia algún punto de la penumbra. Por la ventana abierta, la mañana se extiende como un tapiz celeste, con brochazos verdes, marrones y amarillos. En la distancia, una nube de polvo prospera contra el cielo a medida que la tropilla de Ramón Santamarina se va acercando.

Todavía no se ven los lujosos animales detrás de la madrina. Tropilla de un pelo, entablada, gasteados lustrosos de gordos, bien tusados, con la cola sin un abrojo, herrados todos, incluso la madrina. Es un placer ver a don Ramón cambiar caballo en mitad de una marcha, sujetando la yegua y repitiendo suave un sonido, mientras los caballos van formando como chicos obedientes. Don Ramón tiene diez domadores permanentes en su campo.

Cuando llegue, va a desmontar dentro del corral y se acercará caminando despacio. Es un hombre solemne, de paso meticuloso. Lleva un anillo importante en el dedo mayor de su mano derecha y, de ese mismo dedo, cuelga un rebenque que chicotea apenas contra el borde de la bota.

Uno de los perros del rancho levanta la cabeza y lo mira, el otro continúa durmiendo, con una gallina picoteando muy cerca de su hocico. El sonido de la roldana del balde ha estado oyéndose desde hace un rato; ahora, al acallarse, el silencio irrumpe en la dormida cabeza del perro, que recién entonces abre los ojos y mira distraído la roldana quieta y la mujer que se acerca con el agua.

La mujer está descalza y va con el cuerpo inclinado hacia un costado para compensar el peso del balde. Hace muchos años que es joven y tiene en los labios una palabra para el perro que se le acerca con la cola alborotada.

—Salga —dice, pero el perro no entiende de palabras, entiende de sonidos, y continúa las fiestas, hasta obligarla a dejar el balde en el suelo—. Quieto, le dije —y le toma la cabeza entre las manos. El otro perro también se le acerca, reclamando su dosis de cariño y, cuando ella se agacha, la suave luz de la mañana brilla en su piel, en el nacimiento de los pechos, pero no hay nadie para verlo en el patio de la casa.

Hace días que está viviendo ahí, alguien la malició muy fuerte de ojo y la única forma de liberarse fue quedándose cerca de Tata Dios.

“Quédese, m’hija”, le había dicho él. “Hágase un lugar por los fondos. Curación no le garantizo, pero mientras esté acá no le va a pasar nada”. Ella le dijo que no tenía plata para pagarle. El levantó una mano sobre la cabeza de ella y le dijo: “Si tuviera plata no sería pobre”. Y ella había mirado, no a él, sino a ese pensamiento.

La primera noche acomodó unos cueros sobre un catre y se durmió vestida, tapada por un

poncho. Cuando oyó crujir la puerta no abrió del todo los ojos, pero espió por entre las largas pestañas. En la oscuridad había alguien parado junto a su cama. Traía una silla en la mano, que depositó en el suelo. Después se inclinó sobre ella, con mucho cuidado le sacó el poncho y uno a uno fue desprendiendo los botones de la blusa. Muy lentamente la desvistió; cada prenda que le sacaba, la doblaba con todo cuidado sobre la silla. Cuando estuvo desnuda volvió a taparla con el poncho, le hizo una señal de la cruz sobre la frente y se fue del cuarto. Ella durmió como nunca había dormido en su vida.

Ramón Santamarina es el primero en llegar esa mañana. Al poco rato aparece un break tirado por dos caballos. En el pescante van dos hombres de sombrero de ala ancha y barbijito en la nuca. Visten de gris, o parecen vestidos de gris por la tierra acumulada. Seguramente vienen de lejos. Parecen hermanos, tal vez mellizos, tal vez no; tal vez es la tierra la que los hermana, porque uno de ellos está ahora echándose el sombrero hacia atrás y no se parece tanto al otro. La frente es blanquísima y el pelo muy negro. Es una frente angosta, con arrugas horizontales y cejas muy juntas. A los ojos les cuesta acomodarse a las distancias cortas, después del viaje. Hasta las arrugas de la frente quedan un poco absurdas escudriñando esos cuatro o cinco metros que lo separan de la casa. Al bajarse del pescante, da la impresión de estar un poco mareado de tanta cercanía, y se queda un rato quieto para serenarse. No, no se parece al otro, que también ha bajado y se sacude la tierra del traje oscuro. No parecen hermanos: tal vez ni siquiera sean amigos.

De adentro del break baja una señora con sus tres hijas. Una de ellas parece embarazada. No es que se le note en el cuerpo, porque es muy flaca; más bien lo delata en la forma de caminar. Tiene la suficiencia de la hembra preñada en la última de sus soledades, en algún oscuro rincón de su mente y de su casa. Ninguno de los dos hombres abrió la puerta del break para que bajaran, y la última en bajar deja ahora la puerta abierta, como sentando un reproche contra todos los machos de la especie.

Después llegó una familia de a pie, seguramente vecinos de campo: un grupo grande de mujeres con chicos a la rastra y en brazos, dos viejas con los pies descalzos y los zapatos en las manos, un hombre solo y enjuto. Todo el tiempo fue llegando gente. Hombres de a caballo, carros, hasta una carreta tirada por bueyes, blanca hasta los ejes por el viento de las salinas. La multitud se juntó frente a la casa y, al rato, apareció Tata Dios. Su aspecto era imponente, su pelo, su barba, su quietud, su silencio. Tardó mucho en decir sus primeras palabras:

—Hermanos —dijo, tan despacio que la mayoría de la gente inclinó el cuerpo hacia adelante y ladeó la cabeza. El volvió a decir—: Hermanos —y después gritó—: ¡Hermanos!

La señora que había bajado del break con las hijas aflojó la mandíbula como una opa y se llevó una mano al pecho, sobre el vestido negro y sobre la emoción que agitaba el prendedor en el escote. Uno de los hombres que había viajado con ella en el pescante estaba a su lado. Podía ser el marido, o el yerno, o nada. El hombre miraba al frente en forma totalmente inexpresiva,

sostenía el sombrero con las dos manos delante de su cuerpo, como si tuviese que disimular una erección.

—¡Hermanos! —volvió a gritar Tata Dios—. Se han apagado las velas del altar de San Antonio, y eso significa sólo una cosa. El Malo está presente. El Demonio está entre nosotros.

Se quedó callado un rato largo. Nadie movió la cabeza, pero los ojos iban de un lado al otro en las caras severas.

—El Malo se ha metido dentro de alguno de ustedes, alguno que seguramente no llevaba la cruz de San Ildefonso. Se introdujo en el cuerpo de alguno de ustedes y dentro de ese cuerpo ha logrado llegar hasta nosotros, ha logrado llegar a la Casa de Dios... La persona poseída por el Malo no lo sabe, pero tal vez siente un sabor especial en la boca: de azufre, mezclada con saliva; un sabor amargo.

Casi todas las lenguas se movieron temerosas dentro de las bocas.

—El Malo va a tratar de que no lo encontremos. Va a tratar de permanecer en donde está, para convertir ese cuerpo inocente en su guarida. El Malo, cuando entra en un cuerpo, suele instalarse en tres lados. En la cabeza se lo nota porque a veces vienen dolores, mucha saliva y el pelo se va poniendo más opaco. Si se instala en el pecho, la respiración se vuelve agitada y hay un poco de opresión. Si se instala en el estómago, el estómago se hincha. Pero lo peor es cuando se introduce dentro de una mujer virgen y la embaraza para engendrar en ella un hijo de Lucifer.

La mujer del break dio un grito y, señalando a su hija, dijo:

—¡La Elaida, la Elaida!

La chica palideció. Desencajada, trató de decir algo. Un círculo se formó a su alrededor. Las hermanas lloraban, la madre gritaba:

—¡Ya sabía, ya sabía! ¡La Elaida no era de ésas!

Elaida trató de hablar, pero no pudo. El hombre que había viajado con ellas en el pescante la miró impasible. La madre se le acercó llorando y le dijo:

—Perdonáme, Eulogio.

La chica trató nuevamente de hablar, después dio un grito y, desesperada, empezó a correr. La gente se apartaba. Tata Dios gritó:

—¡No la toquen! Déjenla salir campo afuera; ahí no puede hacer daño.

Elaida corría con el pelo suelto, la pollera se desflecaba en los espinillos; parecía un animal desbocado, los gritos se oían cada vez más lejos.

—Hay que traerla a lazo —dijo Tata Dios.

Tres hombres montaron sus caballos y salieron tras la chica. Cuando la alcanzaron, se fueron abriendo mientras los lazos giraban en el aire. Dos de las armadas cayeron casi simultáneas sobre ella y la tercera un poco después. La chica gritaba como un animal enloquecido. Fueron trayéndola a la rastra. El trenzado de uno de los lazos le aferraba un brazo. Otro, un poco más abajo de la cintura. La argolla presiona la cadera; ha roto el vestido, la enagua y la bombacha, y está casi incrustada en la piel; brilla en el sol como una marca de hacienda, como un feroz distintivo impúdico sobre la carne. El tercero le apresa el cuello y el otro brazo,

La chica se caía y se levantaba. Al cruzar el

peladero libre de espinillos, la tierra que levantaban convirtió la escena en una rueda de polvo, con rayos de cuero y una araña de gritos en el centro. Cuando llegaron, la ropa de la chica estaba hecha jirones, la sangre y el sudor y el llanto le deformaban aun más las facciones descajadas, tenía el labio partido y sangraba por la nariz.

Tata Dios se acercó con una cruz de metal. La imagen de Cristo estaba muy gastada, la cruz era larga y fina, el brazo vertical había sido limado hasta convertirse casi en un estilete. Tata Dios levantó la cruz y empezó a rezar. La madre y las hermanas de Elaida se arrodillaron. Tata Dios dijo:

—Hay que destruir esa criatura, porque es hijo del Malo.

Doña Matilde, la comadrona, le preguntó:

—¿Le ayudo, Tata Dios?

—Sí, m'hija.

Los lazos se mantenían tirantes. Los tres jinetes tenían las espaldas derechas, los pies bien asentados en los estribos, las espuelas apenas tocando los costados de los caballos y la mirada lejana en un horizonte neutro, como tres estatuas de tierra sobre la tierra.

Tata Dios y la comadrona se acercaron al cuerpo ya vencido de Elaida. Le levantaron lo que quedaba del vestido, le abrieron las piernas y nadie oyó cuando la chica dijo suavemente:

—Decíles, Eulogio; decíles.

Esa noche Ernestina empezó a masturbarse a la misma hora de siempre. Antes había prepara-

do todo: lavó su cuerpo con esmero, se soltó el pelo, rezó ante la estampita de San Cayetano, se puso el camisón, entornó la puerta y se acostó. Antes de apagar la lámpara pensó en sí misma, se vio con su pelo sobre la almohada, los hombros desnudos, el pecho subiendo y bajando dentro del camisón, sus piernas largas inmóviles bajo la sábana. Pensó también en el padre Crespo y en el padre Fernández. Era feliz, era dueña de un mundo real y de uno imaginario; tenía dos hombres reales y uno imaginario; tenía un cuarto en donde ella manejaba las luces y las oscuridades, los recuerdos y los olvidos.

El día de su última confesión con los dos sacerdotes había sido muy importante en su vida. Ese día supo que sabía mucho más de lo que creía saber. Desde entonces, una nueva persona había nacido en su persona; desde entonces supo que el mundo era eso: que una podía nacer todas las veces que quisiera; simplemente había que dejarse nacer, y nacer era magnífico, era verse reflejada totalmente distinta en los ojos ajenos y en los propios.

Se destapó completamente y se levantó el camisón, hasta dejar sus pechos al descubierto. Apagó la llama y puso su mano derecha sobre su sexo. Muy lentamente, empezó a accionar su dedo sobre el clítoris. Jamás pensaba cosas imposibles, sus fantasías eran realidades de su lugar y de su tiempo, vivía lo que ella sabía que iba a vivir, su memoria de futuro jamás le había fallado.

Un poco de luz de luna entraba por la ventana. No tenía ningún apuro en llegar al orgasmo.

Pensó en los dos sacerdotes, sabía qué camisón tenía puesto cada uno de ellos. Ella misma

los había lavado y planchado, y había sonreído cuando los colocó sobre las camas abiertas, junto a las almohadas. Conocía perfectamente las manos del padre Crespo, anchas y fuertes, y las del padre Fernández, largas y finas. En sus pensamientos, no las posó sobre su cuerpo; las imaginó al extremo de los brazos de ambos sacerdotes, sosteniendo sus miembros, al comienzo de una erección.

Pensó en lo que cada uno de ellos pensaba sobre ella. Pensó en esos pensamientos que ella coleccionaba durante el día para paladear por la noche. Había días en que notaba que sus caderas habían cosechado más miradas furtivas que sus pechos. Con el vestido gris eran sus pechos lo más mirado, por encima de su perfil o de su boca distraída.

Unos golpes resonaron en la ventana. Ernestina se desconcertó. El ordenado mundo de sus pensamientos se desmembraba a cada golpe de esos nudillos. No sabía qué hacer. Pensó: “¿Cuál de ellos será? ¿El padre Crespo o el padre Fernández?”. El que fuera le había arrebatado el control de la situación. Los golpes se repitieron; ella se bajó el camisón y se incorporó en la cama. Estaban violando la armonía de sus sensaciones. ¿Con qué derecho? En un rincón de sus pensamientos sintió una preferencia definitiva por el otro, aquel que permanecía en su cama pensando en ella o que tal vez estuviera en ese momento amparado en la oscuridad contra la puerta entornada de ese cuarto. ¿Cuál de ellos sería: el padre Crespo o el padre Fernández? ¿Cuál preferiría que fuese?

Se bajó de la cama. Encendió la lámpara y se

dirigió a la ventana. Abrió el postigo y vio, detrás del vidrio, la cara de Angela, su amiga, que le devolvió la sonrisa.

—¿Te asusté? —dijo Angela.

—No.

—¿Estabas dormida?

—No, todavía no. Vení, sentáte.

—Hace años que no nos vemos.

—Desde la señalada de los Arce.

—No, si nos vimos en el bautismo de Pedrito.

—Sí, cierto. ¿Y qué pasa, que venís a estas horas?

Angela volvió a sonreír. Tenía un vestido azul descolorido con un chal sobre los hombros. La luz de la lámpara le daba en el costado de la cara. Estaba un poco despeinada. Una polilla revoloteó alrededor de la lámpara. Con ancestral eficacia, las palmas de Angela la aplastaron en el aire; el sonido del aplauso y la simultánea muerte de la polilla desplazaron por unos instantes los pensamientos de las dos mujeres.

—Tenés polillas —dijo Angela, mirando el diminuto cadáver y el polvillo marrón en su mano. Y agregó:

—Estoy viviendo con Tata Dios.

—¿Qué decís? ¿En serio?

—Sí.

—Acá lo odian.

—Sí, claro.

—¿Cómo fuiste a parar ahí?

—Le dije que me habían maliciado de ojo, y él me dejó quedar.

—¿Y por qué le dijiste eso?

—No sé; me sentía medio sola después de la muerte de Ernesto.

La palabra Ernesto pareció ocupar un espacio en la penumbra de ese cuarto, y la imagen del hombre, manifestándose a través de las nieblas del recuerdo, no era la misma para Angela que para Ernestina; pero ninguna de las dos quería reeditar viejas diferencias.

—¿Te trata bien, Tata Dios?

—Sí.

—Pero vos viniste por algo especial, ¿no?

Después de decir eso, Ernestina repara de pronto en lo linda que se ha puesto Angela. Tiene los codos apoyados en la mesa, los antebrazos y las manos están más suaves que nunca, su cara parece habitada por la certeza y la calma de esa belleza.

—Sí, vine por algo. ¿Te acordás de la menor de las Guzmán, la Elaida? Quedó embarazada.

—Sí, ya me contaron todo. Tata Dios la hizo abortar con doña Matilde.

—Bueno. La Elaida se tuvo que quedar en lo de Tata Dios. Está grave y no quiere morirse sin confesión.

—¿Vos querés que vaya uno de los curas?

—Sí.

—¿Tata Dios sabe que viniste?

—No.

—¿No tiene que saberlo?

—No.

Otra polilla apareció alrededor de la lámpara. Las dos mujeres se miraron y Ernestina se preguntó qué sería aquello que había embellecido así a Angela.

El caballo era de sobrepaso. El padre Crespo se había acostumbrado a montar caballos pasucos cuando estudiaba en el seminario de Lima.

Un domador del Azul se lo trajo un día, de regalo. Era un alazán crines ruanas, de bastante alzada y algo mañero. Estribaba largo, el padre Crespo, y se lo veía firme en el recado, con las botas metidas en las argollas de fierro que usaba por estribos. Llevaba andando desde antes del amanecer y, ya al filo del mediodía, cuando el sol caía a plomo sobre su cabeza, alcanzó a ver las casas de Tata Dios.

Cuando llegó no disminuyó para nada el andar de su caballo; bordeó el corral de ramas, pasó frente al galpón y se detuvo junto al pozo de agua. Desmontó y se dirigió sin dudar a una de las habitaciones. Sujetaba el rebenque por el cabo, con la misma firmeza que cuando había peleado, hacía muy poco, al tuerto Sicardi y al cuñado.

Dentro del cuarto vio a Tata Dios, arrodillado junto a la cama donde Elaida respiraba con dificultad. Ahí está la cabeza de Tata Dios y ahí está el rebenque del padre Crespo, con su adorno de metal, abollado de violencias anteriores. Es un cilindro de cuero con alma de hierro o de plomo, un objeto duro y pesado, concebido para castigar. Ahí está la cabeza de Tata Dios, el largo pelo negro cubriendo los huesos del cráneo, y los pensamientos, las ideas, el lugar donde nacen las acciones y los gestos que tanto enfurecen al padre Crespo.

La chica se quejó, entonces: emitió un sonido que pareció una orden en un idioma extraño, y el padre Crespo dejó de lado sus intenciones y se hincó junto a la cama. Le tocó la frente, después le tomó el pulso y recién entonces masculló, temblando de rabia:

—Si esta chica se muere, lo voy a meter en la cárcel para toda la vida.

Muy suavemente, Tata Dios le preguntó:

—¿Usted quiere que se muera?

Pudo haber sido el tono de la voz, o la frontalidad de la pregunta, o quién sabe qué; pero lo cierto es que el padre Crespo, aquél que tantas veces se había despreciado por sus dudas, por la flaqueza de su fe, por su ambición, por su orgullo, por su mal genio, por sus apetitos sexuales, ahora, arrodillado junto a Tata Dios, contesta:

—Sí.

Fue un momento tan fugaz que casi no existió. Fue como si la pregunta de Tata Dios hubiese existido desde mucho antes en la cabeza del padre Crespo, y como si la respuesta del padre Crespo fuera sabida desde mucho antes por Tata Dios. Por eso pareció hasta natural que Tata Dios levantara una mano y dibujara una cruz en el aire, mientras decía:

—Yo lo perdono. Y, si yo puedo perdonarlo, Dios también lo va a perdonar.

Treinta años más tarde, en Roma, en una reunión de obispos, monseñor Crespo diría: “Creo que fue entonces cuando entendí realmente el sacramento de la confesión”. Pero esa tarde lo que dijo fue:

—Curandero de mierda, ¿qué hizo para parar la hemorragia?

—Rezar.

—¿Qué más?

—La taponé con géneros.

Los dos hombres se quedaron callados, junto a la cama, con los codos apoyados en el colchón, pendientes de esa grotesca mujercita, profanada por los hombres y las ideas.

Afuera, un tropel de caballos y el ruido de un carruaje invadieron la luz del mediodía. Los dos hombres salieron. Era una galera, de hierro negro, con puertas trabadas desde afuera y rejas en las ventanas. Venía custodiada por un oficial y un grupo de soldados.

—Agua —fueron las palabras de saludo del oficial, apenas desmontó. Era un hombre alto, con nariz grande, sin barba ni bigote. Llevaba la visera del quepis vuelta hacia arriba y el correa-je del sable muy ajustado. Su mirada in-consistente se detuvo en la sotana del padre Crespo. Estaba demasiado cansado para pensar qué hacía un sacerdote en ese lugar, así que concentró su atención en el pozo de agua. Sin pedir permiso, un cabo se puso a manipular la soga del balde y, al rato, se acercó al oficial con una cantimplora llena. El oficial tomó con avidez, después descansó, después siguió tomando y, por último volcó lo que le quedaba de la cantimplora sobre su desagradable cara transpirada.

—Haga desmontar, cabo —dijo, y los hombres, como enloquecidos, saltaron de sus caballos y se precipitaron al pozo. Venían de lejos y estaban perdidos. El agua del balde dibujaba ríachos de limpieza en las barbas crecidas y las caras cubiertas de polvo, después empapaba los pañuelos que rodeaban los cuellos y el pecho de las chaquetillas.

Los primeros en saciar su sed empezaron a ocuparse de los caballos. Les aflojaban la cincha, les sacaban las cabezadas y, con el bozal únicamente, los acercaban al bebedero.

Cuando desengancharon los caballos de la galera, el padre Crespo reparó en los prisioneros.

Muchas veces había visto caras terribles, pero jamás había estado en presencia de una degradación semejante. Eran como animales. Evidentemente habían estado viviendo en el monte durante mucho tiempo, antes de ser apresados. Las bocas cuarteadas por la sed; el pelo como lana de oveja, lleno de abrojos; cicatrices y arañazos por todos lados; las miradas extraviadas. Emítan gruñidos y hacían gestos independientes de ellos mismos.

—¿Desertores? —preguntó el padre Crespo al oficial.

—Sí —contestó el oficial, y fue caminando despacio hacia la sombra.

Era un hombre vulgar, de mirada cruel; de estar más limpio hubiera pasado por uno de esos burócratas del castigo: un administrativo de una cárcel, por ejemplo. Tenía movimientos mezquinos, o tal vez fuera que sus piernas estaban entumecidas por la larguísima jornada a caballo. Debía ser zurdo porque llevaba el sable en el costado derecho. Uno de los botones de la chaquetilla oscura estaba cosido con hilo blanco; se notaba bastante. Tal vez una mujer se lo había cosido, achicando los ojos y frunciendo las cejas y cortando después el hilo con los dientes.

Cuando llegó a la sombra de la galería se sentó en el suelo, con las piernas separadas, y apoyó la espalda contra la pared. Se sacó el quepis y la palidez de su calva brilló entre las venas azuladas. Después volvió a cubrirse y gritó:

—¿Adónde va con eso?

—A llevarles agua a los prisioneros —contestó un cabo.

—No hay agua para los prisioneros.

De la galera recalentada por el sol salió una especie de gruñido, colectivo y agónico. Los desertores empezaron a moverse adentro, sacudiendo la galera y produciendo chirridos insoportables. El oficial se levantó de un salto y, con el sable desenvainado, se acercó y tiró un planazo contra las rejas. Las manos soltaron los barrotes y las caras retrocedieron. El sonido del acero contra el hierro sonó como el tañido de una campana acompañando el coro de lamentos.

—No puede no darles agua —dijo el padre Crespo.

—Ni a ellos les voy a dar agua ni a usted explicaciones —contestó el oficial.

Entonces fue cuando apareció Tata Dios con el balde. Venía caminando lentamente, desde el pozo, en dirección a la galera de los presos. Los soldados lo miraron, los desertores enmudecieron y el oficial se quedó contemplando a ese extraño personaje, avanzando como un profeta en el desierto.

—¿Adónde va? —le gritó, pero Tata Dios siguió imperturbable su marcha hacia la sed.

La cara del oficial adquirió una expresión curiosa. De pie en ese lugar, parecía el virrey insustancial de un manso país ocupado. Sus soldados eran los habitantes; su geografía, el espacio que ocupaban los ranchos: el galpón, la sombra de la galería, el pozo de agua, los corrales y el cuadrado grande de tierra apisonada; su cárcel, la galera; sus prisioneros, los desertores; su Tribunal Superior, él mismo; y, delante de él, ese intruso caminando sobre el polvo.

—¡A usted le estoy hablando! —gritó el oficial,

mientras Tata Dios seguía avanzando, desparramando sobre la tierra reseca unas gotas del balde repleto de agua.

El oficial lo alcanzó en dos zancadas. La hoja de su sable describió un círculo en el aire y golpeó con la parte plana la nuca de Tata Dios. El balde cayó delante de él, volcando parte de su contenido, que formó una oscura aureola sobre el polvo. Tata Dios intentó levantarse y trastabilló. El oficial le dio otro planazo en la espalda.

El padre Crespo, furioso, apretó su rebenque por el cabo y le gritó al oficial:

—¡Usted! Qué está... —pero no continuó, porque el oficial no lo miraba; dedicaba toda su atención a contemplar cómo Tata Dios, ahora sí, lograba levantarse, volvía a alzar el balde y continuaba caminando hacia la galera.

Ahora el oficial era otro, o tal vez el anterior era otro y éste era el verdadero. Había un asesino dentro de ese uniforme; ya no parecía un burócrata del castigo, ahora era el castigo: el brazo que sostenía el sable estaba tenso y palpitante, como si ese conjunto de músculos y huesos y tendones estuviese al servicio de la hoja de acero, de la larga, fina y opaca hoja de acero cuya punta rozaba el suelo.

Tata Dios llegó junto a la galera y empezó a volcar el agua en las bocas abiertas a través de las rejas. El oficial no se movía; parecía paladear sus futuros movimientos: tenía las piernas separadas y se balanceaba un poco sobre los pies. Cuando comenzó a avanzar, uno de los desertores le tendió velozmente a Tata Dios dos pedazos de cadena; eran dos trozos cortos, de cuatro o cinco eslabones cada uno, limados en los extre-

mos. Tata Dios se dio vuelta y miró al oficial. Quién sabe si lo miró o simplemente dirigió su mirada hacia ese sector del mundo por donde avanzaba el oficial, y la imagen tocó la retina pero no llegó a instalarse en sus pensamientos. Ahí estaba Tata Dios, con una cadena en cada mano, alto, imponente, con las caras de los desertores detrás. Las cadenas fueron deteniendo su vaivén pendular, porque eran pesadas y las manos que las sostenían estaban quietas. El oficial también se detuvo; su postura no era la de un esgrimista, avanzando el pie correspondiente a la mano que sostiene el sable, sino como la del felino agazapado: tenía el pie izquierdo y la mano derecha adelantados. Si esa mano hubiese tenido un poncho, el oficial podría haber parecido un gaucho matrero listo para iniciar una pelea en una pulpería. Tal vez ése era su verdadero destino, y ciertas circunstancias fortuitas de la vida lo habían convertido en ese personaje que no sabía representar del todo.

Tata Dios apoyó las dos cadenas en el suelo, formando una cruz; se arrodilló delante de ellas, las besó, levantó la cabeza y, con voz muy fuerte, empezó a decir:

—Señor de los Ejércitos, acá tenéis a un grupo de argentinos, prisionero de unas leyes que los extranjeros escribieron en las Europas para apoderarse del hambre del pan y del agua de la sed. Acá tenéis, Señor, a un grupo de hombres prisionero de los hombres; a un grupo de hombres de esta tierra, prisionero de hombres de otras tierras...

Los desertores lo escuchaban en silencio. Cada una de las palabras de Tata Dios entraba en

esas mentes, como habían entrado otras pocas palabras en otras pocas circunstancias, alojándose en las feroces cabezas, a la espera de los hechos que los pondrían en movimiento. Esto sucedía un 27 de diciembre a las tres de la tarde. Cinco días más tarde, para ser exactos el primer día de enero, ese grupo de desertores protagonizaría uno de los más sangrientos episodios que conoció la población del Tandil.

—Son argentinos, Señor —continuó diciendo Tata Dios—. Son hombres que han galopado por nuestra historia hasta que...

El sable del oficial cortó la frase y la cabeza que la había concebido. El cuero cabelludo se abrió y la hoja se incrustó en el hueso. La sangre cubrió como un telón oscuro las facciones. Uno de los desertores se santiguó con torpeza mientras tata Dios caía con la cara contra el polvo, giraba con esfuerzo y quedaba inmóvil boca arriba, con los brazos en cruz y el perfil lleno de tierra apuntando al cielo.

El padre Crespo se ha quedado solo en el lugar. La tropa se retiró hace rato. Los soldados engancharon los caballos a la galera, ajustaron las cinchas y desaparecieron con el ruido de los cascos y el crujir de los ejes. Todo ha quedado tan quieto como el cuerpo de Tata Dios. Los distintos silencios del campo van penetrando los oídos del padre Crespo. En su boca, la inercia de una oración le apelmaza la lengua. Sus labios se separan y un último silencio queda dibujado en su expresión vacía.

Cuando volvió cansadamente al interior de la

casa supo lo que le esperaba: en el piso, junto a la cama, en un charco de sangre, yacía Elaida. Muerta.

El padre Crespo se agachó, acomodó el cuerpo laxo sobre el colchón, le sacó el pelo de la cara y le juntó las manos sobre el pecho y lo cubrió con una sábana. Si Elaida hubiese tenido en vida esa cara, esa quebradiza hermosura, las cosas habrían sido distintas. La piel transparente sobre los pómulos y a los costados de la boca borraba el desagradable gesto que venía acompañándola desde chica. La nariz se elevaba perfecta, los labios y la línea de las cejas y la frente, ahora desprovistos de rencor, suavizaban el precioso perfil de mujer dormida.

El padre Crespo se incorporó, la bendijo y empezó a murmurar una oración. El latín se le empastaba en la boca. Dijo:

—Mierda, carajo.

Le arrancó la sábana que cubría el cadáver y, a grandes zancadas, salió del rancho. Al pasar por el pozo sacó agua, empapó la sábana y se dirigió adonde yacía Tata Dios. Pensó: "Si está muerto, voy a enterrar a un mártir. Si está vivo, voy a denunciar a un asesino".

En una casa de la ciudad del Tandil, un hombre muy flaco, de aspecto débil y sotana impecable, está parado detrás de un escritorio. Frente a él, otro hombre lo escucha. Son muy distintos esos dos hombres. El más flaco sabe leer y escribir, sabe hablar en público y en privado, conoce los ademanes que deben acompañar sus palabras. El otro lleva las manos sujetas al sombrero

que mantiene frente a él y mira hacia abajo, a sus botas gastadas, al tiento que sujeta sus espuelas. No sabe leer, nunca ha sostenido un libro en sus manos; pero es capaz de mirar el pasto o la tierra y, sin desmontar del caballo, leer en las pisadas la cantidad y el tipo de animales que han pasado por allí; y es capaz de leer en un horizonte la polvareda que apenas se vislumbra y de decir si son indios o avestruces; y es capaz de leer en un costillar los kilos de un novillo; y es capaz de leer los vientos y las miradas de los hombres y el vuelo de los pájaros.

Su nombre no lo sé; el nombre del otro ya ha aparecido en estas páginas. Y es precisamente él quien está hablando. Ha repetido por tercera vez la palabra patria. Cuesta creer que esa palabra signifique lo mismo para esos dos hombres, pero hace mucho que se conocen y, seguramente, cada uno ha demarcado ya sus propias fronteras en torno a esa palabra, en el indiscernible mapa de sus mentes.

—Mañana —dice el hombre más flaco.

—Sí, padre.

—Juntá los hombres en lo de Alcorta y dividílos en tres grupos. El primero que tome el Ayuntamiento, el segundo la cárcel, el tercero la comisaría.

—¿Dónde pongo los prisioneros?

—En los calabozos del Tribunal. Los metés ahí a todos. Soltás primero a los desertores, les das armas y les hablás de Tata Dios y todo eso. Hay uno que se llama Clorindo. Mandálo a la iglesia a matar al padre Crespo. Ahora arrodíllate. —El hombre se hincó y el padre Fernández lo bendijo.

Habría que decir ahora que al día siguiente la ciudad fue tomada, si es que puede considerarse que tomar una ciudad es asaltar su policía y sus tribunales y encerrar a las autoridades en un calabozo. Nunca se supo quiénes fueron los verdaderos instigadores de esos acontecimientos que sacudieron el Tandil. Los hombres de pensamiento siguieron la lógica de los pensamientos: en este caso, aplicaron una serie de lúcidas teorías que figuran en letra impresa en libros bastante célebres. Otros se basaron en los rumores y las anécdotas y desembocaron en algún sabio lugar común. Otros permanecieron inmutables ante la furia de las pasiones y de la especulación imaginativa, mirando hacia adelante, como hombres de mar o de llanura, con el fatalismo de los vecinos o de las almas chicas.

Quién sabe cómo fue. Algunos dijeron que, a la madrugada, unos hombres desmontaron frente al Tribunal y, acercándose al cabo que estaba de guardia, le dijeron:

—Venimos a tomar el Tribunal.

—¿Por qué?

—Porque somos gobierno.

Una vez adentro, alguien abrió la puerta del calabozo y los desertores lo miraron y se miraron entre sí. ¿Qué palabras pronunció ese hombre ante los prisioneros? ¿En cuál pliegue de las mentes de esos hombres se habrán alojado esas palabras? ¿Habrán sido las palabras lo importante o los signos: esos misteriosos elementos que asoman cada tanto en las caras de los hombres, en su forma de mirar o de callar; ese misterioso idioma que, unido con el idioma de las palabras, es capaz de llegar adonde la inteligencia sola jamás ingresa?

Lo que sí es probable es que ese hombre les haya hablado de Tata Dios, del hombre que no sólo rezó por ellos y les explicó que los verdaderos culpables de todo eran los extranjeros, sino que además se sacrificó por ellos.

O tal vez no, tal vez no fue necesario; simplemente abrió las puertas del calabozo y les dio armas y caballos. Y ellos, antes de huir al desierto, se lanzaron a esa orgía de sangre que costó la vida de cuarenta ciudadanos tandilenses de nacionalidad extranjera, incluidas cuatro mujeres y seis niños.

A las pocas horas de la tragedia, el Tandil estaba de pie. Las campanas de la iglesia tocaban sin parar. La Guardia Nacional convocó a los vecinos. Los hombres salían de sus casas, severos y callados. Las mujeres ya habían desembalado lo necesario: cajas de munición, lonjas de charqui, chifles con agua. Viejas armas surgieron de todos lados: tercerolas recortadas, algún Remington, lanzas, sables, facones caroneros. Las armas, destinadas a defender de los indios a aquellos ciudadanos, fueron colocadas sobre las mesas y sobre las camas. Los ojos abiertos de los niños seguían el ritual de la justicia y de la venganza. Las palabras *Tata Dios* resonaron puntualmente en cada una de las casas. Se lo imaginaban montado a caballo, con su pelo y su barba al viento, seguido por esos asesinos que aún cargaban con la sangre de los muertos inocentes en las hojas de sus cuchillos. Se hablaba en voz baja y se decían pocas palabras. De vez en cuando se oía el sollozo de alguna mujer, el llanto de algún niño, pero enseguida volvía a instalarse el silencio en las casas.

Por las bocacalles iban surgiendo los jinetes, al tranco en sus caballos, rumbo a la plaza. Ahí van los Alurralde, por ejemplo. Uno de los sobrinos fue degollado mientras dormía. Lo encontraron con los ojos apretados, como protegiendo un sueño de la pesadilla emergida del borde de su cama; una de sus manos abierta de costado, como ausente de la tragedia de su dueño; la otra cerrada junto al cuello; la sangre ya seca como un segundo camisón sobre el cuerpito exánime; las piernas desnudas mostrando todavía imperceptibles huellas de su paso por los cardales del campo de sus tíos, suaves arañazos, minúsculos dolores dibujados sobre la alegría. Tres generaciones de Alurraldes —el abuelo, el tío, y el primo— marchan juntas. Sólo el abuelo lleva arma de fuego, un viejo Springfield en bandolera asomando encima de su hombro. Su hijo ha pedido el sable a un vecino veterano de la frontera, y el hijo de su hijo, de apenas quince años, lleva un cuchillo de cocina, tal vez entregado con amor y con odio por su madre.

Detrás de ellos marcha un jinete solitario. Es un hombre pobre; trae media tijera de esquila atada a un palo. La cara es como un cuero seco de años y de soles; lleva una gorra de manga desteñida; las boleadoras de la cintura no son potreras, sino unas minúsculas pelotas de bronce para bolear avestruces o chulengos. Se ha incorporado a la partida no para vengar algún muerto, ni para colaborar con la justicia; está porque está, como estuvo siempre en la vida, incorporado sin motivo a grupos que iban a alguna parte.

En una esquina, tres muchachos fuertes y

bien montados esperan que los demás se acerquen para sumarse al contingente de la venganza. Son jóvenes y alegres cazadores de hombres. Uno de ellos está riendo; esos dientes blancos serán, para algunos, una mancha más en el recuerdo de la jornada.

Todas las partidas se encuentran en la plaza. Un mundo de hombres a caballo deja atrás un mundo de mujeres de a pie, en el reino de sus casas, silenciadas por el estupor, rezando a innumerables vírgenes y santos, manoseando el rosario de sus pensamientos.

Un grupo de soldados se acerca al trote. Montan sus caballos de marcha y llevan de tiro a los de pelea. Se detienen a unas cuadras de la plaza. En un instante desmontan, cambian los recados de caballo y vuelven a montar, dejando los animales sudados en manos de oscuros caballerizos que desaparecen en el polvo de la calle.

Un jefe surgió de algún lado, se paró sobre los estribos, miró a todos aquellos hombres, dio dos o tres órdenes que sólo fueron oídas por los más cercanos. El grupo se puso en movimiento. Había informes más o menos concretos de por dónde andaban los sublevados.

Así marcha ese extraño escuadrón de soldados y vecinos. Un oficial de la Guardia Nacional marcha seguido por una trompa de órdenes, montado en un tobiano. Piensa encontrar a los sublevados a casi un día de marcha forzada. Pero, a las dos horas, se sorprende de su buena suerte. Tal como había dicho el cabo Flores: "En un repente los encontramos".

Estaban ahí, a escasos metros de un monteci-

to, mal montados, mal armados. No serían más de cincuenta hombres, muy juntos, de aspecto desamparado. Tal vez alguno de ellos les estaba hablando a los demás. Los desertores liberados del Tribunal no estaban por ninguna parte. Se veían algunas lanzas improvisadas, casi ningún arma de fuego, las cabezas gachas de los caballos agotados, con los costados aún húmedos y hundidos por la sed. Los soldados y los vecinos detuvieron sus caballos y formaron una larga línea dispuesta para el ataque. El oficial avanzó un poco y gritó:

—¡Ríndanse!

Al cabo de unos instantes se alzó una voz del grupo de perseguidos:

—¿Qué dijo?

—¡Que se rindan!

No hubo respuesta. Daban la impresión de no saber cómo hacer para rendirse. Uno de ellos levantó las manos, pero sólo para acomodarse la vincha sobre la frente. Otro giró el caballo y dio la espalda a sus adversarios, como si no quisiera enfrentar ese momento ni estar en ese lugar. Otro movió un brazo señalando el poniente, quizá sugiriendo huir al desierto, como habían hecho los desertores, a unirse con los indios.

Los dos grupos estaban separados por unos cincuenta metros. A esa distancia las caras no se diferenciaban entre sí; casi todas estaban enmarcadas por sombreros o gorras de manga: las facciones de todos eran las de la fatalidad. Las armas permanecían tan quietas como los brazos a los costados de los hombres. Un caballo relinchó de pronto. La mano iletrada con que el jinete le tocó el pescuezo unió, por un instante, dos

temperaturas, dos energías, dos pieles, dos superficies, dos sudores que después se separaron, cuando la mano abandonó el pescuezo y se secó sobre el género del pantalón. El campo se extendía como un cielo verde en torno a los dos grupos; el viento levantó una polvareda desde unos corrales lejanos.

—¡Está Tata Dios entre ustedes! —les gritó el oficial de Justicia.

No hubo respuesta. No le entendían o no le oían. El oficial volvió a gritar mientras desenvainaba el sable.

—¡Ríndanse!

Tenía una voz muy ronca, sólo lo oyeron los que estaban cerca. Los más alejados creyeron oír la orden de cargar y empezaron a moverse. Entonces el oficial ordenó cargar.

Los caballos se lanzaron a media rienda mientras la línea de ataque se iba acomodando; casi enseguida galopaban a toda furia. Los sublevados seguían en su sitio. Alguno que otro sable se levantó en el aire. Dos o tres lanzas se enderezaron. Un viejo desprendió las boleadoras de la cintura, pero la mayoría se mantuvo en su posición, sin saber qué hacer.

Los soldados irrumpieron como una cuña entre los sublevados, al grito de patria, dejando a su paso cabezas partidas, caras destrozadas, tajos brutales en brazos y espaldas. Un hombre, desmontado de un sablazo, se incorporó aturrido para caer nuevamente, embestido por el caballo del mayor de los Alurralde. El segundo de los Alurralde saltó sobre otro de los sublevados, con la punta de sable hacia abajo. El acero entró en la boca abierta del hombre y salió por un cos-

tado de la cara. El hombre se aferró desesperadamente a la hoja; el filo casi le rebanó los dedos. El menor de los Alurralde también había desmontado y, con el cuchillo de cocina en la mano, daba vueltas sin saber cómo intervenir. Por fin lo hizo. Levantó el cuchillo con las dos manos y lo clavó en la cabeza de un hombre caído, la punta se estrelló contra los huesos del cráneo y un chorro de sangre empapó la cara del chico.

El mayor de los Alurralde apoyó el fusil sobre el pecho de otro de los sableados y disparó. El tiro no salió, pero el hombre igual cayó al suelo, como una espantosa marioneta mal llevada. La sangre le cubría la cara, un ojo se mantuvo obstinado mirando hacia adelante. El mayor de los Alurralde, ahora desmontado, levantó el fusil como una maza y descargó la culata con todas sus fuerzas sobre el rostro perplejo del vencido.

Algunos de los sublevados levantaban las manos para entregarse, otros se hacían los muertos en el suelo. Se oían quejidos y jadeos. Un caballo sin jinete atravesó al galope el escenario de la masacre, los estribos chicoteando en el aire como dos brazos enloquecidos, gesticulando un inútil mensaje para nadie.

El padre Crespo levantó la cabeza y dijo:

—Te mandaron a matarme, m'hijo. ¿No es así?

—Sí, padre —contestó Clorindo.

—Hace tiempo que no te veía. ¿Después del Paraguay en qué anduviste? Matrereando por ahí, me imagino. ¿Dónde te agarraron?

—Me emborraché en una pulpería y me agarraron.

—Y ahora te liberó la gente esa.

—Sí.

—¿Quién te ordenó matarme?

—Un tal Quiroz.

—Mirá, Clorindo. Te vas a llevar mi caballo de silla. Es un alazán, crines blancas, de sobrepaso. No es ligero pero nunca te va a dejar de a pie. La cosa viene brava.

—Tengo una hijita, padre.

—¿Qué edad tiene?

—Andará por los diecisiete.

—¿De quién es hija: de la Cipriana?

—Sí. Se llama Clarita, como mi madre.

—Linda suerte, madre muerta y padre desertor. ¿Por dónde anda?

—Vive en el Tres de Línea. Me ayudó a escapar la última vez. Qué va a hacer... La madre fue fortinera y mujer de tropa desde chiquita.

—Andáte, Clorindo. Ya mismo, antes de que esto se ponga más bravo todavía.

Los sobrevivientes fueron fusilados el jueves 13 de septiembre a las diez de la mañana. Tata Dios fue asesinado en su calabozo la noche del 5 de enero. El padre Fernández quedó como párroco de la iglesia. El padre Crespo fue trasladado. Su última misa en el Tandil la dio el domingo 16 de septiembre. Ese día subió al púlpito, miró a los hombres, a las mujeres, a los chicos y dijo:

—Hoy, decimoséptimo domingo después de Pentecostés, quiero dejarles a ustedes mi último mensaje.

Entonces calló. No dijo una sola palabra más. Se quedó cinco minutos en el púlpito, absolutamente mudo. Después bajó y se fue para siempre.

HABIA LLEGADO a la quebrada de Huma-huaca con su vocación y su título de maestro y su valija de cartón, y había mirado ese suelo que trepaba por sus zapatos, ese polvo que durante los años siguientes cubriría no sólo sus zapatos sino también su ropa y su pelo y sus ojos y todo aquello al alcance de sus ojos, salvo las mulas, esos animales casi inánimes, sujetos a los palenques o en los corrales de piedra o palo bajo, esos animales del mismo color opaco que ese polvo que se negaba a instalarse sobre los lomos y las ancas y los suaves hocicos y las orejas de las mulas.

—Soy el nuevo maestro —dijo.

—¿Y de ahí? —le había contestado un hombre que tenía puesto un saco al que le faltaba una de las solapas. Los tres botones prendidos sujetaban una frazada cruzada sobre el pecho. El hombre movió un poco la mandíbula y el bul-

to de hojas de coca y saliva cambió su posición dentro de la boca. Llevaba un cinturón ancho de cuero encima del saco, de donde colgaba una bolsa. El hombre abrió la bolsa y buscó algo adentro. El maestro miró dentro de la bolsa, porque sus ojos estaban cansados de distancia y le resultaba un alivio posar su mirada en esa tela de arpillera.

—Hace dos años que ustedes no tienen maestro. Me acaban de nombrar.

El hombre cerró la bolsa y la mirada del maestro quedó encerrada adentro, junto a unas cabezas de ajo y unos choclos. Las mandíbulas del hombre volvieron a moverse y la lengua se tomó su tiempo para cambiar de lugar el montoncito de coca. Después dijo:

—Sí, pues.

El maestro miró la cara del hombre. Era áspera y seca como todo lo que se veía alrededor. El probable chapoteo de la saliva con las hojas de coca era la única humedad; no se la podía ver, tampoco se la podía palpar, pero no había duda de que existía en ese mundo íntimo de la boca, mientras en el otro mundo la caída del sol hacía estallar la luz entre las piedras como una fragua de colores tiñendo las montañas y las nubes bajas y los bordes del cielo y las paredes de las casas. Una iguana inmóvil en algún lado acaparó por unos instantes todos los colores; las escamas de su lomo se convirtieron en diminutos muestrarios de matices, y después todo volvió a ser como antes.

—La escuela, ¿dónde queda? —preguntó el maestro.

—Allí —dijo el hombre—. Lo están esperando desde la mañana.

Era una casa grande del otro lado de la calle, con las piedras de sus paredes colocadas en una forma tan perfecta como la de todas las paredes del pueblo. Había un motivo y una sabiduría evidentes en la colocación de cada piedra, había alguien que colocó en el espacio algo que otros habían pensado y pensado hasta obtener esa superficie destinada a alzarse para contener los vientos y los fríos y los calores y ese tiempo imposible de determinar, porque los hombres que levantaron esa casa habían muerto mucho antes de lo que registraba la memoria de los abuelos de sus abuelos, antes todavía de lo que podía abarcar la imaginación de los nietos de sus nietos.

No bien traspuso la puerta de la casa y entró en el patio, se topó con la banda de música del pueblo formada en un costado. Eran once hombres de gorra con visera y chaquetillas grises con correa negra, pantalones azules y polainas blancas sobre los zapatos de charol. El hombre que los había incitado a tocar en cuanto entró el maestro movía sus brazos con energía. Su batuta dibujó en el aire la rúbrica de su firma cuando hizo callar a los músicos.

Los chicos de la escuela estaban formados a un costado de la banda. Cada uno de ellos llevaba una banderita de papel. No la agitaban, simplemente la sostenían. Uno de ellos avanzó dos pasos y dijo:

—Señor maestro... —y su memoria lo abandonó. Solo, lejos del anonimato de la fila, con las palabras del discurso enrevesadas en su cabeza, parecía un náufrago de las circunstancias, mirando a ciegas hacia adelante.

Había padres y vecinos formados con la misma prolijidad que los músicos y los chicos. Los hombres vestían trajes de género lustroso y las mujeres el vestido de los domingos. El intendente se destacaba de los demás por cierta soltura en los movimientos; avanzó un paso, sacó un papel del bolsillo y leyó:

—Señor maestro. Como bien ha dicho el alumno Gustavo, nos hemos reunido aquí para darle la bienvenida. Hace dos años falleció en esta misma casa el recordado maestro Fermín Acuña, dejando en nuestros corazones el vacío de su ausencia. Como intendente de esta laboriosa comunidad, quiero ofrecerle a usted toda la colaboración de nuestras fuerzas vivas y, si se me permite decirlo, mi propia colaboración desde la humilde función de gobierno que ocupo.

Iba a continuar, pero el maestro creyó, o quiso que creyeran, que la pausa era el fin del discurso y dijo:

—Se puede hablar con palabras y se puede hablar con silencios. Me gustaron mucho los silencios de Gustavo y agradezco las palabras del intendente. Pero no puedo dejar de pensar que, si Gustavo hubiese tenido un papel en las manos, como tuvo el señor intendente, ese papel no le hubiese servido de nada. Porque Gustavo no sabe leer. Y Gustavo no sabe leer porque hace dos años que este pueblo no tiene maestro. Por eso quiero que mis primeras palabras sean para pedir disculpas a Gustavo y a sus compañeros en nombre de un país que se olvida de sus hijos.

Las facciones de los chicos, las frentes invadidas por el pelo tupido, las cejas oscuras, los la-

bios un poco separados, los dientes blancos, permanecían impassibles ante las palabras del maestro. El intendente dobló el papel de su discurso y lo guardó en un bolsillo. Su cara no se había inmutado. Era un hombre gordo, vestía un saco con cinturón del mismo género, bombachas y botas bien lustradas. Las botas se las había lustrado su mujer, como venía haciéndolo desde hacía veinte años. Las uñas de su mujer —mejor dicho, la piel que bordeaba las uñas de su mujer—, estaba ya teñida de pomada marrón, como una mancha de nacimiento.

Se llamaba Ana. Se besaba en la boca con un sobrino de dieciséis años, detrás de los cajones y de las bolsas, de los cascotes de vino y de los esqueletos de madera con latas de ajíes y pimentón que había en el almacén de ramos generales del intendente. Los besos no prosperaban mayormente porque el sexo y la venganza no eran, en realidad, más que un pretexto para justificar el feroz tedio de la vida. Una vez, sólo una vez, ella había bajado la mano hasta esa erección que se apoyaba contra su vestido, incluso había abierto el pantalón y manipulado levemente aquella incisiva insistencia del sobrino, hasta que el semen floreció entre sus dedos. Entonces ella levantó la mano a la altura de su cara, como hacía con la yerba o el azúcar o con cualquier mercadería que exigía algún tipo de pensamiento. Después, como hacía también con todos los proveedores, miró a su sobrino sin pronunciar ningún comentario. Y esa noche, casualmente la misma en que su marido estaba preparando el discurso para recibir al nuevo maestro, ella volvió a mirar su mano en la cocina, como si pensara que las man-

chas de pomada pudiesen haber sido blanqueadas por el semen.

El intendente no era hombre de olvidar una ofensa, pero tampoco era hombre de equivocarse el momento y el lugar de una venganza. Por eso sonrió paternalmente cuando el maestro se acercó a la fila de chicos y empezó a saludarlos uno a uno.

Cuando el intendente sonrió, todos sonrieron. Incluso la mujer del boticario aventuró un chiste que no fue escuchado porque la banda había vuelto a tocar. El inofensivo dictador musical había levantado su batuta y los sonidos de una marcha estallaron nuevamente en el patio.

La música rebalsó los límites del colegio, se internó en las calles, penetró en algunas ventanas, sobrevoló los techos, alertó las orejas de un caballo, dejó impasibles a dos mulas, desbordó las últimas casas y se perdió en la misma frontera del ojo humano. El tambor, el trombón, la flauta, los platillos y los dos clarinetes rozaron con debilidad la comarca del silencio. Los instrumentos del silencio eran otros: una pluma desprendida de un pájaro, titubeando en el aire hasta elegir el exacto lugar donde posarse; el doble párpado de un guanaco recorriendo el globo del ojo; el crecimiento de las plantas, la sombra de las cosas alargándose hacia el este sobre el pentagrama mudo de la tierra.

La batuta del inofensivo dictador musical dibujó otro arabesco en el aire y la banda desentonó sus últimas notas y después capituló. Los palillos del tambor se inmovilizaron como cubiertos sobre un plato vacío, el aire se detuvo dentro del trombón y de los clarinetes, los platillos que-

daron unidos como en una plegaria, la saliva empezó a secarse en la boquilla de la flauta.

Había una joven llamada Clara que también estuvo en el acto, parada entre los vecinos, detrás de los futuros alumnos de la escuela. Cuando el maestro habló, su cara permaneció tan inmutable como las otras, pero algo que nunca había sentido amagó empezar a disolver antiguas asperezas en su alma. Miró al maestro como pocas veces miraba a un hombre; miró su frágil contextura, la palidez de su piel, la débil fortaleza basada en alguna desconocida dignidad.

Había aparecido en la Quebrada unos meses antes. Era hija de un desertor llamado Clorindo; venía de las pampas de Buenos Aires y se fue quedando y quedando en ese pueblo perdido sin proponérselo. Hacía la limpieza de la escuela a la mañana y a la tardecita se sentaba sobre un cajón en la vereda, con la espalda apoyada contra la pared. Ataba los hilos de lana al dedo mayor de su pie descalzo y sus manos manipulaban un arpa de colores, engendrando un tejido casi independiente de ella misma. Ella sólo miraba el dedo mayor de su pie. El dedo siempre estaba ahí, sosteniendo ese extremo de su vida y su trabajo al que ella se aferraba como si la repetición de los movimientos formase parte de un ritual o una espera, que en realidad no era ni una espera ni un ritual.

Cuando el maestro había terminado de saludar al último chico, se encontró con la mirada de Clara. Ella no sabía que durante los meses siguientes lo seguiría mirando en la misma forma en que miraba desde hacía tantos meses el dedo de su pie. Era analfabeta. En algún momento de

su corta vida había comenzado a dejar de serlo, y enfrentó decidida esos dibujos de sonidos que eran las letras. Los miró con respeto, se mordió su labio inferior y juntó las cejas, pero algo le dijo que esos signos que permitían colocar las palabras en el papel también podían despojarlas de su sentido. Por eso seguía siendo analfabeta.

—No es lo mismo —le dijo un día al maestro— leer que pensar.

—Pero si vos supieras leer, podrías escribir eso que acabás de decir.

—¿Para qué?

—Para que otros puedan leerlo.

—¿Para qué?

—Para que otros puedan pensar en lo que vos pensaste.

Ella lo miró con la sumisa rebeldía con que miraba las letras impresas de los libros y con que se miraba a sí misma en el espejo.

—Los libros son buenos para los ricos.

—¿Por qué decís eso?

—Porque los ricos no necesitan pensar: tienen los libros para eso.

Estaban los dos sentados en el aula grande; acababan de colocar un pizarrón en la pared y ella había conseguido unas piedras blancas que servían de tiza.

—¿Alguna vez viste tu nombre escrito?

—Sí.

—¿Querés que lo escriba?

—Me da igual.

El lo escribió en letras grandes y dijo:

—Mañana, cuando entren los chicos a clase, les voy a decir que éste es tu nombre.

—¿Para qué?

El se rió.

—No sé para qué.

Ella también se rió. Y el maestro sintió de pronto que se establecía una tregua, que ella abandonaba su pasiva indiferencia y esperaba algo, deseaba algo, algo que se parecía enormemente a lo que deseaba él. Así que dejó caer la piedra blanca y besó a Clara en la boca, y descubrió que ella le devolvía, a su manera indolente, el beso.

—¿También vas a preguntarme para qué hice eso? —dijo él.

—No.

Así que siguieron besándose sin decir nada. El nunca había tocado a una mujer así, nunca había olido el verdadero olor de una mujer, no conocía esa tersura y languidez ni conocía esos mordiscos suaves de animal en celo. Nunca nadie le había explorado las aberturas de su cuerpo, con la lengua y con la mirada, nunca había sentido unas manos como ésas sobre su piel. Manos que lo recorrían ciegas de pensamientos pero que se detenían sobre las sensaciones como esperando algo más.

Cuando el maestro eyaculó estaba de espaldas y ella cabalgaba sobre él. Por eso no oyó cuando ella dijo en un susurro:

—Necesito aprender a leer.

El le preguntó qué decía y ella se acurrucó contra él y repitió:

—Necesito aprender a leer.

—Ya lo sé. Desde mañana podés venir al grado.

—No puedo esperar.

—¿Por qué?

—No puedo esperar. Voy a venir todas las noches y usted me va a enseñar. Más rápido y a mí sola.

Lo hicieron así. Ella llegaba con las primeras sombras y se instalaba en la cama o en la mesa, según las circunstancias. Así pagaba las clases: con su enérgico sexo sin ternura. A veces repetía las mismas palabras sobre el cuaderno y sobre la sábana, con la frente concentrada y los labios entreabiertos. Una noche el maestro le preguntó:

—¿Cuando sepas leer no vas a venir más?

—No —contestó ella sin tristeza—. No voy a venir más.

—Ya lees bastante bien —dijo él, y supo que tendría que irse acostumbrando a las noches solas. Los dos miraron el cuarto, las paredes con el estante lleno de libros, miraron los objetos de la cocina y el piso de tierra y sintieron cosas diferentes.

—Se murió otra mula —dijo ella otra noche.

La primera había sido una mula zaina, propiedad de uno de los mellizos Soria. Apareció dentro de la iglesia, tendida de costado frente al altar. Tenía el labio alzado sobre los dientes y los ojos vidriosos, y la nave central parecía conservar el sonido que evidentemente había retumbado allí mientras la entraban, o entraba sola, entre los bancos. La descubrió una mujer. Miró el bulto oscuro creyendo que era la alfombra enrollada de los casamientos y se acercó como se acercaba siempre al altar, con un paso totalmente distinto al que utilizaría instantes más tarde para alejarse de la atroz blasfemia de esa risa si-

lenciosa, apuntando a la talla de madera pintada del santo patrono del pueblo.

Para sacar la mula de la iglesia debieron atarle las patas y arrastrarla entre varios vecinos hasta la puerta. Alguien dijo que al principio no podían moverla y que sólo cuando llegó el cura el peso del animal se alivianó. El cura no afirmó que eso fuera cierto pero tampoco lo negó, y quizá por eso la mula pareció destinada a incorporarse al escaso caudal de leyendas del pueblo. Pero, a la semana, otra mula zaina se desmoronó junto al palenque de la plaza principal, con la cabeza colgando del cabestro y los ojos tan abiertos y vacíos como los había tenido siempre en vida.

Y pocos días después fue otra, una mula gateada con la marca de un arriero no muy conocido en la zona. Este animal había muerto de pie sobre sus patas, apoyado contra una pirca. Tal vez alguien lo había incorporado después de muerto o tal vez el animal simplemente perpetuó las actitudes de su especie, y el rigor cadavérico se instaló en las articulaciones de sus patas antes que la terca cabeza dejara de mascar, antes que caminara una mosca sobre sus párpados abiertos.

Los vecinos convocaron a una reunión en el salón municipal y le pidieron al intendente que asistiera. Hombres serios con el sombrero puesto y mujeres de mirada baja llenaron casi todo el lugar.

—Las mulas han muerto siempre —dijo el intendente—, a veces más, a veces menos. Cuando se les mueren a los arrieros en plena travesía ni nos enteramos. Alguna peste habrá; no digo que

no; pero no hay que exagerar. Esa es mi opinión, aunque respeto mucho la del señor cura. No soy creyente, pero respeto la fe del señor cura.

—No —dijo el cura—. Yo no dije nada. Lo único que mencioné en el sermón del domingo es que resulta curioso que las muertes hayan empezado justo el día en que alguien sacó la estatua de San José de la Gruta Escondida y colocó en su lugar la estatua de la Pachamama.

—No fue ese día que empezó la peste, fue después —dijo doña Nicosia, madre y hermana de las dos curanderas más importantes del pueblo.

—Sí, fue después —dijo alguien.

—Fue cuando la sacaron a la Pachamama y volvieron a poner al San José.

—Está bien —dijo el intendente—. Está bien, yo respeto sus opiniones; respeto la opinión de todos.

—Menos la mía —dijo el maestro—. Y la mía es la siguiente: que las únicas mulas que no han muerto son las suyas.

—Mis mulas no han muerto porque las sé cuidar —dijo el intendente.

—Sus mulas no han muerto porque son las únicas que no fueron envenenadas y ahora resultan ser las únicas que están en condiciones de llevar carga. Las otras están muertas o enfermas. Su negocio ya no tiene competencia.

—Usted me está acusando de envenenar las mulas.

—Sí —contestó el maestro.

Fue como si el golpe ya estuviese dibujado en las facciones del maestro: el rebencazo brutal que cruzaría su cara desde el costado de la boca hasta la oreja. El dolor lo encegueció. Levantó la

mano como protegiéndose de un segundo golpe y alcanzó a ver, a través de la niebla y las palpitaciones del dolor, que el intendente se abría paso entre los silenciosos lugareños y abandonaba furioso el salón municipal.

El resto de la gente se retiró sin pronunciar palabra. Sólo quedaron el maestro y Clara, que se acercó a él una vez que se hubieron ido todos, se arrodilló a su lado y le tocó la cara con ojos neutros.

—Esa marca la va a llevar toda la vida.

—Sí —contestó el maestro—. Ya lo sé.

—Hizo mal en decir lo que dijo.

—La verdad nunca es mala. Ya deberías saberlo.

—Lo que usted dijo no es la verdad.

El maestro la miró sorprendido. Después bajó los ojos al pañuelo ensangrentado que sostenía ella, y después volvió a mirarla, casi sin fuerzas.

—Porque no fue el intendente el que envenenó las mulas.

Las palpitaciones no disminuían y el maestro supo que se desmayaría en cualquier momento.

—¿Quién fue? —dijo en un susurro.

—Yo —contestó ella—. Y ahora el intendente va a traer un veterinario de la ciudad para probar que es inocente. Y eso es lo que yo quiero.

—¿Por qué?

—Para que me lleve con él cuando vuelva a la ciudad. Le voy a trabajar de sirvienta en su casa y voy a seguir aprendiendo.

—¿Veterinaria? —dijo él.

—No —dijo ella—. Otras cosas. Que usted ya no me puede enseñar. Que sólo se van sabiendo en la ciudad.

El maestro se desmayó entonces, sin entender lo que había oído. Clara lo dejó acostado sobre el suelo frío y abandonó también ella el salón municipal. Pocos días después se fue del pueblo y nadie supo más de ella.

DE LA CARA DE ESE HOMBRE será inútil acordarse: de sus cejas, de su nariz perfecta, de su pelo tan blanco y bien peinado, de los prolijos bigotazos. La caja de madera que tiene frente a él sobre la mesa es de un color parecido a la piel de sus manos y de su cara; el resto del cuerpo de ese hombre es seguramente tan pálido como los puños de la camisa que asoman de las mangas de la levita. Esta mañana salió de su casa con aquella caja, un bastón con empuñadura de plata y una galera gris ligeramente inclinada hacia la derecha. Su mujer adivinó hacia dónde iba, pero tuvo el tino de no hacer el menor comentario. Porque ese hombre, su marido, iba a arbitrar un duelo: entre el Manco López y el doctor Angel Lisarazu.

La caja de madera tiene un precioso pasador de plata y guarda dos pistolones sobre el oscuro terciopelo del fondo. El jardín de la casa en don-

de han colocado la mesa está rodeado de paredes altas, cubiertas de enredadera. No es un jardín donde juegan chicos, no hay canteros con flores y la glorieta del costado parece un monumento a la inutilidad; pero lo femenino está presente allí, de una rara manera: en la mayoría de los duelos que han tenido lugar en ese jardín hay mujeres de por medio. Como, por ejemplo, en este que va a comenzar en pocos minutos.

Es raramente hermosa la cara del hombre que resguarda la caja de las pistolas. Ninguna mujer podría llegar a los setenta años con ese vigor muscular y esa intrascendente armonía de facciones. Su mirada es levemente estúpida, pero cuando inclina la cabeza sobre la caja para observar las pistolas, da la impresión de una vigorosa mente enfrascada en personalísimos pensamientos, y cuando levanta la cabeza para cerciorarse de que los duelistas, los padrinos y el médico están presentes, la estupidez deja lugar al deber y al honor, en sus ojos enmarcados por las tupidas cejas blancas.

En un costado del jardín López conversa con sus dos padrinos. Uno de ellos saca una petaca del bolsillo y toma un trago. El otro dice:

—Escondé esa botella que te va a ver.

—No ve nada. Además de imbécil es miope; no usa anteojos por pura coquetería. ¿Querés?

—No.

—Yo quiero —dice López.

—Vos no podés tomar hasta después del duelo.

—¿Por qué?

—Por el pulso.

—Una vez le pegué a un ciervo en el codillo

desde doscientos metros, con una botella de cognac en el estómago. ¿Te acordás?

—Ya lo creo, el cognac era mío.

—Apostemos: tu colección de Balzac en cuero de Rusia contra mi montura húngara. A que me tomo todo ese cognac y lo mismo le pego un tiro en la cabeza a Lisarazu.

—Con esa petaca y la botella que te tomaste anoche, es más probable que termines acertándole a alguno de los padrinos o al médico. La montura viene con la cabezada, se entiende, ¿no?

—La montura y la cabezada.

—Apostado, entonces.

Riéndose, López empujó la petaca. Después de un largo trago dijo:

—Las cosas que tengo que hacer para leer a Balzac. —Y siguió bebiendo hasta vaciar la petaca.

—Más cuidado. El pavo real ese no creo que te vea. Pero no me fío tanto de su olfato. Si te huele suspende el duelo.

—¿Parezco borracho?

—Totalmente.

—Señores —se oyó la voz del árbitro del lance—. Acérquense para la elección de las armas.

López y el doctor Lisarazu se acercaron a la mesa con indiferencia, cada uno tomó una pistola y se retiraron a sus respectivas posiciones. Los padrinos se instalaron junto al árbitro del lance, cuya cara intrascendente no se inmutó cuando el atildado Lisarazu efectuó el primer disparo sin dar en el blanco, ni cuando López levantó el arma con su única mano y pareció petrificarse en esa posición, apuntando con su pistola a la fren-

te de aquel hombre sonriente y aterrado. El punto de mira de la pistola de López abandonó la frente de Lisarazu y bajó lentamente por el cuello y los botones de la levita, y se detuvo en el exacto nacimiento de las piernas. La bala arrancó prácticamente todo el pene, destruyó los testículos, rozó la cara interior de uno de los glúteos y se llevó a algún lugar entre las plantas a los hijos de Lisarazu que ya no nacerían, junto con los rutinarios coitos con su mujer, las alegres escaramuzas con su amante, los abrazos en el lavadero con una de las mucamas, los coqueteos con su cuñada y tal vez alguna futura experiencia homosexual, que el ocio y las circunstancias hubieran podido estimular.

Siete horas más tarde, López estaba sentado en su lugar habitual de la mesa que tenía en su confitería preferida. Lo acompañaba un grupo de ruidosos hombres jóvenes, uno de los cuales está diciendo:

—¿Es cierto, López, que esta mañana ha neutralizado a la competencia?

López se rió.

—No fui yo, fue el cognac.

—¿Si no fuera por el cognac adónde le hubiera apuntado?

—A la lengua. Dicen que Lisarazu hace maravillas con la lengua.

—Leí su artículo, López, en contra de la caza de aguada —dijo alguien entre las carcajadas.

—Es algo que no soporto; qué quiere que le diga. Eso no es caza; es depredación. Esconderse en una aguada, esperar que llegue la presa y meterle un balazo cuando está bebiendo, es una de las maneras más estúpidas y cobardes de ma-

tar. La única caza que existe es la montería: competir en astucia, resistencia e imaginación con el animal en su propio terreno. Rastrearlo por el monte, recurrir a todas las artimañas imaginables para superar las astucias de la presa.

—Usted en ese artículo refuta a lord Spelman.

—Yo considero a lord Spelman un asesino de animales. Incluso le cuestiono el derecho de exhibir la cabeza de su famoso tigre de Bengala. A ese tigre lo asesinó desde una plataforma construida en un árbol, sobre una aguada. Ese tigre no merecía morir. Ese tigre era una de las más hermosas formas de energía que concibió la naturaleza. Y ese gringo hijo de puta le quebró el espinazo con una de las balas especiales que se hace fabricar especialmente para su Remington, sin darle la menor chance. Se lo dije una vez, en la convención de cazadores de Bruselas.

—¿Y él qué le contestó?

—Que competía con los demás cazadores, no con los animales.

—Y usted, López, ¿cuál fue la mejor cacería de su vida?

—No sé. Tal vez... No sé. Una vez, cerca del Paraguay, hace como treinta años, un tigre se metió por una ventana en la casa vacía de los Estigarribia. Tardé seis horas en matarlo. ¡Fue una linda pelea, ni él ni yo conocíamos la casa! Mi única ventaja era saber las costumbres de los hombres en una casa como aquélla. Que en la sala grande tenía que haber un piano, que había cortinas en las ventanas y espejos en ciertas paredes, que los corredores daban a la cocina, que los dormitorios estaban en los altos. Sabía que él estaba por algún lado; me lo imaginaba atrave-

sando los salones, con la panza contra el suelo, las uñas escondidas en la pelambre de las patas, su enorme cautela concentrada como un resorte en el centro de su atención. No era un animal muy grande, era un yaguareté que en el monte no me hubiese impresionado gran cosa. Pero ahí, en esa casa, en ese momento, contra la *boiserie* de las paredes, era realmente una obra de arte. Al felino se le puede tirar al codillo si está de costado, o a la punta del hocico si está de frente, de manera que la bala le atravesase el corazón. No hay otro punto mortal. Y este animal parecía saberlo, porque me miró torciendo la cabeza y me gruñó bajito. Era viejo, casi no le quedaban bigotes. Morir con dignidad era una de las pocas cosas que le quedaban. Pero qué puede saber de dignidad un ser que no conoce otra cosa que eso.

—¿Cómo lo mató?

—Nos estuvimos acechando durante varias horas. Hubo un momento en que saltó sobre mí desde un mueble en la cocina, pero patinó en el piso y me dio tiempo de cerrarle una puerta casi en el hocico. Ahí perdió una buena oportunidad. Yo corrí por un pasillo para atacarlo por la otra puerta pero cuando llegué ya no estaba, sólo quedaba su olor, el olor a su adrenalina, a su bosta seca, a su odio, a su miedo. Vi una mesita partida en dos, como un novillo con el espinazo roto: las patas apuntaban para cualquier lado. La había roto con su zarpa; la marca de la uña se destacaba nítida en la madera. Lo había hecho por odio o por el asedio. En una cacería a campo abierto, el que maneja el viento maneja los olores; difícilmente pueda vencer el que tiene el

viento a su espalda. Pero dentro de esa casa, en donde nuestros olores permanecían flotando en cada cuarto que abandonábamos, por encima del olor a pan recién hecho y a cuero lustrado y a ropa planchada y a perfume de mujer...

—Qué pasó entonces, López.

—Oí crujir la escalera. Subí por la otra, la de servicio, y cuando entré en el primer dormitorio vi una colcha de cama hecha jirones. Los frascos sobre el tocador permanecían intactos, no había más señales de su paso. En el piso de uno de los baños creí ver una huella; e imaginé su hocico olfateando las toallas y las jaboneras. Estaba por mirar en los balcones cuando un presentimiento me hizo abandonar la planta alta. Lo vi en la sala grande. Se había subido al piano; tenía las orejas echadas hacia atrás, la cola quieta y el cuerpo replegado sobre las patas. Cuando me vio se preparó para saltar, pero sus patas habían sido concebidas para afirmarse en la tierra blanda o en la arena, no en esa superficie pulida por artesanos alemanes que jamás en su vida han visto un yagüareté. La bala le entró en el pecho. No hizo falta otra.

Se hizo un breve silencio en la mesa, hasta que una voz dijo:

—¿Usted sigue cazando, López?

—Un cazador nunca deja de cazar —contestó él. Entonces se inclinó apenas hacia adelante y dijo en un susurro—: En este momento, por ejemplo, estoy cazando... Por favor, no se den vuelta, que me pueden espantar la pieza. En la mesa atrás de ustedes hay una mujer que viene hace días a escuchar mis pavadas. Estoy en plena cacería, señores. ¿Por qué creen que hablo en esta forma?

—¿Es muy hermosa?

—Les aseguro que no desentonaría en mi galería de trofeos.

—¿La cabeza de ese tigre que usted mató en lo de Estigarribia figura en su galería de trofeos?

—Cómo podría exhibir una presa vencida en esa forma. El animal no tenía la menor chance. Yo jamás asesiné a mi presa, ni siquiera cuando cazaba hombres.

—¿Hombres? ¿Usted cazaba hombres? —dijo uno de los más jóvenes.

—Desertores. Para el ejército durante la campaña del desierto. Los cazaba vivos. Después los fusilaban en los fortines.

La mujer pareció no haber oído. López había dicho la última frase en voz bastante alta, como cuando contó el episodio del tigre. La mujer miraba su copa y cada tanto dedicaba un vistazo fugaz a la única mano de López. Tenía unos pómulos muy acentuados y la boca muy seria y pensativa.

—¿Qué se siente al cazar a un ser humano? —preguntó uno de los hombres de la mesa.

—Difícil de describir —contestó López—. En cierto modo, la caza del desertor es la caza perfecta. Uno enfrenta una presa que no tiene nada que perder, capaz de una astucia y una combatividad desesperadas, ya que de ellas depende su libertad o su muerte. Una presa así exige paciencia, coraje y cierto arte también. Perseguir a una presa armada igual que uno, dispuesta a pelear hasta que le den sus fuerzas por la dignidad de seguir vivo, es como volver a las fuentes. El hombre primitivo bajó de los árboles cuando perdió el miedo y se hizo cazador. Cada animal que ca-

zaba era una nueva situación, en la que debía anticipar movimientos, ruidos, silencios y quietudes de su presa. Y eso lo llevó a desarrollar una especie de memoria de futuro. Como los artistas, cuando recuerdan algo todavía no sucedido.

—¿Por eso dejó de pintar, López; porque se dedicó a la caza de hombres?

Hubo un instante en que pareció que López iba a reaccionar. La mujer de la mesa vecina pareció pendiente de lo que iba a ocurrir; los integrantes de la mesa evitaban mirarse entre sí y también esperaban la reacción de López. Pero finalmente éste se echó contra el respaldo y dijo, con voz monocorde, casi afable:

—El ejército pagaba bien por cada desertor capturado. ¿Alguno de ustedes leyó las cartas de lord Byron en donde justificaba políticamente su ingreso en el ejército griego para luchar contra los turcos? Eran todas mentiras. Byron lo hizo por la salvaje intensidad de esos momentos, por la brutal poesía de la muerte y la victoria. ¿Por qué no lo admitía? No lo sé, creo que es un problema de pudor.

Cuando dijo la palabra pudor clavó su intensa mirada en los ojos de la mujer. La mirada de ella resistió un instante, después se escondió bajo los párpados y sus manos levantaron la copa que había sobre la mesa, como si la mujer quisiera refugiarse en su contenido. Sus brazos eran lánguidos, había en ellos una gracia extraña y silvestre, toda su figura desentonaba un poco en aquel lugar. Cuando volvió a levantar los ojos descubrió que la mirada de López seguía fija en ella.

—Yo jamás tuve pudor —dijo él—. El pudor

es para las mujeres y para aquellos hombres que prefieren no saber ciertas cosas de sí mismos, como los militares. Cuando yo cazaba un desertor y se lo entregaba al ejército, el oficial que me pagaba no me miraba a los ojos. Al día siguiente iban a fusilar a ese hombre, delante de todo el regimiento; para eso no tenían pudor. Pero consideraban indigno rastrear a un hombre hasta la última madriguera de su espíritu, durante semanas y semanas, y acosarlo, vencerlo, quebrarlo. Cazar hombres era ensuciar el uniforme de la patria; asesinarlo con los ojos vendados y las manos atadas, no. El pudor es una cosa extraña, señores. —López volvió la mirada hacia sus compañeros de mesa y bebió un trago de su copa. Alguien le preguntó:

—¿Se acuerda de algún desertor en especial?

—Me acuerdo de todos. Del Gato Feijó, del Tape Lencina, del cabo Aroca. Ese Aroca, por ejemplo; Clorindo se llamaba, me tuvo seis semanas rastreándolo. Lo salí a buscar el primero de agosto, el mismo día de mi santo, y lo entregué prisionero el 8 de septiembre, en el Tres de Línea. Fue el único fusilamiento que quise ver. Se la tenía jurada; una vez me había robado un caballo.

—¿Usted no presenciaba los fusilamientos?

—Jamás me invitaron. Parece ser que yo no era digno de asistir a esos eventos. El ejército respetaba mi eficacia, pero despreciaba mi oficio.

La mujer estaba ahora mirándolo sin el menor disimulo, pero él la ignoró. Había algo impenetrable en el perfil de López, algo de perro salvaje y de águila, la piel tan curtida, las arrugas

como cicatrices, el tajo de la boca cerrada, el brillo muerto de los ojos.

—¿Por qué tardó seis semanas en cazar a ese hombre? —le preguntó a alguien, y la mujer siguió sin mirarlo pero pareció no querer perderse palabra de lo que iba a decir López.

—Porque Clorindo era un diablo con un Remington-colí encima.

—¿Qué es eso?

—Una atrocidad de los gauchos; al fusil Remington le cortan casi todo el cañón y la culata y lo convierten en una especie de pistolón: mortífero para una pelea de pulpería, pero totalmente inútil para distancias mayores. El sabía que la distancia que a él le iba mejor era la muy grande, cosa que yo no le pudiera disparar, o la muy corta. A la distancia que hay entre esta mesa y la mesa de aquella señorita, yo hubiera estado perdido.

La mujer no lo miró en absoluto, pero tampoco hizo el menor gesto. Parecía absorta jugueteando con uno de sus anillos. Sus manos eran grandes pero de piel muy cuidada y aparentemente muy tersa, como si la femineidad hubiese llegado a ellas tiempo después que la vida.

—Un buen tirador no necesita calibres grandes; cazar un hombre no es como cazar un búfalo, no se necesita un proyectil muy pesado. Todo se reduce al tiempo y a la distancia. Yo les dejaba a ellos que manejaran la distancia, al principio por lo menos, y yo manejaba el tiempo. Con este Clorindo, por ejemplo, le dejé poner la distancia que quiso; en determinado momento me llevaba fácil tres días de marcha. Iba bien montado; un gateado que había sido de la silla de

Echagüe. Yo montaba un animal mestizo y llevaba un caballo pilchero, con una cangalla especial, que me permitía cargar casi sesenta litros de agua.

—¿Agua? ¿Sesenta litros?

—Llevaba también una botella de vino francés. Siempre la descorchaba el último día de la cacería, cuando mi presa estaba por entregarse. Me gustaba paladear un buen vino junto con la satisfacción del final del trabajo.

—Sesenta litros de agua y uno solo de vino. Es un pecado eso —dijo alguien.

—Yo no creo en los pecados —dijo López—. Por lo pronto, los pecados capitales son incompatibles. El que ejerce la gula y la lujuria, ¿a quién puede tenerle envidia?

La mujer pareció sonreír por un instante. Fue apenas un atisbo, una levísima perturbación de los pómulos y los labios.

—Señores —dijo López entonces, bajando la voz—. Mi presa está a punto de caer. Les agradecería que se retirasen.

Todos se levantaron riéndose. Uno de ellos dijo: “Buena caza”, y López levantó su copa como brindando por eso. Cuando todos se hubieron retirado, mantuvo la copa en alto hasta que ella lo miró. Después abrió su mano y dejó que la copa se estrellara en el piso. La mujer miró sin interés el charco de licor y los trozos de cristal. Entonces él dijo:

—Tal vez no la vea a usted nunca más en mi vida, pero por lo menos sé que quedo en su memoria con este gesto.

Ella lo miró imperturbable y le dijo:

—No lo necesitaba.

—Sí que lo necesitaba.

Cuando el mozo se acercó con un escobillón, López ya estaba sentado a la mesa de ella.

—¿Por qué rompió la copa?

—Porque no sé cómo es usted; ni siquiera conozco su capacidad de asombro. Si no dejaba caer esa copa, el tiempo se hubiese acortado y la distancia seguiría siendo la misma.

—He aprendido tanto de caza oyéndolo hablar estos días que podría discutirle en su propio terreno.

La voz de ella era muy suave. Por momentos él no la oía bien y debía inclinar su cuerpo hacia adelante; ella dejaba que se redujera la distancia. Había algo de anhelo en las expresiones de ambos, pero de un anhelo contradictorio y hasta confuso para los dos. La piel duramente curtida de la cara de él, enmarcada por la cabellera canosa y peinada al descuido; el cutis terso y firme de la cara de ella, como de fruta o de flor silvestre, y su pelo negrísimo y brillante y delicadamente perfumado. La abismal diferencia de esas dos vidas también se manifestaba en aquella sugestiva proximidad.

—Le voy a hacer una propuesta —dijo López—. ¿Me la va a aceptar?

—No. Y usted tampoco quiere que yo acepte. A usted no le gustan las presas fáciles. Si aquel tigre se hubiese dejado matar de entrada, usted no hubiera contado hoy su historia; si ese Clorindo se hubiese rendido al primer día de caza, usted no se acordaría de él.

—Así que, además de cristales rotos y tigres cebados, le he metido a Clorindo en su cabeza.

—No se imagina hasta qué punto. Hábleme de ese Clorindo. ¿Cómo era?

—Un gaucho piojoso. Se había galopado media historia argentina y terminó como terminan casi todos los gauchos. Había malgastado su vida pero tenía unas ganas tan desesperadas de vivir como las mías ahora de no envejecer. ¿Sabe? Llegó a matar a un caballo parecido al que él montaba y le colocó su recado, para hacerme creer que se había quedado de a pie. Hizo un pozo cerca de una aguada y se metió adentro y se tapó con ramas. Estuvo por volarme la cabeza.

—¿Le era tan importante cazarlo?

—Sí.

—¿En ningún momento se le cruzó por la cabeza la idea de dejarlo ir?

—Un buen cazador se enamora de la cacería, no de la presa. Aunque a veces hay excepciones.

Cuando él dijo esto acercó su mano a las de ella, pero no las tocó. Los dos quedaron mirando las tres manos, como esperando algo de ellas. Un mozo dejó sobre la mesa una botella de champagne en un balde con hielo. El mozo tenía un nombre y un apellido que no importan en esta historia; tenía una camisa y un pantalón impecables y seguramente una camiseta un poco sucia; tenía hijos grandes y una mujer quejosa, un principio de artritis y una sonrisa obsecuente pero sincera. Había envejecido con la discreción de sus pisadas silenciosas, con el cansancio de su espalda encorvada, con la sutileza de sus serviciales atenciones e imperceptibles amabilidades para los clientes como López, en sus veintidós años de trabajo en aquella confitería. La distancia que había caminado durante esos veintidós años, del mostrador a las mesas y de las mesas al mostrador, era seguramente mayor que la

que había caminado cualquier soldado de infantería durante todas las campañas de la independencia.

—Todavía no sé su nombre —dijo López.

—No —dijo ella—. Es una de las reglas de este juego, por ahora. El cazador debe adaptarse a las reglas que impone la presa. Creo haberle oído decir que Clorindo elegía el rumbo y usted se limitaba a seguirlo.

—Así fue. Así es, hasta cierto punto.

—¿Por qué?

—Porque hubo un punto en que tuvo que detenerse. Cuando le maté el caballo. Desde trescientos metros de distancia le maté el caballo, y un gaucho de a pie no existe.

—¿Y él, qué hizo?

—Decidió morir peleando. Se parapetó detrás del caballo muerto, colocó una caja de municiones sobre el anca, la cantimplora con el agua a un costado. Y me disparó con su Remington-colí. La bala no cubrió ni la mitad de la distancia que nos separaba; levantó una ridícula nube de polvo entre los dos. Yo apunté con mi mira telescópica y le disparé a la cantimplora.

—Y lo dejó de a pie y sin agua.

—Exactamente. Era sólo cuestión de esperar.

—Cuestión de esperar. Yo entiendo de eso —comentó ella.

Ya era de noche. López y la mujer estaban en un dormitorio de la casa de ella. Sobre una mesa había una botella y dos copas.

—Si quiere, puede empezar a tomar su vino francés; ya tiene a su presa tan segura como

cuando dejó a Clorindo sin agua y con el caballo muerto.

—Clorindo resistió seis días antes de entregarse. No quiero esperar tanto esta vez.

El cuerpo de él tenía más memoria que futuro. Los músculos habían perdido parte de su vigor pero aún irradiaban seguridad de cada una de esas cicatrices. Ella le preguntó:

—¿Qué edad tiene?

—Sesenta y siete.

—¿Y puede hacer el amor a los sesenta y siete?

—No lo sé. Hace dos años que dejé de intentarlo.

—¿Y hoy?

—Hoy es distinto. Usted es distinta.

Ella miró esa boca dura y apenas sonriente, tocó con un dedo los labios secos y después los besó. Se estuvieron besando durante unos minutos interminables. Eran besos largos y húmedos, con escaso movimiento de las lenguas. Sólo cuando él la echó sobre la cama las manos adquirieron protagonismo sobre los cuerpos. La mano de él recibe ayuda de las de ella para apartar los encajes y desprender los botones. Después se apoya plana sobre la morena piel de la espalda, y los dedos recorren aquella superficie una y otra vez, como constatando sus dominios, como dibujando algo que ninguno de los dos ve, como si los ojos de la mente bosquejaran un pensamiento que va a desvanecerse enseguida. Después la mano bajó hasta la cintura, se interesó en la curva de los glúteos hacia la línea vertical que se abría un poco más abajo. Ella sintió la erección de él sobre su pierna, sonrió y le dijo:

—No hacía falta.

—¿Qué cosa?

—Mentir. Sé que tiene cincuenta y nueve años, no sesenta y siete. Sé que desde hace tiempo apela a la coquetería de hacerse el impotente.

El se rió y dijo:

—Un buen cazador usa todos sus recursos. Usted no tiene idea de lo felices que quedan las mujeres cuando se creen artífices de una erección inesperada.

—Tal vez las mujeres también seamos cazadoras.

—No, no. Las mujeres nacieron para ser cazadas; no hay más que mirarlas a los ojos. Las mujeres tienen los ojos más separados que los hombres, como todo animal cuya supervivencia depende de la huida, como los ciervos, o los conejos, o los gamos. Tienen un ángulo visual mucho mayor que el de los animales cazadores. Los animales cazadores como el hombre tienen los ojos más juntos; es un designio de la naturaleza.

Ella lo interrumpió besándolo en la boca. Su lengua se introdujo con fuerza entre los dientes de López. El apartó la cabeza de ella con la mano y recommenzó el beso con infinita lentitud, mientras ella le tomaba el miembro y lo masturbaba suavemente. Cuando López separó sus labios de los de ella, ella se encogió, le recorrió el torso casi sin tocarlo y se introdujo el miembro de él en su boca. Está echada sobre la cama con las piernas replegadas, el perfil de su cuerpo tiene algo de ánfora, de emocionante belleza; la curva de la espalda, el pelo, los movimientos de los labios insinuándose en la eléctrica espalda,

hasta que la boca abandona su tarea y ella se reincorpora.

—Dios —dice López. Y ella lo mira; no con su mirada, sino con esa mirada universal de las mujeres que quieren un orgasmo. Ahora está encima de él, penetrada por esa dureza que invade su vagina, cabalgando sobre ese cuerpo que acata el ritmo que le han impuesto y que quiere ir más allá, llegar más lejos, acceder al otro lado donde todo es puro placer.

Cuando López despertó, estaba maniatado de pies y mano a los barrotes de bronce de la cama. No con sogas sino con grilletes. Sentía un mareo general y un gusto extraño en la boca. El cuarto estaba vacío. En la pared, frente a sus ojos, colgaba una fotografía enmarcada de un hombre alto y sonriente, con uniforme de soldado, el quepis ligeramente ladeado, jinetas de cabo sobre la manga y una chiquita de la mano, de cinco o seis años, descalza y pensativa.

—Mierda —dijo López.

Se abrió la puerta y apareció ella, vestida y con el pelo recogido. Su cara irradiaba una serena frialdad. Se sentó en una silla al lado de la cama y no pronunció palabra hasta que él dijo:

—Así son las cosas.

Ella asintió sin sonreír. Él miró la fotografía en la pared y dijo:

—Un diablo de hombre, ese Clorindo.

—Me acuerdo poco de mi padre. Ni siquiera me dejaron presenciar el fusilamiento.

—¿Usted me vio cuando lo llevé prisionero?

—Sí. Entró por la misma puerta por la que yo

lo había hecho escapar una vez. Usted venía muy bien montado. Un alazán, ¿no es cierto?

—Sí, un alazán.

—Tenía un poncho azul, o negro, con cuello alto, unas espuelas chicas y raras, botas negras. Mi padre venía atrás, a los tropezones, atado a la cola de su caballo.

—Ahí nació su odio.

—Eso no es asunto suyo. Ni mi odio ni mi cacería.

—¿Esta cacería empezó hace unos días, en la confitería?

—Empezó hace más de veinte años. ¿Usted cree que es fácil para la hija de un gaucho analfabeto entrar en esa confitería sin desentonar? Tuve que aprender a leer y a pensar como usted, tuve que trabajar de mucama en la provincia y en Buenos Aires, aprender a imitar a mis patronas en cada uno de sus gestos. Todo para llegar a usted.

—Más de veinte años tras una presa... Eso es lo que yo llamo un cazador —dijo López sonriendo.

Ella no le devolvió la sonrisa. Ni siquiera lo miró.

—Durante todos estos años temí cada día no llegar a tiempo.

—Hubiera sido muy triste.

—Hubiera sido horroroso.

El volvió a sonreír. Si hubiera tenido la mano libre la habría apoyado sobre el hombro de ella.

—Estuve por morir una vez en la India.

—Sí, lo sé. Yo estaba sirviendo la mesa en lo de Pico y alguien comentó que un tigre lo había despedazado.

—¿No le preocupaba perder el odio?

—No. Hasta anoche, no.

—¿Anoche?

—Sí, anoche. Cuando volví a sentir en la cama algo que sólo sentí con un hombre: usted. En el Tres de Línea del coronel Villegas. Hace más de veinte años. —López la miró sin entender; sin recordar.— Pero usted dijo ayer algo que me ha permitido superar esa flaqueza de mi odio: “Un buen cazador se enamora de la cacería, no de la presa”. Voy a dejarlo morir de sed en esa cama. Quiero verlo suplicar por un trago de agua.

Se miraron a los ojos sin la menor provocación, casi sin interés. Después López dijo:

—O sea que ahora va a acabar con el único motivo de su vida, con su razón de ser, con su odio.

—Usted no entiende. Yo no quiero vengar la muerte de mi padre. Quiero dejar atrás dos recuerdos que me impiden vivir. Que haya cazado a mi padre como a un animal sarnoso; que lo haya dejado de a pie y obligado a caminar en cuatro patas implorando por agua. En la confitería, cuando usted hablaba de ese tigre, dijo: “Qué puede saber de dignidad un ser que no conoce otra cosa que eso”. Los hombres como usted no saben qué es la dignidad, porque no conocen la humillación. Mi primer patrón, un veterinario de provincia, siempre decía: “El pescado recién conoce el agua cuando lo sacan de ella”. Acá, sobre esta mesa voy a dejar una jarra de agua fresca, y voy a quedarme hasta oírlo suplicar por un trago de agua. Lo voy a dejar morir de sed, pero antes voy a saborear el nacimiento de su humi-

llación. Y ver qué clase de dignidad demuestra ante la muerte.

López cerró los ojos con fatalismo. Se pasó la lengua por los labios y volvió a sentir el entumecimiento del mareo. De pronto abrió los ojos y dijo:

—Recién usted dijo que quería dejar atrás dos recuerdos que le impiden vivir. Uno es el de su padre implorando. Cuál es el otro.

Ella sonrió, entonces, amargamente.

—La noche que pasé con usted hace más de veinte años. Y la noche que pasé con usted hace unas horas.

No dijo nada más. No hacía falta. Ahí están los dos, esperando el desenlace, mirándose a los ojos. Acá estamos nosotros, los que miramos, esperando inútilmente ver lo que jamás habremos de ver.

Esta edición
se terminó de imprimir en
Grafinor S.A.
Lamadrid 1576, Villa Ballester
en el mes de agosto de 1997.

DALMIRO SÁENZ

LA PATRIA EQUIVOCADA



“Basta con separar a un hombre de la tierra que pisa y colocarlo sobre el lomo de un caballo para convertirlo en otro hombre; pero, si las circunstancias de este mundo obligan a ese hombre a desmontar, el de a pie no será nunca el mismo de antes”. Así comienza este libro brutal y raramente lírico, donde se va hilando, a lo largo de setenta años de historia de nuestro país —desde mayo de 1810 hasta casi el fin de siglo— una saga familiar a través de los destinos de varios hombres que construyen, a su modo y como pueden, la patria que tanto les cuesta entender.

Esta novela asombrosa, publicada por primera vez en 1991, es quizás el mejor texto narrativo que haya escrito Dalmiro Sáenz. El coraje y la barbarie del hombre de a caballo, la violencia sensual y engañosamente estoica de las mujeres, los secretos lazos de la sangre que llevan puntualmente a la tragedia: todo eso es lo que vibra detrás del aspecto inescrutable de LA PATRIA EQUIVOCADA.

PLANETA

ISBN 950-742-874-7



9 789507 428746

08-CMI-81-170